International BestSeller

Condiciones de amor



Un libro de la colección

Bing Drake

Un libro de
Dina Drake

Condiciones de Amor

© 2011, Dina Drake
© De los textos: Dina Drake
© Globex Editorial
MailBox 0475
Argleton, Lancashire, Angleterre.
.24 X 19 cm - 763579534625783928
Profesional Daway 371 42S | 22 / C56B45
Publicado por EDITORIAL GLOBEX
Traductor : D. TEODORO LLORENTE
H447H247-N10K38J4V7V136GK8
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma, sin el permiso de los editores.
4ª edición

Prologo

— ¡Quiero la verdad! ... El dinero es para tu amante...

La demanda de Nicole resonó con una mezcla de desesperación y resolución en la fría oficina de su exmarido. Tras tres años de ausencia, había regresado a Francia, impulsada por una necesidad urgente de ayuda, buscando en el hombre que la había abandonado el apoyo que no podía encontrar en ningún otro lugar.

Él, sentado detrás de un escritorio pulcramente ordenado, levantó una ceja en un gesto de desprecio.

— ¿Dinero? ¿Es eso lo que necesitas? Debes estar en una situación desesperada por tu amante si estás tan afligida. — Su tono era mordaz, casi disfrutable en su crueldad.

Nicole sintió un nudo en el estómago. Aunque el amor que alguna vez había sentido por él seguía presente en lo más profundo de su ser, sus palabras eran una bofetada que revivía el dolor de su abandono. La desilusión y el resentimiento se entrelazaban en su corazón, complicando cada pensamiento y decisión.

Él continuó, sus ojos fríos como el acero.

— Te haré una oferta: yo te daré el dinero que necesitas, pero a cambio...

El trato era una traición en sí mismo, una oferta que venía cargada de humillación y manipulación. Nicole sabía que aceptar significaría sacrificar no solo su dignidad, sino todo lo que había logrado reconstruir en los últimos años. La idea de someterse a las condiciones degradantes que él imponía le resultaba inaceptable.

El aire en la habitación se volvió denso con la tensión del momento. Nicole se encontraba en una encrucijada dolorosa, enfrentando no solo la necesidad inmediata de dinero, sino también los fantasmas de un pasado que había intentado dejar atrás. La oferta de su exmarido era una trampa disfrazada de ayuda, y ella debía encontrar una forma de resolver su crisis sin rendirse ante el orgullo herido ni traicionar sus principios.

Mientras sus miradas se encontraban, Nicole se dio cuenta de que la batalla más grande no era solo por el dinero, sino por su propia integridad y el futuro que aún tenía por delante. La verdad sobre lo que realmente necesitaba y estaba dispuesta a hacer se revelaría en las decisiones que tomaría a partir de ahora.

Capítulo 1

A comienzos de abril el mistral sopla por el valle del Ródano, enviando su ráfaga fría por los declives helados de la Alta Provenza, y da alaridos por las marismas sin traba de la Camargue con una venganza chillona. Entonces ni hombres ni bestias intentan desafiar su albedrío. Sólo las valientes flores de iris y narciso que crecen silvestres entre las cañas se atreven a sugerir que ha llegado la primavera al estuario.

Pero cuando este viento vengativo se marcha, con una brusquedad enervante, el calor del sol basta para desterrar recuerdos de ese desierto donde aves marinas buscan desesperadamente el alimento, siguiendo el rastro de los caballos salvajes blancos cuyos cascos van rompiendo el hielo.

Lagunas plácidas y pantanos azules brotan con vida silvestre; el descarado gorjeador canoro asido a las hierbas altas, el abejaruco con su plumaje de tono brillante, que se lanza a atrapar algún insecto deslizándose por la superficie del agua, y la casi exótica gracia del flamenco, que camina por la laguna con su elegancia real.

Esta era la estación del año que Nicole conocía tan a fondo. Era la estación durante la cual había llegado a la Provenza, esa región tan especial de Francia que tanto llegó a significar en su vida. Y ahora que volvía, allí estaban sus emociones molestándola, igual que cuando se había ido súbitamente hacía ya tres años. Pero ¿qué otra cosa se podría esperar... dadas las circunstancias?

El Caravel se inclinó de repente y ella se hundió en su asiento, agarrándose de los brazos con fuerza, sintiéndose mareada. Tuvo que recordar que aún estaba a bordo del avión que empezaba a aterrizar en Marinan, y pensó que a pesar de sus vívidos recuerdos de la Camargue, nadie estaría esperándola con una bienvenida.

Un joven sentado al otro lado del pasillo se inclinó hacia ella. Ella había notado su mirada especulativa de cuando en cuando durante el vuelo, pero rehuyendo cualquier esfuerzo de sociabilidad de su parte. No quería ataduras con ningún hombre.

Pero ahora sentía subirle el pánico. Era más que nada la emoción del regreso. Tocándole el brazo ligeramente, él dijo:

— Pardon, Madame, ¿se siente mal?

Le habló en inglés, pero su acento era francés, sin duda alguna, y se preguntó cómo podía él haber adivinado que ella era inglesa. A lo mejor la escuchó hablando con la azafata.

Esforzándose en el asiento, dentro del cinturón de seguridad, pudo dirigirle una leve sonrisa.

— Gracias, Monsieur, pero me siento bien. El... aterrizaje siempre me acobarda.

— Ah...

El joven inclinó la cabeza asintiendo, y ella por un momento admiró las bien trazadas líneas de su perfil. Era verdaderamente un joven muy atractivo. Amelie diría que era una tonta rechazando a cada joven que demostraba interés por ella. Pero Amelie no estaba allí. Ahora estaba sola y tenía demasiado con qué enfrentarse en aquel momento. Para evitar más conversación, desvió la mirada hacia la ventanilla y vio que la pista parecía alzarse para ir a su encuentro. Cerró los ojos. Se sintió sacudida. El

tren de aterrizaje del avión aceptó el peso. Habían llegado.
Nicole se desabrochó el cinturón, se alisó el pelo con la mano, y se puso en pie, recogiendo sus cosas. A juzgar por el brillo del sol sobre la pista, no necesitaría el abrigo; se lo echó al brazo y empuñó la correa de su bolsa de viaje.
— ¿Le puedo ayudar, Madame?
Era el joven otra vez. La mayoría de los pasajeros salían despidiéndose de la azafata, desapareciendo por la escalerilla en dirección a los edificios del aeropuerto. Pero el joven evidentemente la esperaba.
Nicole lo despidió sonriendo y sin mirar atrás caminó por el pasillo hasta la salida. El aire afuera era increíblemente cálido y olía dulce. Ni siquiera el rugir del avión que volaba por encima pudo estropearle la emoción del momento. Al fin, dejando a un lado su sentimentalismo, corrió por la escalerilla y se dirigió al edificio de la Aduana.
Todo pasó rápidamente. Los oficiales le sonreían con esa naturalidad de los franceses ante una mujer atractiva y salió animada, más segura de sí misma, para encarar lo que vendría. Miró a su alrededor sin poder evitar el leve incremento de su emoción. El aire olía deliciosamente con el perfume de flores mezclado al sabor del mar, mientras que el calor del sol se hacía sentir agradablemente sobre su espalda. Se preguntó dónde encontraría el automóvil que había alquilado de antemano y que, por lo tanto, debería estar esperándola en el aeropuerto. Había muchos automóviles, así como también autobuses, esperando para llevar a los pasajeros a Marsel.
El joven del avión salió y, sin prisa, caminó para juntarse con ella. Nicole se mordió el labio. Ojalá que no se le convirtiera en una molestia. Cuando le dirigió la palabra, ella se volvió hacia él con una expresión de enojo, que le ensombrecía la tersa frente sobre sus ojos color verdemar.
— ¿Sí, Monsieur?
— ¿Alguien la espera, Madame ? — preguntó él. Nicole vaciló sólo un momento antes de asentir con la cabeza. Después de todo, era casi la verdad.
— Entonces, ¿no necesita que la lleve en mi automóvil, Madame?
— No, gracias.
Nicole se alejó unos cuantos pasos, buscando entre los automóviles estacionados junto a la acera, tratando de determinar cuál pertenecía a «Viajes Inter-Francia». Deseaba que el joven captase la indirecta y desapareciera hacia lo suyo, pero otra vez lo tenía a su lado, diciéndole:
— Creo que se le ha caído esto, Madame.
Se dio la vuelta hacia él, lista para hacer algún gesto de rechazo, pero aspiró con sorpresa cuándo reconoció la reserva de su hotel en la mano de él.
— Ah, gracias — exclamó, turbada — . Debe habérseme caído del bolso cuando buscaba las gafas.
El joven sonrió.
— Me alegro de habérsela encontrado, Madame. Pero, no pude dejar de notar que se queda usted en Arlies. Hermosa ciudad. Yo vivo cerca de allí.
— ¿De veras? Sí que es una bella ciudad. El joven la miró con mayor intensidad.
— Madame, ¿está usted segura de que no puedo llevarla en mi coche?
— No, no, gracias. De ninguna manera. Yo he alquilado uno ya. Debe estar por aquí, en algún sitio...
Él la escuchó atentamente y después, con miradas rápidas, examinó los vehículos que

esperaban cerca.
— Venga — dijo al fin — . Yo sé dónde podemos encontrar su coche.
Parecía hablar con conocimiento de causa, y como se adelantó a hacerse cargo de sus maletas, la muchacha no tuvo otra alternativa que seguirlo. En pocos minutos, el joven localizó el pequeño Citroen que la esperaba, presentó al encargado, y logró enterarse del nombre de ella. Hasta ayudó a meter las maletas en el portaequipajes.
— Tal vez volveremos a vernos, Madame — dijo amable, cuando ella se despidió y le dio las gracias — . Voy a Arlies con frecuencia y sería un placer invitarla a cenar alguna noche.
Sonriendo cortésmente, ella dejó lo de la invitación sin comentarios. Después de todo, nada tendría de raro que aquel joven la creyera un turista más de los muchos que visitan la región. ¿Cómo iba él a adivinar el verdadero motivo de su visita? Entró en el Citroen, lo echó a andar, y pudo ver la silueta de él, saludándola en el espejo retrovisor. ¡Cuánto habría ella deseado ser de verdad una simple turista!
Se dirigió al oeste de Marsel y viró hacia el norte en la autopista de Arlies que cruza la gran planicie de la Crau. Es una tierra desolada, inhóspita, donde sólo a trechos se ve algún esfuerzo por cultivarla. Nicole recordó la leyenda que una vez Taylor le había contado: Se creía que Hércules encontró allí una raza hostil de gigantes y tuvo que pedir ayuda a Zeus. El dios lo escuchó y envió una lluvia de piedras y rocas. Así se salvó el héroe, pero desde entonces aquella tierra quedó irremisiblemente cubierta con el árido desorden que dejara la batalla.
¡Taylor...!
Nicole se estremeció. Era la primera vez, desde que salió de Londres, que se permitía pensar en él. Era asombroso cómo sólo pensar en él podía desconcertarla. Alargó la mano buscando su bolso. Lo encontró y de él sacó sus cigarrillos, se puso uno en los labios y con mano temblorosa lo encendió. No fumaba mucho; sólo cuando estaba tensa y nerviosa, como en aquel momento.
Ya habían dado las seis cuando llegó a Arlies. Se sentía fatigada después del viaje. Fue directamente al hotel, se registró en la recepción, y después de dar instrucciones para que le sirvieran unos sandwiches en la habitación, subió enseguida a darse un baño. Ya envuelta en una bata de seda, estaba sentada junto a la ventana de su cuarto, que daba a una amable plazuela. Allí comió y bebió el excelente café fuerte que precavidamente habían agregado a su petición de "sandwiches y nada más".
La brisa mecía las ramas de los árboles en el parque central de la plazuela. Unos muchachos jugaban alrededor y daban vueltas en sus bicicletas. La escena era apacible y Nicole permitió que sus nervios descansaran. No había razón para seguir tan tensa. No era fácil que se encontrara con Taylor de improviso. Y si esto sucedía, tendrían que hablarse bajo sus propias condiciones, no las de él. Eso, si Taylor accedía a hablar con ella...
Dejó a un lado el plato sin terminar de comer. Los penosos recuerdos habían estropeado la paz que reinaba en su cuarto por el momento. ¿Y si Taylor rehusaba verla? Era muy posible que se negara. Después de todo, ni él sabía la verdad ni la iba a saber. Ya se ocuparía ella de que así fuese.
Se sirvió otra taza de café y la tomó en ambas manos sintiendo su calor. Tenía que repasar en la mente lo que le diría a Taylor. No podía arriesgarse a que la desconcertara cualquier pregunta que él le hiciera. Era necesario tener la historia bien

clara para no dar lugar a ningún error.
Arrellanándose en la silla, dejó la taza de café en el plato y alargó el brazo hacia su bolso. De él sacó su billetero y extrajo varias fotografías. Las miró con ternura; entre ellas, la de un niño pequeño, que miraba confiado, le llenó los ojos de lágrimas. Pocas veces se daba el lujo de llorar. Pensó en qué estaría haciendo en aquel momento el pequeño; si estaría portándose bien y obedeciendo a Amelie...
Impulsivamente, inclinó hacia la foto el rostro hasta que sus labios la rozaron con un ligero beso.
— Buenas noches, Freddie... — susurró antes de reintegrar las fotos a la cartera y guardarlo todo en su maleta grande.
La despertó el sol matutino, cuyos brillantes reflejos se colaban entre las cortinas. Por un momento no supo dónde estaba y se extrañó de no ver la camita de Freddie en su lugar de siempre, cerca de ella. Pronto tuvo conciencia de la realidad y reconoció el cuarto del hotel en Arlies. Se deslizó de la cama, se acercó a la ventana y separó las cortinas para ver la plazuela a sus pies. Unos niños jugaban entre los setos del centro, tirándose una pelota y dando gritos alegres. La escena le causó una punzada de dolor. Se alejó de la ventana y se metió en el baño.
Algo más tarde, vestida con pantalones marineros y una blusa camisera blanca, se miraba en el espejo. Se encontró fresca, esbelta y seria, con el negro pelo recogido en un correcto moño bajo; todo el aspecto de madurez que quería asumir. No obstante, el ángulo almendrado de sus bellos ojos verdes y el amplio arco de su boca sensual revelaban su juventud e incertidumbre. No del todo segura de sí misma, bajó al comedor.
Después del desayuno tomó su auto y se fue al centro de Arlies. No es una población muy grande, pero el centro comercial siempre está muy animado por las mañanas. Estacionó el Citroen, y hasta la hora del almuerzo estuvo paseando y mirando tiendecitas y puestos ambulantes.
Estaba decidida a llamar por teléfono a la finca Atkinson, con la esperanza de que Taylor estuviera en la casa a la hora del almuerzo. No tenía el menor deseo de hablar con la madre ni el padre de él. El asunto era entre ella y Taylor y nadie más.
Compró una postal y le puso unas líneas a Amelie asegurándole que había llegado bien. Según progresaba la mañana, se sentía más nerviosa. Tendría que controlarse antes de ver a Taylor. No podía revelarle lo tonta que era. Ni siquiera se permitió especular acerca de qué reacción tendría al saber de ella. Sin duda, ya estaba casado con Carolyn. Era posible que rehusara verla, desde luego. Sobre todo si Carolyn se empeñaba. Y a fin de cuentas, ¿por qué esperar que Taylor le prestara el dinero sólo porque había tenido relaciones con ella hacía tres años, relaciones que él evidentemente no consideraba serias?
Regresó al hotel poco después de las doce y entró en el salón de recepción. Recordó haber visto allí una cabina de teléfono para uso de los huéspedes. Aunque aún titubeaba, hizo un esfuerzo y se acercó al teléfono.
Había apuntado el número, pero no fue necesario buscar la nota en su bolso; se lo sabía de memoria. Con mano temblorosa, levantó el receptor. Pidió la llamada a la telefonista. Para cuando escuchó la voz que contestó, ya le sudaban las manos y la frente.
Una voz de mujer dijo:

— Oui? Finca Atkinson. ¿Quién llama? Ahora, la voz tímida de Nicole:
— ¿Madame... Atkinson?
— No, soy Julia. ¿Quiere que llame a Madame Atkinson?
— ¡No, no! — replicó Nicole con urgencia — . Monsieur Atkinson, Monsieur Taylor Atkinson... ¿está ahí?
Julia vaciló un momento y al fin respondió:
— No, Madame. Está en Aviñón.
A Nicole le dio vuelco el corazón. ¡Taylor en Aviñón...! ¿Por cuánto tiempo? Tuvo que pensar rápidamente. Podía seguir interrogando a Julia, la vieja ama de llaves, pero no era seguro que le contestase. Ya notaba un tono de reserva en la mujer y cierta curiosidad por saber quién quería hablar con Monsieur Taylor. Palpitándole el corazón, al fin le dijo:
— Merci — y colgó, temblorosa.
Al salir de la cabina se encontró con el administrador del hotel, que la miró extrañado.
— ¿Le sucede algo, Madame? — dijo solícito, al ver la consternación que reflejaba el rostro de la muchacha.
Nicole recobró la ecuanimidad.
— Nada, gracias. Qué hermoso día, ¿verdad?
— Sí, Madame — dijo el hombre en lo que ella se apresuraba hacia la escalera.
Una vez en su cuarto, se cambió para el almuerzo. Se puso un sencillo vestido de lino color limón que Amelie le había hecho. Trató de reflexionar sobre la situación mientras se arreglaba. Se alisó el cabello y se aseguró el moño con un par de horquillas más, se dio un toque en los párpados con una sombra de color verde oliva y se repasó los labios con una barra brillante. Lo hacía todo automáticamente. Nada había planeado más allá de aquella llamada telefónica. Si se atrevía a llamarlo otra vez no estando él todavía en casa, la familia comenzaría a sospechar y a eso ella no podía arriesgarse. Pero, ¿cómo podría comunicarse con Taylor? No iba a lanzarse a hacer un viaje a Aviñón, tan lejos, sin estar segura de encontrarlo.
Bajó al comedor, sin sentir el menor apetito. Lo único que tomó con gusto fue el café, que sorbió despacio mientras buscaba en la mente alguna razón para ir en persona a la finca y simplemente aparecerse allí.
Salió del comedor, cruzó el salón de recepción, y se quedó a la entrada principal del hotel, mirando pensativa a la simpática plazuela. Había pocos huéspedes en el hotel. Todavía no estaban en la época de mayor turismo en Arlies. Los turistas venían en mayo y junio, al comenzar el festival, cuando llegaban los gitanos de la región a celebrar sus fiestas.
Nicole se llevó una mano al pecho. ¡Qué amargo y qué injusto haber tenido que volver allí precisamente en aquella época del año! Casi sentía en los labios el sabor del pan y el vino, aquel vino que servían en los típicos porrones... Casi podía escuchar de nuevo la música y la algazara despreocupada de aquel antiguo rito que ahora le parecía ver a cien años de distancia.
Decidida, volvió al interior del hotel. No había otra cosa que hacer que enfrentarse con la situación, fuera cual fuese. Tenía que nacerlo... por Freddie.
Se quedó toda la tarde en el hotel, causando el asombro del administrador. ¡Vaya turista! Varias veces lo vio espiándola desde la puerta del saloncito donde estaba sentada. Aquella huésped era un enigma para él. ¡Con tantas cosas interesantes que

había que ver en Arlies! Cuando las sombras, al caer la tarde, se ciñeron sobre la plazuela, Nicole salió a la puerta a observarlas y... a cobrar ánimo para volver a tratar de comunicarse con Taylor. Dominando sus temores y aprensión, volvió a la cabina del teléfono.
Otra vez contestó una voz de mujer, y Nicole perdió el valor. Sin embargo, no era Julia, la vieja ama de llaves. Era una voz joven, de una muchacha, una voz que Nicole apenas recordaba. Taylor tenía una hermana menor, Kristen.
— Excusez moi — dijo, ansiando que su acento inglés no se notara demasiado — , deseo hablar con Monsieur Taylor Atkinson.
— ¿Taylor? — replicó la chica con sorpresa — . ¿Quién lo llama?
Nicole titubeó. ¿Cómo iba a decirle quién era, si eso solamente provocaría la situación que ella tanto deseaba evitar?
— Una amiga de Monsieur Atkinson — contestó.
— ¡Oh...! — exclamó la muchacha — . ¡Usted es inglesa! ¿No?
Nicole se mordió los labios. Hacía años que no hablaba francés, y ahora se notaba más su acento británico. ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Qué contestarle a la muchacha? Cualquier cosa que dijera iría en su contra, estaría en desacuerdo con lo que la había hecho ir a ver a Taylor desde Inglaterra.
— No es importante, Madame, gracias — y, cobarde, volvió a colgar.
¡Qué desaliento la embargó cuando regresó a su cuarto! Se observó en el espejo del tocador y notó cómo la ansiedad y la incertidumbre sombreaban ahora sus ojos.
¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría ponerse en contacto con Taylor?
Estaba a punto de quitarse el vestido, cuando oyó que tocaban a la puerta. "Madame... Madame..."
Nicole abrió. Era la camarera.
— La llaman por teléfono, Madame. Lo siento, tendrá que bajar al salón. Parece que el teléfono de la habitación está descompuesto.
Nicole tuvo que agarrarse a la puerta. ¿Quién sería, Dios mío?
— ¿Están seguros de que la llamada es para mí? — preguntó, tratando de ocultar su inquietud a la camarera.
— Desde luego que sí, Madame. Dicen que es un caballero.
— Gracias, bajaré enseguida — balbuceó, abrochándose el vestido que había estado a punto de quitarse.
Los pensamientos se agolpaban en su mente. Era imposible que la joven Kristen hubiese reconocido su voz en las pocas palabras que se habían cruzado. Y aunque así hubiera sido... ¿cómo pudo la chica averiguar su hotel, si Nicole nada le había dicho?
Le temblaban las piernas al bajar la escalera. Pero no fue la voz de Taylor la que contestó a su inquieto "oui?" al tomar el receptor en la cabina. Era una voz mucho más amena, alegre y joven:
— ¿Madame Stafford?
— ¿Quién me llama, por favor? — preguntó, irritada.
— Bobby Bennett, Madame. Nos conocimos ayer en el avión. Nicole tuvo que apoyarse en la cabina. Se le estaba pasando el susto y ahora la invadía el asombro.
— Ah, Monsieur Bennett... No sabía su nombre...
— Lo sé, pero yo tuve la dicha de conocer el suyo. ¿Ya se acomodó en su hotel? ¿Está todo bien?

Entre aliviada y resignada, Nicole lanzó un suspiro.
— Sí, todo bien. ¿Por qué me llama? — agregó con cierto tono de reproche.
Esto lo desconcertó un poco, y a la vez, irónico y asombrado, le dijo:
— ¿Por qué la llamo, Madame? ¿Le parece tan raro que yo quiera invitarla a cenar conmigo esta noche?
— Lo siento — dijo severa — . Me es imposible.
— ¿Por qué? — insistió.
— Me siento cansada, Monsieur. Ni siquiera me apetece cenar esta noche.
— ¡Ah, qué pena...! Pero, al menos, debería usted comer algo, Madame. Nicole se mordió el labio, pero contestó, inflexible:
— De ninguna manera, Monsieur. Lo siento.
— ¿Mañana, entonces?
— No sé lo que estaré haciendo mañana — dijo, pensando que eso al menos sí era verdad.
— Me está usted destrozando el amor propio — comentó él, alegre pero sincero — . ¿No podríamos al menos almorzar juntos?
— Quizá otro día, Monsieur — contestó ella, firme y... colgó.
Esta vez, al regresar a su cuarto, ni siquiera se molestó en quitarse el vestido. Se tiró en la cama. Ya no era desaliento lo que sentía; era amargura lo que le oprimía el pecho. Se sintió totalmente sola en el mundo. Ni siquiera el recuerdo de Freddie y Amelie que la esperaban, confiados, en Inglaterra, podía aliviar su desolación.
Al cabo de un rato cobró fuerzas, pero no las suficientes para poder enfrentarse con el personal del hotel en el comedor. Se puso unos pantalones color marfil y un suéter color jade que reflejaba el verde de sus ojos, tomó el bolso, y al salir del hotel se dirigió a la plazuela. Los faroles ya estaban encendidos, la noche parecía brindarle un bálsamo, una pausa que mitigara su preocupación. Bien, mañana sería otro día...
En un pequeño restaurante a la orilla del Ródano, se detuvo a tomar una taza de café. De allí se dirigió a la Arena, a la plaza de toros. La conocía bien. Varias veces había estado allí con Taylor, presenciando el espectáculo que la hacía casi desvanecerse de repulsión y miedo. Allí se lidiaban los famosos toros de la Camargue, tan valientes como los toreros que arriesgaban la vida en las cálidas tardes de corrida. A Nicole la fascinaba el espectáculo a la vez que aborrecía su crueldad. Algunos de los toreros más famosos de España cruzaban la frontera para presentarse en Arlies y enfrentarse con los formidables toros negros de la Camargue, famosos en toda Europa por su fuerza y su bravura.
Nicole recordó las veces que vio a Taylor en el tentadero de su finca, obligándola a ella a verlo dar pases peligrosos que en la arena habrían arrancado "¡Oles!", de admiración del público. ¡Cuántas veces lo había odiado por someterla al terror y la agonía de verle arriesgar la vida! Cuántas veces, no pudiendo soportarlo, se había escapado de los estrados del tentadero, a correr a campo abierto, donde él siempre la alcanzaba para tirarla en la hierba y cubrirla de besos hasta hacerla olvidar todo, menos lo mucho que necesitaba de él y sus caricias...
Recordándolo ahora, se le encogía el corazón. ¡Qué rápidos se habían ido aquellos días felices!
Eran casi las nueve de la noche. El paseo solitario alrededor de la plaza de toros, por las callecita de Arlies, había logrado devolverle cierta calma. Sentía un dulce cansancio

que le impedía pensar más en las inciertas posibilidades del día siguiente.
Entró en el salón de recepción del hotel, ausente y despacio, el bolso colgado descuidadamente del hombro, un rizo cayéndole sobre la frente y que ella apartó con la mano. Creyó que el salón estaba desierto, pero según caminaba por el trecho de alfombra que conducía a la escalera, notó que alguien se levantaba de una silla y se acercaba.
Sin quitar la vista de la alfombra, Nicole pudo ver unas botas manchadas de barro, unos largos pantalones estrechos dé gamuza gris, dos manos oscuras a cada lado de un ancho cinturón, y en éste, una hebilla que en alguna ocasión — ¡hacía tanto tiempo! — ella había visto... Siguió subiendo la mirada. Por un momento quedó paralizada, con el aliento en suspenso. Cuando la alta y delgada figura dio un paso adelante, Nicole se llevó la mano a los labios para sofocar un grito de sorpresa.
— Hola, Nicole — dijo una voz cuyo acento inconfundible fue derecho a lacerarle el corazón — . ¿Se puede saber qué haces aquí y por qué quieres hablar conmigo?

Capítulo 2

Nicole lo miró como alucinada, pensando que de tanto anhelar verlo en el subconsciente, ahora lo estaba soñando. Rehusaba aceptar lo que veía... Pero no era un sueño, ni una alucinación, ni una imagen forjada por el subconsciente. En persona, frente a ella, estaba Taylor Atkinson.

No parecía el Taylor que ella recordaba, el Taylor ardiente que ella tanto quiso. Este era un Taylor extraño de mirada fría. Sus facciones eran iguales, pero algo las había alterado... Los ojos grises bajo las oscuras cejas, el perfil arrogante, la boca sensual, el bien tallado corte de cara, sus atractivos pómulos algo prominentes... todo igual que antes. Y, sin embargo, tenía los ojos hundidos, rodeados de cierta sombra de amargura. Se le veía cansado, o quizá, hastiado, aburrido. Y más delgado que antes, aunque siempre fuerte y musculoso. Por la chaqueta de gamuza se le notaba el contorno de los músculos del pecho. El ajustado pantalón se amoldaba a sus recios muslos de jinete.

El encuentro fue tan imprevisto que Nicole no estaba preparada para aquella mirada en la cual vio un fondo de odio. Y ahora que lo tenía frente a ella, después de haber venido desde otro país buscándolo... ¿Qué podía esperar de un hombre que la miraba con tanta desconfianza y hostilidad? ¿Cómo pedirle un favor? Debió habérsele ocurrido que a él también la vida pudo haberle traído experiencias adversas que afectan y cambian a las personas con los años. Todo esto pasaba por su mente hasta que él dijo:

— Y bien, Madame, ¿qué me dice?

Era la voz de un extraño, cortante como un filo de acero. Por evadir su mirada acusadora, Nicole apartó los ojos. ¿Por qué aquella actitud enemiga con ella? ¿Es que le recordaba un pasado tan desagradable?

Al fin, en un susurro casi inaudible, Nicole preguntó:

— ¿Cómo... has podido... encontrarme?

— ¿Qué importa? — replicó impaciente — . ¿A qué vienes a buscarme? Se le acercó y la agarró por los hombros, obligándola a mirarle.

— ¡No me escondas los ojos! ¿Acaso te disgusto tanto?

La presión de aquellas manos le lastimaba los hombros, y sus ojos insolentes, mirándola de arriba abajo, parecían desnudarla. La recorrieron, deteniéndose sobre el suéter verde que le marcaba los senos y la torneada cintura, descendiendo a los pantalones que le ceñían las caderas y moldeaban sus piernas esbeltas... Nicole tembló ante aquella lenta observación de toda su persona, hasta que se suavizó la presión que le oprimía los hombros. Ahora él le dibujaba el óvalo de la cara con un dedo, como recordando lo que antes había tenido entre sus manos, a merced de sus caricias...

— Bien, Nicole, repito, ¿qué haces aquí? Ella tragó en seco para cobrar valor.

— Vine a verte. Necesito ayuda y no tengo nadie más a quien recurrir. A Taylor se le oscurecieron los ojos.

— ¿Tienes un problema serio? — Ante el titubeo de ella, miró a su alrededor y agregó,

impaciente — . Aquí no podemos hablar. Vamos a tu habitación.
— ¡A mi habitación no! — exclamó ella, sin poder reprimirse — . Digo... es muy pequeña... Es sólo un dormitorio...
— ¿Qué más da? Vamos a hablar, no a bailar. Y tampoco voy a comerte — añadió con sorna.
¿Cómo explicarle que si lo dejaba entrar allí por un momento, sería ella la que podría perder la calma? ¿Cómo dejarle ver que se temía a sí misma, a perder el control y echársele en los brazos?
— Aquí abajo hay un saloncito escritorio — dijo al fin — . Si no hay nadie, podemos hablar ahí.
Se dirigieron hacia el saloncito. En efecto, estaba solo, y a media luz. Nicole encendió las lamparitas del escritorio y el recinto perdió su aspecto de rincón íntimo. Tras de ella, Taylor cerró la puerta y se recostó en la misma, como cerrando el paso. Se llevó las manos al cinturón y quedó fuerte y seguro de sí mismo, bien plantado sobre sus largas piernas, observando el nerviosismo de ella.
— Vamos, acaba de decirme lo que sea. ¿Qué ocurre? ¿Es que necesitas dinero? Esto la detuvo. Se le encaró con cierta expresión de reto.
— ¿Por qué tienes que imaginarte eso?
Se echó a reír, desdeñoso.
— ¿Por qué no? ¿No es dinero lo que todo el mundo busca cuando pide un favor? Mira, me empieza a aburrir tanto misterio. Además, me sorprende que hayas venido desde Londres esperando que yo te diera dinero.
Su cinismo la hirió, pero hizo un esfuerzo por al menos parecer serena.
— ¿Quieres decirme que te niegas a ayudarme?
La miró tan fijamente, que ella tuvo que bajar la vista. No quería demostrarle cuánto la afectaba tenerlo tan cerca. Conocía íntimamente cada rasgo de aquel rostro frío que ahora la observaba, las mejillas que ella había dibujado cien veces con sus besos, la boca firme que con tanto ardor la había besado a ella... Aún con el paso de los años, a Nicole le era imposible borrar de su mente estos recuerdos, fuera cual fuese la actitud que ahora él demostrara hacia ella.
Algo más tranquilo, preguntó ahora:
— Dime, ¿para qué necesitas ese dinero?
— Es un asunto personal — lo dijo con aire de reserva, agregando — ... y si no vas a ayudarme, poco debe importarte la razón que me obligó a recurrir a ti.
— No he dicho que me niegue a ayudarte, Nicole. Te ofendes con demasiada facilidad. Después de todo, vuelves aquí al cabo de tres años y esperas encontrarlo todo como antes, sin que nada haya cambiado. Esperas demasiado.
— No espero que todo esté igual que antes. Al contrario, precisamente quiero evitar complicaciones innecesarias, por respetar la vida nueva que te has forjado.
A él se le escapó una maldición entre dientes. Amenazante, se le acercó, mordiendo las palabras:
— ¿Qué crees que soy? ¿Una máquina? ¿Una piedra? Con sólo haber regresado, ya entras en eso que tú llamas la vida nueva que me he forjado. Lo que haces hoy afecta el futuro igual que remueve el pasado.
Nicole tembló ante aquella ira reprimida de Taylor que ella bien conocía.
Temerosa, dijo a la defensiva:

— No tuve más remedio que recurrir a ti. Perdóname por venir a molestarte. Lo cierto es que nadie más que tú puede ayudarme.
— Pero es dinero lo que necesitas, ¿no es cierto?
— Sí.
— ¿Cuánto?
Titubeando, respondió:
— Mil... dólares. No sé cuánto sería... en euros...
— Bastante. Más de lo que necesitas... si es que estás embarazada.
— ¡No! — horrorizada — . ¿Cómo puedes pensar eso?
— ¿Por qué no? — le lanzó como un insulto, sacudiéndola por los brazos para volverla hacia él, pues Nicole escondía el rostro entre las manos, avergonzada a su pesar — . ¿Por qué no puedo pensar que sea eso? ¿Es que esas cosas no suceden en tu país? Dudo que los hombres de allí sean distintos a los demás. Eres una mujer bella, siempre lo fuiste. Déjate de tonterías, es de esperarse que otros hayan disfrutado de lo que hace años tuve yo en mis brazos...
La mano de Nicole le cruzó el rostro con una bofetada que él no estuvo a tiempo de evitar. Sofocando un grito de desesperación, con la rapidez que le permitía su estatura menor, se agachó lo suficiente para escurrírsele por el lado y escapar por la puerta del saloncito escritorio. Echó a correr por la escalera, buscando el refugio de su habitación. Entró y cerró con llave. Tuvo que recostarse en la puerta hasta que se le calmase la tormenta que le palpitaba en el pecho. Ciega por las lágrimas, con pasos inciertos, llegó a la cama y se tiró sobre ella, apagando los sollozos en la almohada.

A la mañana siguiente despertó cansada como si no hubiese dormido en toda la noche. Unas ojeras oscuras le rodeaban los ojos. Las disimuló tras sus enormes gafas ahumadas para no despertar comentarios del administrador cuando bajase a desayunar.
Rehusó el desayuno completo que le ofreció el mozo en el comedor y solo tomó café, tres tazas que sorbió lentamente mientras pensaba. Si Amelie estuviese allí, la ayudaría a poner en orden sus planes. Aun así, Amelie no habría estado de acuerdo en la forma que ella había abordado el problema con Taylor. Amelie creía que lo mejor era decir la verdad a Taylor y confiar en sus sentimientos. ¡Algunos había de tener! Pero Nicole no se atrevía, ¿cómo iba a confesarle a Taylor Atkinson el motivo que la impelía a buscar su ayuda? No, la verdad jamás se la diría.
Y, sin embargo, el torbellino del problema seguía dándole vueltas en la mente. ¿Qué ocurriría después del violento desenlace del primer encuentro, la noche anterior?
¿Sería el final? ¿Volvería Taylor a buscarla aquel mismo día? ¿Qué hacer? ¿Sacrificar la salud de Freddie por su orgullo de mujer? Eso no. Freddie se lo merecía todo. Cualquier humillación sería pequeña para salvarlo.
Con las fuerzas renovadas por su determinación, Nicole se levantó de la mesa y se dirigió a la salida del hotel. No tenía que pensarlo más. Había llegado el momento de hacer cualquier cosa por obtener ayuda de Taylor, su comprensión, hasta su compasión. Todo por Freddie. Pero... ¿cómo proceder? ¿Seguir los consejos de Amelie, revelarle la verdad y confiar en despertarle algún buen sentimiento? Y, si al enterarse de la existencia de Freddie, Taylor se empeñaba en quitárselo, entonces ¿qué?

¿Cómo podría defenderse? Ella sólo contaba con su sueldo de maestra. Taylor era un hacendado de la Camargue, heredero de una propiedad agrícola considerable que se extendía hasta sus viñedos del valle... Si Taylor se proponía quitarle el niño tendría los recursos para ganar una batalla ante los tribunales, con los buenos abogados que él podía pagar...

Aunque lograra que Taylor le diera el dinero, no iba a poder evitar que investigara en qué lo iba a emplear. Y si descubría el motivo, sería capaz de quitarle a Freddie, aunque sólo fuese por hacerle daño a ella. Con el odio que la miraba la noche anterior...

Nicole comenzó a sentirse derrotada. Pero no se decidía a darlo todo por perdido y regresar a Londres fracasada. ¿A quién iba a pedir ayuda en Londres? Aparte de la tía Amelie, sólo contaba con algunas amistades que no estaban en mejor posición económica que ella. ¿Quién iba a darle mil dólares? Y eso era lo menos que se necesitaba, para que Freddie tuviese la convalecencia que los médicos recomendaban. Le habían salvado la vida con una operación, pero ahora aconsejaban llevarlo un mes a un clima cálido y seco donde pudiera restablecerse y librarse de aquella tos tan fuerte que todavía le quedaba. Un mes fuera de Londres, el viaje de los dos, los gastos, y el sueldo que ella dejaría de ganar durante la ausencia... Mil dólares serían poco. Para ella era una fortuna, pero para los Atkinson era una bagatela, como Nicole sabía por experiencia propia. Tres años antes estuvieron bien dispuestos a darle más por quitársela de encima. ¿Por qué no iban a dárselo ahora, para esta emergencia? Sintió una amargura profunda recordando la rabia y el orgullo con que había roto aquel cheque con que ellos intentaron "comprarla". ¡Quién iba a imaginarse que tres años después iba a necesitar dinero tanto como ahora!

Envuelta en sus planes y recuerdos, salió del hotelito. Era otra bella mañana, el sol hacía brillar el campanario de una iglesia distante. Por delante le pasó un grupo de jinetes que atravesaban la plaza, entre ellos algunos niños que montaban muy bien sus caballos grises de espesas crines, típicos de la famosa raza de la Camargue. Eso le revivió el recuerdo de Taylor y su problema. ¿Qué hacer? ¿Esperar todo el día hasta ver si él regresaba a la noche, o ir en su busca? Si se quedaba esperándolo y no aparecía, habría desperdiciado otro día y aumentado sus gastos sin solución ni éxito.

¿Y cómo encontrar a Taylor? Ella sabía bien el camino a la finca Atkinson; había ido muchas veces. Pero aquello era propiedad privada en la cual ahora ella era una intrusa. No dudaba de que la madre de Taylor la mandaría echar de allí, incluso a la fuerza, si fuera necesario.

Tenía que entrar en acción. De ninguna manera podía quedarse el día entero esperando la dudosa posibilidad de que Taylor volviese a buscarla en el hotel. Y ya tenía los nervios de punta; lo único que podría traerle un poco de calma sería dar algún paso por adelantar el éxito o la terminación de su difícil misión. Decidida, regresó al hotel para cambiarse. Se quitó el vestido que se había puesto para el desayuno y escogió un juego de pantalones oscuros y blusa blanca de mangas largas; todo bien entallado, limpio y planchado, pero discreto. No podía ir muy arreglada a la finca Atkinson. Se recogió el cabello en un moño elegante que le daba mayor aspecto de madurez y seriedad. ¡Manos a la obra! Buscó su auto, el que había alquilado, lo abasteció de gasolina y se dirigió a las afueras del pueblo, siguiendo el camino entre el río y las marismas. El sonido del agua, la acompañaba. Por encima pasaban bandadas

de la variedad de aves silvestres que habitaban las lagunas. A lo lejos se veía el plumaje rosado de un grupo de flamencos, de aves de todas las razas, de la región, que vivían entre las cañas, hinojos, y lavandas del vasto panorama.
Más adelante, en el camino, se le presentó un espectáculo que en otros tiempos le habían producido una emoción extraordinaria: una manada de los toros negros típicos de la Camargue, paciendo en la hierba de las lomas que surgían entre los pantanos. Levantaron la cabeza al oír el ruido del auto que pasaba, mostrando los peligrosos cuernos curvados de una raza que tiene mucho del toro español. ¡Ya estaba acercándose a las tierras de Taylor y su familia!
Algo después, vio un grupo de caballos ramoneando en una arboleda, y no lejos, medio escondida entre las ramas, la silueta de una caravana, un carro de gitanos. Nicole frenó y se detuvo para verla mejor. Aquella caravana tenía aire de algo que ella conocía, aunque estaba desvencijada y despintada. Pero ciertos detalles eran inconfundibles. Era la caravana de Nancy, la que Nancy les había prestado a ella y a Taylor aquella noche...
Nicole puso el freno de mano y salió del auto. ¿Qué hacía la caravana de Nancy allí, abandonada? ¿Tendría otra, ahora? ¿O es que Nancy ya no la necesitaba? Abstraída, metió las manos en los bolsillos del pantalón y se dejó llevar por los pensamientos. No, no era posible...
Nancy era vieja, pero siempre fue una mujer activa, independiente, rebelde, llena de vida... ¿Sería posible que hubiera muerto? Se detuvo a la orilla del camino; la caravana estaba en medio de un terreno pantanoso y no quería mojarse los zapatos. Además, sin duda el carro estaba inhabitado. Las cortinitas de las ventanas estaban sucias, muy distintas a como eran antes. No había por allí más señal de vida que los plácidos caballos que pastaban despreocupados.
Volvió al auto, pensativa. La caravana de Nancy que antes se mantenía tan limpia y adornada, abandonada allí en aquel pantano... Antes de ponerse en marcha, volvió a mirar el despintado carro y se llevó una mano al corazón. ¿Habría muerto Nancy?
¿Habría desaparecido aquel espíritu indómito de mujer? ¿Sería por eso por lo que a Taylor se le veía tan amargado? Mirando abstraída, Nicole se apoyó sobre el volante y quedó pensativa. Nancy parecía el tipo de persona que viviría siempre, como si fuese inmortal; la única de los Atkinson que le tuvo simpatía. Había algo en Nancy que parecía retar al tiempo. Nunca se hubiera imaginado que Nancy pudiera faltar. De sólo sospechar que ahora no iba a tener su apoyo, Nicole se arrepentía de haberse lanzado a hacer el viaje a la finca Atkinson...
Desanimada, presa otra vez del pesimismo que sintiera por la mañana, se volvió a preguntar: "¿Y ahora? ¿Qué hago? ¿Regreso a la ciudad, o me arriesgo a tener que enfrentarme con la esposa de Taylor, Carolyn, aquella muchacha que tanto me desdeñaba, la que la madre de Taylor quería para él porque la propiedad de sus padres colindaba con la de los Atkinson?"
Hizo un esfuerzo por borrar de su mente tales pensamientos; decidió pensar sólo en Freddie y su misión, y se dijo que por su hijo tenía que sufrir cualquier riesgo, cualquiera humillación. Arrancó y volvió al camino, que ahora se presentaba menos pantanoso en las orillas. En la distancia se vislumbraban arboledas, casitas; pero cerca no había el menor indicio de vida o civilización. Los lagos, rodeados de cañas, resplandecían a la luz del sol.

Nicole detuvo el auto y se bajó. Defendiendo sus ojos con la mano en forma de visera, fijó la vista en algo que se movía a lo lejos. Se acercaban unos hombres a caballo. A los pocos minutos vio que eran los gardiens famosos, guardianes de la Comargue que cuidan el ganado y los caballos de la comarca, como muchos años atrás lo hacían sus antepasados. Estos rodeaban y encerraban una manada de negros toros bravos cuyo aspecto feroz hizo que Nicole volviese rápidamente a meterse en el auto.
En la mas Atkinson , la forma provenzal de decir finca, se criaban toros españoles para la corrida típica, no los más pequeños y menos musculosos y feroces de la Camargue que se emplean en la lidia libre al estilo francés. En su anterior viaje a la comarca, Nicole aprendió que la corrida española es una lucha hasta la muerte, algo que le recordaba a lo que había leído acerca del circo romano y los gladiadores de la historia antigua. Pero la lidia libre francesa es menos peligrosa y más humana: en ella se deja con vida al toro.
Sin embargo, los toros españoles eran los más preciados en aquella región de Francia. El padre de Taylor, como propietario y cabeza de familia, en su finca ganadera, era llamado manadier, título de respeto especial que se da allí a los ganaderos que crían toros españoles, una raza de animales temibles por su fiereza.
La manada pasó sin hacer mucho caso a Nicole y su auto, pero no los guardianes. La miraron curiosos, quizá preguntándose qué estaría haciendo aquella extraña en tierras de los Atkinson. Uno de ellos, el que parecía más viejo, trotó hacia ella y se quitó el sombrero de ala ancha que recordaba a los vaqueros, o a los jinetes andaluces.
— Buenos días, Madame. ¿Deseaba algo? — preguntó cortésmente.
Nicole no reconoció a ninguno de aquellos hombres, y le sorprendió que uno de ellos le hablase. Sin embargo, sonrió y dijo con sencillez:
— Quisiera saber dónde está Monsieur Taylor. El guardián frunció el ceño.
— ¿El patrón, Madame? Pues no está aquí. Nicole se mordió el labio, indecisa.
— No el patrón, señor. He dicho Monsieur Taylor.
— Monsieur Taylor es el patrón — replicó el hombre con visible orgullo.
Nicole le miró incrédula. Si Taylor era el patrón... ¿Qué era de su padre? Claro, que eso no lo iba a preguntar. Haciendo un gesto de excusa, le dijo al hombre:
— Pardon, Monsieur, no conozco bien a la familia.
— ¿Es usted inglesa?
Nicole afirmó con un gesto de cabeza a la vez que contestaba:
— Sí. ¿Habla usted inglés? El se sonrió.
— Un poquito, Miss.
— Entonces — le dijo en inglés — , ¿puede decirme dónde está Míster Taylor?
Miró a su alrededor, desde la montura. Tenía los ojos más azules que Nicole había visto, rodeados de profundas huellas del sol y la vida a la intemperie; sus manos fuertes y nudosas eran del color de la caoba.
— Quién sabe dónde estará a estas horas — dijo por fin — . Hay tantas tareas que hacer en esta época del año... ¿quiere que le diga que usted lo espera en la mas?
— Oh, no — dijo Nicole con tal rapidez, que el viejo gardien la miró sospechoso.
Sin duda la consideraba ya una intrusa, puesto que no quería que se informara al amo de su presencia en la propiedad.
— Es que... tengo que regresar a Arlies — agregó, titubeando — . Quizá pueda usted decirle a su patrón que allí puede encontrarme.

— Con mucho gusto, Madame — el hombre se inclinó cortésmente.
Ella comprendió que ahora esperaba verla marchar. Encendió el motor, y al cambiar la velocidad para dar marcha atrás, lo hizo demasiado aprisa y el auto resbaló para caer en la zanja a la orilla del camino.
— Dios mío... ¡qué he hecho! — Salió rápidamente a inspeccionar el auto que después de todo no era suyo, sino alquilado.
Se había atascado en el fango. ¿Cómo salir de allí? El gardien acariciaba el cuello de su caballo mientras se acercaba más.
— ¿Tiene una cuerda, Madame?
Molesta por el percance, Nicole estuvo a punto de contestarle que no acostumbraba a llevar cuerdas cuando salía a pasear en coche, pero se contuvo. Sacudió la cabeza en señal negativa, mientras fijaba la vista en aquella rueda medio hundida en el lodo. Lentamente, el viejo gardien se desmontó, con esa calma resignada del que vive en comunión con la naturaleza.
— Yo tengo una, Madame — dijo tranquilo, tomando la que llevaba arrollada en la montura.
Lo primero que pensó fue decirle que entonces por qué le pedía una, pero se controló y trató de sonreír.
— ¿Qué hacemos ahora?
El gardien le hizo un gesto indicando que no se preocupara. Se inclinó y ató la cuerda a la defensa delantera del auto.
— Ahora, Madame, le toca a usted empuñar el volante.
— Oh, sí, claro — rápidamente se metió en el auto mientras él amarraba el otro extremo de la cuerda al caballo.
Después de mucho esfuerzo entre máquina, bestia, hombre y muchacha, el auto subió al fin a la carretera. Estaban a punto de completar la obra, cuando se oyó el ruido de cascos que se acercaban. Algo aprensiva, Nicole miró hacia el camino. Se acercaba un jinete. Al principio parecía un hombre, o más bien un muchacho, pero al ver una rubia cabellera saltándole por los hombros, Nicole comprendió que era una muchacha.
— ¡Nicole! ¿Eres tú?
Se quedó fría ante el encuentro, pero el placer de escuchar aquella voz amiga le borró toda aprensión.
— Kristen... Por Dios, casi no te reconozco. Eras una niña cuando me fui...
La chica se echó a reír.
— Tenía catorce años, querida. Ahora tengo diecisiete. ¿Qué haces por aquí? ¿Es que vienes a la mas a ver a la abuelita?
Nicole estaba atónita. El entusiasmo de la chica era tan sincero que apenas sabía qué contestarle. Se volvió al viejo gardien, que ahora desataba la cuerda para volver a su caballo, y le dio las gracias por su ayuda, mientras daba vueltas en la cabeza, buscando una excusa para satisfacer la curiosidad de Kristen. Algo que le había dicho la intrigaba.
— Kristen... ¿has dicho algo de la abuela? ¿Quieres decir... Nancy?
— Claro — a Kristen se le fue la sonrisa de los labios — . ¡No vas a decirme que te vas a ir sin verla!
Nicole hizo un gesto de indecisión.
— Vi su caravana en el camino... y pensé que... Qué importa lo que pensé. Mira,

Kristen, ésta no es una visita social. Ya no eres una niña, debes saber muy bien que no soy bienvenida en la mas.
A Kristen se le oscurecieron los ojos.
— La pobre abuelita no recibe muchas visitas — dijo con tristeza — . Y tú, Nicole, ¿qué haces aquí? Creí que Taylor había ido a verte anoche.
Nicole frunció el ceño.
— ¿Sabes eso?
Kristen se encogió de hombros.
— Claro que sí.
— Reconocí tu voz por teléfono. Fui yo quien le dijo a Taylor que tú estabas en Arlies.
— ¿Y quién más lo sabe?
— Nadie más, sólo Taylor y yo.
Ahora quería hacerle una pregunta difícil.
— Dime, Kristen... ¿Tu padre se ha retirado? ¿Ya no está al frente de la mas?
— Papá murió hace dos años, Nicole. Taylor se encarga ahora de todo. Esta es su finca, esos son sus toros.
— Oh... no lo sabía... Y tu mamá, ¿vive todavía con Taylor? Kristen asintió con la cabeza.
— Desde luego. Y con Carolyn.
Para Nicole fue un golpe escuchar aquel nombre.
— Ah, sí, Carolyn...
Kristen la observaba.
— Estás más delgada, Nicole. ¿Qué tal te ha ido? ¿Sigues siendo maestra?
— Sí — dijo sin entusiasmo — , sigo enseñando en un colegio. ¿Y tú? ¿Ya terminaste tus estudios?
— Los de aquí sí, pero ahora Taylor quiere enviarme a Suiza a seguir estudiando, y yo no quiero. Me encanta vivir aquí, no veo por qué razón tengo que ir a ninguna parte a aprender nada más. Cosas de Taylor, que encuentra la vida aquí insoportable — se detuvo y miró a Nicole frente a frente — . Supongo que sabes lo del accidente de Carolyn.
— No, no sé nada. ¿Qué accidente?
— Creí que Taylor te lo habría contado — replicó la chica con indiferencia — . Un toro la atropello y le dio una cornada. Quedó paralizada de la cintura para abajo.
Nicole se encogió de horror. La muchacha se lo había contado con tanta frialdad...
Casi como si considerase esa terrible desgracia como una cosa natural y esperada.
— ¡Qué terrible! — exclamó, al fin, apenada — . ¿Cuándo sucedió? La chica volvió a encogerse de hombros con indiferencia.
— Poco después de que tú te fueras. ¿Tiene importancia para ti?
— ¡A cualquiera le conmueve saber eso, Kristen!
— Carolyn se llevó su merecido — replicó la muchacha sin inmutarse — . Estaba furiosa con Taylor y quiso vengarse de él molestando y hostigando a los toros. Con esos animales no se juega.
Nicole se apartó un rizo que le caía sobre la frente, después de tanto ajetreo. Ahora comprendía por qué a Taylor se le veía tan amargado y envejecido. ¡Qué experiencia tan terrible para él también!
Kristen le puso una mano en el hombro.

— Es grato, verte otra vez, Io digo de corazón. ¿Te quedarás mucho tiempo en Ia Camargue?
Nicole pasaba y repasaba Ia mano por Ia puerta abierta deI coche.
— No sé... Depende...
— Has venido a ver a Taylor, ¿no?
— Bueno, sí... ¿Dónde está?
— Hoy no está aquí. Se fue a inspeccionar Ios viñedos en eI valle. Dime, ¿qué ocurrió entre tú y mi hermano anoche? Regresó de Arlies de un humor terrible. Ni siquiera Carolyn se atrevió a preguntarle. Me imagino que peleasteis.
— Perdona, Kristen. Debo irme. De no estar Taylor aquí, no tengo por qué ir a Ia mas. Me voy.
— ¿Y Ia abuelita? ¿Le digo que te he visto? Nicole empezó a entrar en eI auto.
— No puedo evitar que hagas Io que quieras, pero sería mejor que no supiera nada, pobre Nancy.
— Por Dios, Nicole — irrumpió Ia chica, molesta — , ¿por qué tanto misterio? ¿A qué has venido después de tanto tiempo? A Taylor Ie ha afectado mucho volver a verte.
— Lo siento, Kristen — puso eI motor en marcha — . No hay nada de misterio. Y de veras, me gustaría ver a Nancy — empezaron a salírsele Ias lágrimas — . Adiós...
— Adiós, Nicole — antes que arrancase eI auto, Ia chica dio una carrera y se Ie acercó — . Oye, ¿puedo ir a verte aI hotel?
Nicole se aferró aI volante para cobrar fuerzas.
— No creo que estuviera bien, querida. Au revoir...
— Au revoir — respondió Ia muchacha, agitando una mano en cordial despedida.
Nicole volvió eI auto aI camino de regreso a Arlies y rápidamente se alejó, dejando ahora que Ias lágrimas Ie corrieran libremente por Ias mejillas.

Capítulo 3

A la noche, después de la cena, Nicole subió a su cuarto a escribir a Amelie. Necesitaba hacer algo normal y metódico que no tuviese nada que ver con la mas Atkinson y sus infortunados recuerdos.
Había pasado el día pensando en el accidente de Carolyn, tratando de imaginar los sentimientos de ella. "Qué horror, pensó compasiva, verse paralítica, quizá por el resto de su vida". Olvidó sus malos sentimientos de antaño y sólo recordó su pericia de amazona, lo bien que montaba a caballo, su magnífica salud de otros tiempos, todo destruido por un momento de ira que ahora le pesaría por el resto de su vida, aunque algún día sanara y volviese a caminar. Y Carolyn era el tipo de persona que no aceptaba desgracias fácilmente, sin duda vivía quejándose y amargando a todo el que tuviese alrededor.
Tomó papel y pluma, pero no pudo escribir nada. Por más esfuerzo que hacía no dejaba de pensar en Taylor y en su desgracia. Un hombre tan viril y fuerte... ¿Lo culparía Carolyn de su desgracia? ¿Sería por eso por lo que tenía aquel aire de pesar y de fatiga que Nicole le notó desde el primer momento que lo vio? Aquella mirada de él laceraba su corazón. Descansando el rostro entre las manos se dejó llevar de sus reproches. Tenía el alma deshecha. No debió volver a la Camargue. Nunca debió dejar que Amelie la convenciera de que tenía que hacerlo por Freddie. ¿Qué saldría de todo aquello? Hasta el momento, no había la menor prueba de que el viaje diera resultado. Sólo había venido a Francia a remover los rescoldos de un antiguo fuego que aún ardía, latente en ella.
Se suavizaron sus labios en un principio de sonrisa. ¿Qué habría pasado si Taylor y ella no se hubieran separado? El amor que habían compartido tuvo que tener importancia para él también. Y, sin embargo, qué velozmente se esfumó. Era imposible no sentir el dolor de aquella separación, no obstante los años.
Pensó en Nancy, la indómita reina gitana, que con sus ritos y supersticiones, tan antiguos como el origen de los caballos blancos de la Camargue, se había puesto de su parte para que los jóvenes amantes se unieran en una pintoresca ceremonia... Pero sólo tuvieron una oportunidad de saborear la felicidad. Una sola. Y después... Nicole se tapó los ojos con las manos, tratando de evitar más lágrimas. ¡Qué injusta había sido la vida! Cuando estaba a punto de tener el cielo entre las manos, la crueldad humana vino a arrebatárselo.
Fue hacia la ventana, conteniendo un sollozo. La plazuela estaba envuelta en las primeras sombras del crepúsculo. Un aire suave entraba por la ventana, invitándola, a disfrutarlo fuera del espacio limitado de su habitación. Tenía que salir de allí, del hotel, despejar los recuerdos al aire libre.
Impulsivamente, salió y bajó la escalera. A la puerta del hotelito empezó a revivir con el aire fresco de la noche que se acercaba. Vestía un sencillo vestido de punto color amatista que acentuaba las sombras violetas de sus ojos. Era un traje largo, de buena tela, pero que había costado poco porque se lo hizo Amelie, tratando de animarla a asistir a una pequeña fiesta de Navidad. Al fin no fue a la fiesta, pero el traje quedó

colgado, hasta ahora, que al presentarse este viaje a Francia, Amelie se lo había puesto en la maleta ("Por lo que pueda presentarse"). Y esta noche, sin pensarlo, lo había tomado del ropero de su cuarto del hotel, y ahora lo estrenaba.
Salió del hotel sin saber a dónde dirigirse. La gente pasaba en grupos o en parejas. Sólo ella iba sin compañía. Fue hacia la avenida principal, pensando que por allí encontraría un lugar donde tomar un café.
Un auto se detuvo a su lado. En él, unos jóvenes se reían y la piropeaban, llamándola por las ventanillas, insistiendo hasta hacerla enrojecer de vergüenza ante los pocos transeúntes que pasaban. Al fin uno de los muchachotes salió y se le puso al paso.
— Ven con nosotros, preciosa... Vamos a divertirnos... Somos cuatro, puedes escoger. O nos tienes a todos, si quieres...
— Por favor, sigan su camino y déjenme tranquila.
— ¡Ah, es inglesa! — dijo a sus amigos del auto, motivando que otro más saliera a reforzar su insistencia.
Olían a vino. Nicole miró a su alrededor. Ahora la calle estaba desierta, y las sombras de la noche empezaban a caer rápidas, ocultándolo todo.
— Déjenme pasar.
— No, queremos que vengas con nosotros. Vamos a enseñarte lo que es divertirse en Arlies.
El pánico se apoderó de ella. Iban a echarle mano, mientras los del auto abrían bien la puerta. Pensando que la iban a raptar, ella empezó a retroceder, tratando de escapar. De pronto sintió un cuerpo recio a su espalda. ¡Otro le cerraba el paso por detrás! Estaba atrapada. Se volvió y empezó a darle con los puños en el pecho, pero él le agarró las manos y la apartó con fuerza para enfrentarse con los muchachos. Era un hombre alto, firme, que salió de entre las sombras de la callecita. Se lanzó contra los muchachos. Agarró a uno por el cuello de la camisa, blasfemando, y de un empujón lo lanzó al coche donde sus compañeros lo esperaban para evitarle el golpe. En un segundo el auto desapareció con los muchachos entre gran chirrido de las ruedas. Fue entonces cuando Nicole, temblando aún, pudo ver quién era el que la había defendido. O el que ahora trataría de hacer lo mismo con ella. Y éste no era un muchacho ni olía a vino. De éste iba a ser más difícil escapar.
Era Taylor, que la miraba furioso.
— ¿Qué haces sola en la calle de noche, exponiéndote a ser malinterpretada?
— Ah, eres tú... Gracias... Estaba dando una vuelta. ¿Qué tiene eso de malo?
— Nada, excepto lo que has visto. Unos chiquillos irresponsables que probablemente se emborrachan por primera vez. Pero pudieron hacerte pasar un mal rato. Tonta, no estás en Inglaterra. Una muchacha tan bonita, sola... ¿No comprendes? Recógete el pelo, estás muy provocativa.
Ella se recogió el cabello como pudo, con las pocas horquillas que le quedaban después del tropiezo.
Taylor sacó un cigarro del bolsillo.
— Vamos, he venido a hablar contigo. Ella lo miró trémula de pena y emoción.
— Kristen te ha dicho que estuve en la mas a buscarte, ¿no? El asintió con el gesto.
— Y no fuiste a la casa.
— ¿Cómo iba a ir a la casa?
Taylor estudió su rostro, tratando de verla a la media luz de un farol lejano. Sin decir

nada más, empezó a caminar, llamándola con un ademán para que le siguiera. ¿A dónde la llevaba?
Llegaron a la plazuela frente al hotel y allí había, estacionada, una camioneta salpicada de fango y cubierta de polvo. Taylor le abrió la puerta.
— Entra.
Asustada como estaba, le obedeció agradecida, porque ya las piernas no podían sostenerla después de tantas sorpresas. El dio vuelta para entrar por el otro lado. Ahora lo tenía junto a ella. Los faroles de la plazuela les brindaban suficiente luz para verse bien los rostros. El de él grave e intenso. Se le veía más gallardo y masculino que nunca, los pantalones negros calados en las botas altas, una camisa azul abierta, revelando la columna morena de su cuello, y al pecho, medio oculta entre el vello, una medalla de oro que Nicole conocía bien.
Una vez, hacía tres años, aquella medalla había estado en su pecho, aquella cadena le había rodeado el cuello... Era el emblema de Sara, la doncella de la leyenda de las Santas Marías del Mar, patrona de los gitanos de Europa, cuya fiesta venían a celebrar todos los años. ¡Qué esfuerzo tuvo que hacer para no alargar la mano y tocarla, por no acariciar el pecho donde ahora descansaba, tan cerca de ella y... tan lejos! Ya no era de ella, pero la pasión y la angustia la destrozaban. Habría dado la vida por echársele en los brazos, y rogar que la besara...
La camioneta rugía por las calles. Taylor guiaba, sin mirarla. Como si estuviera solo. Ella quería preguntarle a dónde la llevaba, pero no importaba. Lo tenía a su lado, no era el momento de hacer preguntas que sólo llevarían a respuestas hostiles que romperían la magia de su presencia cercana, en el mismo asiento, a pocos centímetros de sus muslos... ¡Taylor, Taylor...! Calló y esperó lo que fuera.
La camioneta iba en dirección al nordeste, hacia Lex Baux, con su castillo derruido en lontananza, asomando sus torres grises, carcomidas por el tiempo y batidas por el viento. Y allí, en un camino solitario, Taylor detuvo el coche y bajó una ventanilla.
— Bien — preguntó inquisitivo — , ¿en qué piensas?
— En nada — contestó desconcertada.
Decía la verdad: en aquel momento, excitada por su proximidad, no podía formular un pensamiento coherente. Con la torpeza lógica, al no conocer aquella camioneta, luchó y logró abrir la puerta de su lado. Salió y el aire la envolvió haciéndola temblar. Allí hacía más frío que en Arlies.
El también salió del auto. Quedó mirando la rocosa colilla que ahora brillaba a la luz de la luna que asomaba ya en el manto azul de la noche.
— ¿Por qué has vuelto, Nicole? — preguntó sin mirarla, con un acento de reproche en la voz — . ¿Por qué has tenido que volver ahora?
Nicole dio unos pasos inciertos entre las piedras de aquel paraje y se alejó un poco de él.
— Sabes bien por qué.
— ¡No, en realidad no me has dicho nada! Dices que necesitas dinero, pero no dices por qué. Esperas que yo te ayude, como si tuvieras derecho a pedir, ¡como si yo no tuviera ninguno a preguntar!
Por encima del hombro, Nicole le susurró, apenada:
— No hagas las cosas más difíciles de lo que son, Taylor. Recuerdo que una vez estuviste dispuesto a ofrecerme dinero.

— No entiendo — le dijo, oscureciéndosele la expresión — . ¿Qué quieres decir?
— Nada, no importa — estaba sin fuerzas, desconsolada — . ¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué has vuelto a verme? ¿Vas a ayudarme, o sólo a torturarme?
Impaciente, él se pasó sus dedos como garfios por el pelo, como si con el gesto pudiera ahuyentar el pasado. Al fin, exhaló y dijo en un tono más tranquilo.
— Quería hacerte una invitación. Nancy desea verte.
— ¿Es que Nancy sabe que estoy aquí? ¿Cómo se ha enterado?
— Como se entera de todo. Supongo que Kristen le dijo algo. ¿Qué importa cómo lo ha sabido? Lo sabe y quiere verte. ¿Aceptas?
Nicole titubeó.
— Creo que no... Sería imprudente... Tú sabes que tu madre no me quiere aquí. Además, tu esposa...
No la dejó terminar la frase. La agarró por una muñeca con tal fuerza, que ella estuvo a punto de gritar por el dolor y la sorpresa.
— ¿Esposa? — dijo, furioso, entre dientes — . ¿De qué hablas? ¡No tengo esposa... todavía!
Confusa, presa de un tumulto de emociones contradictorias, ella balbuceó:
— Kristen me dijo... Me contó lo del accidente de Carolyn... Dice que vive contigo en la mas.
— ¡Claro que vive en la mas! — ahora la miraba fulminante — . Por supuesto que vive en la finca con nosotros. Quedó paralítica, su madre ha muerto, no tiene quién la cuide. ¿Dónde iba a vivir? Pero... no es mi esposa.
Nicole se estremecía de dolor.
— Me estás destrozando la muñeca, Taylor.
Súbitamente, se dio cuenta y le miró la mano, congestionada por la presión.
— Mon Dieu, perdóname — la soltó enseguida y se puso a examinar el daño que había hecho, frotándole la mano para estimularle la circulación — . Soy un bruto — por un momento parecía que iba a llevarse la mano a los labios.
Nicole vio la señal de peligro. Logró desasirse, y puso la distancia del auto entre los dos, dando unos pasos rápidos.
— Vámonos de aquí — dijo él, con su voz cortante de siempre, pasándose una mano por los ojos como tratando de borrar su pequeño momento de debilidad.
Entró en la camioneta, indicándole a ella que hiciera lo mismo. Al sentarse, Nicole trató de no rozar sus muslos. Se extendió la falda, cubriéndose las piernas hasta los tobillos. No era necesario. El ni siquiera le dirigió una mirada.
Nicole esperaba que empuñase el volante y encendiera el motor, pero Taylor no hizo movimiento alguno.
— Si accedes a venir a la mas a ver a Nancy, te daré el dinero que necesitas para ese misterio que te traes entre manos.
— ¿Estás loco?
— Creo que no. ¿Por qué?
— ¿No comprendes que ir yo a la mas sólo nos traería problemas? Tú sabes que tu madre me odia. Y en cuanto a Carolyn... — se le apagó la voz antes de terminar la frase.
Ahora la miró, brillándole los ojos en el interior del auto, como si lo que estaba pensando le llenase de satisfacción.

— ¿Qué sabes tú si lo que busco no es la posibilidad de verte sufrir la ira de mi madre y Carolyn?
Nicole se llevó una mano al pecho.
— ¡No es posible! ¿Cómo puedes ser tan cruel?
— ¿Crees que no? ¡Tú no sabes hasta qué punto puedo serlo!
— Taylor, por favor... ¿Por qué hacer sufrir a nadie?
— ¿Por qué no? Sería divertido veros a las tres disgustadas, tratando de torturaros mutuamente.
Nicole no sabía qué decir. Decididamente, estaba loco, dando zarpazos a ciegas, como un animal herido. No había nada que hacer. Estaba perdida. En total desaliento, dejó caer las manos en el regazo. El le tomó la que tenía a su lado y observó los dedos largos y delgados, sin un anillo ni una joya... Se la apretó con fuerza, y cuando ella creía que otra vez iba a lastimarla, se la dejó nuevamente sobre el regazo, con desprecio.
— Dime, ese tipo para quien me pides el dinero... ¿te quiere? Nicole sofocó un grito de indignación.
— ¿Qué tipo? ¿Es que crees que necesito el dinero para dárselo a un hombre?
— Entonces, ¿para qué? Dices que no estás embarazada, que no te has metido en ningún lío. Bien, ¿qué pasa? ¿Para qué quieres el dinero?
A cada pregunta subía más la voz, con un tono ascendente de violencia.
Conociéndolo bien, Nicole trató de detenerlo.
— ¡Basta ya! No me tortures más — terminó, quitándose con rabia una lágrima que brotaba de sus ojos. No iba a darle la satisfacción de que la viera llorar. Sin decir otra palabra, él echó a andar el auto.
En total silencio, regresaron al hotel. Antes de bajarse de la camioneta, Nicole preguntó:
— En fin, ¿qué has decidido hacer?
— Eso depende de ti, ¿no crees? — contestó sardónico.
Ella se alisó un poco el pelo antes de salir del todo y entrar en el hotel.
— ¿Vas a forzarme a ir a la mas?
Saboreando su triunfo por anticipado, se recostó lentamente en el respaldo del asiento.
— Si quieres que te ayude, ya sabes lo que tienes que hacer.
Estaba resignada, y también decidida a pasar el trago amargo lo antes posible.
— Bien. ¿Cuándo?
— ¿De veras? ¿Vendrás?
— ¿Qué otra cosa puedo hacer, Taylor?
El torció los labios con ira y mordió las palabras.
— Maldita sea... ¡Bien se ve que necesitas ese dinero con urgencia! Pues... ¡no te creo! ¡No eres tú la única persona que está envuelta en todo esto! Debes tener una razón muy poderosa para estar dispuesta a hacer cualquier sacrificio. ¿Por quién? ¡Dime! ¿Qué te traes entre manos?
— Estamos a la puerta del hotel, Taylor. No grites. ¿Puedo irme ya? — Empezó a abrir la puerta de la camioneta.
— Un momento. Vendré a buscarte pasado mañana. No puede ser antes. Mañana tengo que ir a Nimes. Lamento la demora, pero no dudo que puedas soportarla, ya que el asunto del dinero es tan importante para ti.

Qué cruel, qué insolente... Cómo jugaba con ella como el gato con el ratón... Ya estaba convencida; jamás la quiso. Si la tuvo hacía tres años fue por pura lascivia, por necesidad física, pero sin el menor cariño. Era un monstruo egoísta que se divertía a expensas de hacer sufrir a los demás.
Salió rápidamente para evitar más discusión. El se inclinó para cerrar la puerta, encendió el motor, y arrancó rápidamente.
Entró en el hotel, exhausta de emociones, absorta en aquel "pasado mañana", sin saber cómo iba a poder esperar dos días más de incertidumbre y expectación, anticipando el desenlace desastroso de aquella visita a la mas, aquel encuentro con Madame Atkinson y Carolyn...

No fue tan dura y estéril la espera, como ella había pensado. Se presentó un día cálido y soleado cuya luminosidad hizo más intenso el azul del cielo, los múltiples colores de las flores que asomaban entre los arbustos que rodeaban la plazuela frente al hotel. Desde su ventana, Nicole observó cómo se levantaba un día esplendoroso. Parecía que la naturaleza le brindaba un bálsamo para hacerle más tolerable aquella demora que le había impuesto Taylor.
Se sintió con ánimo de escribirle a Amelie. Le hizo una corta nota, diciéndole que ya había entrado en contacto con Taylor, y augurándole que en cuestión de un par de días tendría buenas noticias que darle, o que llevarle personalmente cuando regresara a Londres. No le mencionó el hecho de que Taylor nada sabía del motivo de la urgencia, ni le dijo que ella no tenía la menor intención de contarle la: verdad. La verdad era un niño llamado Freddie que necesitaba recuperarse de una enfermedad y una operación. Y en el estado de ánimo en que estaba Taylor, saber la verdad sería un desastre. ¿Qué mejor venganza que quitarle el niño? ¡Cómo disfrutaría si supiera el arma poderosa que tenía contra ella! Por hacerla sufrir se arriesgaría a todo y se lanzaría a acudir a la justicia para arrebatarle a su hijo.
Su hijo... Un pequeño cargo de conciencia empezó a inquietar a Nicole. ¿No tenía Taylor derecho a saber la verdad? Freddie era tan hijo de él como lo era de ella... Caminó hasta el correo a enviar la carta. Le parecía que cada auto que le pasaba por el lado rodaba haciendo un mismo ritmo con las ruedas... "Taylor también tiene derecho... Taylor también tiene derecho..."
Estaba tan turbada por la idea, que casi agradeció encontrarse una visita esperándole en el hotel. Era Bobby Bennett, con su cara sonriente, sin recelo ni complicaciones. La providencia le brindaba la distracción de una visita inesperada y agradable para ayudarle a tolerar la espera... o para hacerla olvidar por unos momentos el cargo de conciencia que tanto la estaba preocupando aquella mañana...
Bennett se levantó de la silla al verla entrar en el vestíbulo. La miró y le habló casi como si le pidiera perdón por su atrevimiento.
— Madame Stafford...
— Monsieur Bennett... — Sonrió ligeramente, pero era indiscutible que se dirigía a él en tono de reproche.
Bennett bajó los ojos como si esperase una regañina.
— Confieso que vine esperando que me permitiera invitarla a almorzar.
Nicole suspiró resignada. Vaya joven, insistente; no había manera de hacerle comprender que ella no quería salir con él ni con nadie. En fin, quizá le vendría bien

comer fuera del hotel, hablar con otra persona, y con una tan amable y complaciente...
— Bien, Monsieur Bennett, acepto. Pero le ruego que me espere, voy a cambiarme — señaló el modesto vestido de algodón estampado que se había puesto a la carrera para ir al correo.
A Bobby se le iluminó la cara de alegría. Nicole lo miró objetivamente. En realidad, era un joven muy bien parecido. Se le veía risueño, elegante, con camisa y pantalón de gabardina gris, sin duda de precio; al cuello, un discreto pañuelo de seda anudado, finos zapatos deportivos de gamuza... Formal y correcto, como si saltera de las páginas de una revista internacional, tan distinto a cómo acostumbraban vestir en aquella región. Taylor, por ejemplo, casi siempre iba en traje campero, como los que cuidaban su mas, botas, pantalones de ante, camisa burda, sombrero de ala ancha... Claro, Taylor parecía haber nacido para llevar ese estilo de ropa práctica y ruda. Las pocas veces que Nicole lo había visto en "traje de ciudad" le pareció que hacía una figura sumamente gallarda y atractiva, pero su tez tostada, su porte esbelto medio abandonado, y la intensidad gitana de las facciones que había heredado de su abuela iban muy bien con el atuendo, singularmente masculino del gardien, el vaquero francés. Taylor...
Bobby Bennett la sacó de su abstracción.
— Encantado, Miss Stafford. Esperaré todo lo que usted quiera.
Nicole lo dejó sonriente en su silla y subió a su habitación. Se demoró pocos minutos. Regresó al vestíbulo del hotel con un juvenil atuendo de falda corta y blusa deportiva en dos distintos tonos de verde que reflejaban el jade de sus ojos. Al cruzar frente a un espejo al pie de la escalera, pensó que se veía demasiado joven. Menos mal que el cabello, recogido en un moño alto, le prestaba cierta seriedad como contraste.
Almorzaron en un gran restaurante en el centro de Arlies. Por lo visto, Bobby Bennett era buen cliente, pues al entrar los mozos y el jefe de comedor lo saludaron respetuosamente por su nombre. Ella le dejó la tarea de pedir para los dos lo que quisiera. Sin duda, tenía experiencia en esas cosas. Todo estuvo a la altura del aspecto de aquel sitio: magnífico. Mariscos, carne asada, ensalada... Nicole probó de lodo y se sorprendió al darse cuenta de que por primera vez en varios días comía con apetito.
¿Por qué no? Era joven, gozaba de excelente salud, y la compañía de Bobby Bennett no le exigía desgaste emocional, como la de Taylor...
Y, sin embargo, una vez que estuvo entre las sábanas, se sintió totalmente despierta. Un rayo de luna se filtraba por su ventana, iluminando la habitación con una luz tenue y romántica. A lo lejos se escuchaba una guitarra tocando una melodía suave, casi triste, que la hizo levantarse y acercarse a la ventana... La plazuela estaba desierta, bañada en la misma luz misteriosa que inundaba su cuarto.
Cerró los ojos para disfrutar la música lejana, y cuando los abrió, notó que entre las sombras de los árboles de la plazuela se distinguía la silueta de un auto grande, una camioneta gris... y apoyado en uno de los guardabarros, medio oculto por la sombra de los árboles, un hombre de figura alta y esbelta fumaba un largo cigarro. Vestía el traje del gardien; el típico pantalón estrecho, altas botas, camisa arremangada, pero llevaba la cabeza descubierta. De pronto, el hombre alzó la cabeza y su perfil destacó entre las sombras, iluminado por un rayo dé luna... ¡Taylor! ¿Qué hacía Taylor allí, apostado frente al hotel, ocultándose entre los árboles de la plazuela, aspirando el cigarro entre

los dientes que ahora le brillaban como el filo de un puñal?
Rápidamente, Nicole se apartó de la ventana, una mano en la garganta y otra conteniendo los latidos de su pecho. Nada bueno estaría haciendo allí Taylor, espiándola desde la solitaria plazoleta. ¿Qué terribles motivos le impelían a aquella conducta clandestina?
Tembló de sólo pensar lo que habría sucedido si a ella, en su desvelo, se le hubiese ocurrido salir a dar una vuelta al parquecito para conciliar el sueño...
En medio de sus ominosas conjeturas y su miedo, oyó arrancar un auto con un chirrido de llantas y pasar al segundo por delante de la puerta del hotel como un rayo. Cuando Nicole se acercó con cautela a una esquina inferior de la ventana, la plazuela estaba desierta. El auto y la figura siniestra habían desaparecido.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Nicole se levantó temprano. Estaba demasiado inquieta para quedarse en cama una vez que despertó. Mucho antes de que los huéspedes bajasen al comedor, ella estaba ya tomando su café. Vestía un sencillo traje deportivo de lino que le pareció ideal para su proyectada visita a Nancy en la mas Atkinson. Por si tenía que encontrarse con la madre de Taylor y con Carolyn, no quería aparecer demasiado elegante, aunque Nicole era el tipo de mujer que tenía el don de estar elegante con el más sencillo atuendo.

Pasaba el tiempo y Taylor no aparecía a buscarla. A las diez y media, Nicole ya estaba preocupada, preguntándose si la demora se debería a alguna razón importante o si era un plan deliberado de Taylor para molestarla o humillarla. Por quinta vez se acercó a la puerta a mirar la plazoleta de enfrente, donde por lo general el que iba al hotel estacionaba su coche. Monsieur Leons, el administrador, se le acercó a preguntar, solícito:

— ¿Desea algo, Madame?

— No, gracias. Es que estoy esperando a alguien que me viene a buscar.

— Ah, algún caballero, sin duda... ¿No quisiera tomar un poco de café en lo que espera?

— Buena idea, si fuera tan amable... — Cualquier cosa le haría la espera menos penosa.

— Enseguida, Madame.

Y en efecto, a los pocos minutos Nicole tenía al camarero del hotel llevando una pequeña bandejita con el servicio de café, se sentó en una silla cerca de una mesita, y se sirvió media taza. Estaba empezando a servirse azúcar, cuando notó una figura alta recostada al marco de la puerta del hotel. Era Taylor, que la observaba con sus fríos ojos grises. Venía en traje de montar, cortado al estilo del gardien. Era la estampa del hacendado aristocrático de Francia. Con sus largos pasos lentos, se acercó.

— ¿Lista? — preguntó sin más.

— Desde las nueve. Creí que vendrías temprano a llevarme a la mas.

— Pues aquí estoy.

— Es casi la hora del almuerzo.

— ¿Qué importa? Almorzaremos en mi casa.

— No, por favor... No me pongas en ese aprieto.

— Vamos, no seas tonta.

Al levantarse ella de la silla, la miró de arriba abajo.

— Le sugiero que vaya a cambiarse, Madame. Póngase pantalones para que esté más cómoda.

Por no discutir, o quizá por la antigua costumbre de obedecerlo, Nicole se dirigió a la escalera y subió a su habitación.

Se puso unos pantalones grises y una blusa deportiva color azul. Se anudó un pañuelo de colores al cuello, y se alisó el pelo.

Cuando regresó al vestíbulo se encontró a Taylor sentado, tomándose tranquilamente

el café que habían traído para ella. Monsieur Leons estaba a su lado, hablándole con mucha ceremonia. Al acercarse ella, el administrador le dijo, todo meloso:
— Monsieur Atkinson me dice que va usted a visitar su finca esta mañana, Madame. La felicito, será un paseo espléndido y sumamente interesante. Ya verá usted.
Sin hacer caso a nada, Taylor terminó de beberse el café, se levantó del asiento, y mirándola fijamente, le dijo:
— Ahora sí que estás perfecta — con un gesto indiferente de despedida al administrador, la tomó por el brazo y se encaminó a la salida del hotel.
El sol lo iluminaba todo. En otras circunstancias, el proyectado paseo habría sido muy agradable, pero en vista de la compañía de Taylor, Nicole no se sentía muy dispuesta a disfrutarlo. Resignada, lo siguió hasta la plazoleta. En vez de la camioneta estacionada, lo que les esperaba allí era un par de caballos ensillados. Miró a Taylor, asombrada.
— ¿Qué? ¿Creías que íbamos a ir en coche?
— Claro que sí — contestó, irritada — . Hace años que no monto a caballo.
— Tres, exactamente. Los he contado — lo dijo con tanta intención que ella volvió el rostro para no demostrarle cuánto la afectaba la insinuación.
Taylor desató las bridas del animal más pequeño. Era una yegua blanca y tranquila. A su lado, haciendo cabriolas inquietas, esperaba un hermoso alazán de fina raza al que Taylor señaló, diciendo:
— Este es "Gaspar". Nadie lo monta más que yo.
— Te lo regalo — dijo ella, displicente — . Tiene aire de fiera, como tú. El se echó a reír y le presentó a la amable yegua.
— Esta es para ti. Se llama "Melody" y espero que se porte bien.
Acarició al animal mientras le ofrecía a Nicole apoyo para que montara, pero ella rechazó el contacto, y agarrándose de la montura, saltó a la silla de la yegua con destreza. El observó la maniobra entre admirado y preocupado. Al fin, dio las bridas a Nicole y desató su propio alazán. Montó gallardamente y le acortó las riendas para controlarlo. Nicole esperó que él adelantara el paso y le siguió a una distancia prudencial.
Sin novedad, precedida hábilmente por Taylor, cortaron por la plazuela y tomaron la avenida. Aquí y allá él tuvo que responder a los saludos de algunos transeúntes al pasar, amigos o conocidos de su familia. Poco a poco fueron dejando atrás las casas y tomaron la carretera. Una vez en campo abierto, Taylor se giró hacia ella en su montura.
— ¿Todo bien? ¿Te sientes segura? — preguntó, con una risita irónica.
— Perfectamente, Monsieur. Despreocúpese de mí.
— Entonces, acércate y anda a mi lado. No soy ningún príncipe árabe que lleva a sus mujeres atrás.
Nicole urgió a "Melody" para que se adelantara, pero no tan pronto como el impaciente Taylor esperaba.
— ¿Sería mucho pedir que acelerases el paso?
Molesta por tanta ironía, Nicole hundió la bota en los flancos de la yegua e inició el galope. Frente a ellos se desplegaba el panorama espléndido de la región, con sus lagunas que despedían un agradable olor a salitre mezclado con el perfume de los arbustos silvestres que las rodeaban. Bandadas de pájaros cruzaban la carretera de un

lado a otro. Nicole empezó a disfrutar del contacto con la naturaleza y por unos minutos se dejó llevar por los recuerdos... Había dado aquel paseo con Taylor varias veces, en épocas en que aquella comarca había sido escenario de sus primeros encuentros de enamorados... Instintivamente, se volvió hacia atrás, buscándolo. Hasta ahora él dejaba que su alazán trotara graciosamente a su gusto, pero al encontrarse con los ojos de Nicole, tuvo un impulso de seguirla y salió tras ella, galopando. La carrera fue deliciosa, ambos corrieron por la campiña abierta donde sólo algunas reses ramoneaban dispersas por el paisaje. Se internaron entre las marismas. Saltando por las lagunas más llanas, los salpicaron los casos de sus cabalgaduras, recibiendo la lluvia refrescante. Al cruzar una más profunda se hundieron en el agua hasta las botas. Los caballos, acostumbrados a los accidentes naturales de la planicie, saltaban diestramente a tomar su nivel, peinándose los flancos con la maleza silvestre. Hombre y bestia disfrutaban en estrecha unión con la naturaleza que la civilización aún no había estropeado.

El sol del mediodía quemaba fuerte, haciendo más invitadora el agua azul y límpida de las lagunas. Nicole pensó qué delicioso sería poder nadar en ellas. Ya se habían alejado de la carretera y estaban en el camino más directo a la mas, cruzando las marismas. En aquel momento a Nicole le pareció que estaba en medio del lugar más bello del mundo.

Ahora era Taylor quien se volvía a mirarla, satisfecho al verla galopar riendo como una niña, excitada por la carrera. Se detuvo a esperarla, y al tenerla cerca, preguntó con una franca sonrisa:

— ¿Contenta?

Afirmó con el gesto y una sonrisa tan franca como la de él.

— ¿Qué tal te quedan los estribos? ¿Estás cómoda?

— Quizá mañana me duelan las piernas, pero ahora estoy disfrutando tanto del paisaje que nada me preocupa.

El sacó un cigarro del bolsillo de la chaqueta y lo encendió. Aspiró una gran bocanada, y fijando la mirada a lo lejos, dijo con voz grave:

— ¿Qué pasó, Nicole? ¿Por qué me hiciste aquello? ¿Por qué te fuiste sin decirme nada?

Se volvió a mirarla con amargura. En un instante se esfumó la felicidad momentánea que la carrera le había proporcionado a Nicole. Con una sola frase, con una rápida mirada de odio, Taylor podía destruirla, transportarla al pasado, arrancándola brutalmente del presente. ¡Qué poder tenía aún sobre ella!

— Creí que tu madre se encargaría de contarte.

El lanzó una exclamación y agregó furioso:

— ¡Esto nada tiene que ver con mi madre! ¡Estoy hablando de ti! Quiero saber por qué me abandonaste sin decirme una palabra. ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Por qué te burlaste de mí? Después de aquella noche que tú... me concediste, yo tenía derecho a...

— ¡Calla, por Dios! — Nicole se llevó una mano al pecho.

— ¡Ha llegado el momento de hablar! Se acabaron los misterios.

— Taylor, nada vamos a arreglar removiendo el pasado. Tú escogiste tu camino y yo el mío, eso fue todo.

— ¡No! ¡Ven acá! — Rápidamente se adelantó a agarrar las bridas de la yegua, porque

Nicole estaba a punto de echarse a galopar.
— Estoy de acuerdo en que nada cambiará el pasado, Nicole. Pero exijo saber por qué te prestaste a participar en la ceremonia, si luego ibas a...
Ella forcejeó por quitarle las bridas, y en vez de ello, se enredaron sus dedos con los de él, que le apretaba la mano a la vez que la acariciaba. Aquel contacto fue como una quemadura.
— ¡Nicole...! — exclamó, en un susurro desesperado, que tuvo más efecto que todos sus gritos y maldiciones de antes.
Haciendo un esfuerzo supremo por salir de ambas cosas, la emoción que la embargaba y aquella mano de hierro lista a apresarla, Nicole hundió las botas en los flancos de la yegua, con tal fuerza, que el animal respondió al instante. Ahora comprendió la mirada preocupada de Taylor en la plazuela al verla montar. "Melody" salió disparada a largo galope, saltando por lagunas enteras, apenas tocando tierra con los cascos, Nicole, se agarraba fuertemente de sus crines con una mano, de la montura con otra. Escuchó tras ella la voz de Taylor llamándola, pero lo único que pudo hacer fue mantenerse a la grupa; la yegua estaba en terreno bien conocido y, ante los titubeos de la amazona que la montaba, se sintió dueña de la situación.
Cuando empezaba a sentir pánico, notó al alazán que la alcanzaba y vio extenderse la mano de Taylor para agarrar las bridas de "Melody". Ante su fuerte mando, la yegua amainó el paso. Poco a poco ambos caballos caminaron juntos. Ahora Taylor miraba a Nicole con furia controlada. De un salto se puso en tierra y Nicole creyó que la iba a derribar. En vez de ello, se acercó a "Melody" hablándole y acariciándola, hasta tranquilizarla del todo. Nicole observaba, apenada, sabiendo que él la culpaba del arrebato insensato al que lanzara a la yegua. Comprendió que había actuado impulsivamente tratando de escapar, pero él la había forzado, él también era responsable.
Taylor volvió a montar, y una vez que tomaron el paso, le dijo, amenazante:
— Si hubieras lastimado a la yegua...
— ¿Qué? — preguntó altanera, harta, de tanta autoridad — . ¿Qué me habrías hecho? ¡Te crees el amo de todo! Quieres dominarme a mí como si fuera otro animal.
— Cuidado, Nicole. Estoy haciendo un esfuerzo por dominarme a mí mismo. Vamos, ven, no me hagas perder la paciencia.
Se quitó el sombrero e hizo su gesto acostumbrado cuando intentaba controlarse: se pasó la mano desde la frente hasta la nuca, peinándose con los dedos como si con eso pudiera librarse de un mal pensamiento. Le pasó por delante, cabalgando despacio.
Nicole le seguía cabizbaja, tratando de olvidar su imprudencia y la reacción brutal que había motivado en él aquella amenaza absurda... Ya ni el perfume a romero, ni las florecillas silvestres que empezaban a asomarles al camino, nada de aquel paisaje que momentos antes admiraba, le devolvía la calma. Lo tenía delante, cabalgando lentamente, como en otros tiempos, pero ya no era el amante solícito que buscaba un lugar propicio en el camino para desmontarse y llevarla a descansar en un rincón donde comerla a besos. Ahora era un ser sin sentimientos, un salvaje en el fondo, endurecido por la experiencia, dueño y señor de cuanto se le atravesaba en el camino. Lo mejor era aguantar sumisa y salir de aquel mal paso como fuera, para olvidarse para siempre de la Camargue, sus caballos y su jinete arrogante...
Por un buen trecho cabalgaron en silencio, ella bien atrás para evitar cualquier

conversación o comentario, él volviéndose a mirarla a cada cierta distancia como asegurándose de que le seguía. El sol había pasado el meridiano, hacía ya rato y ahora lo torturaba todo con su luego; Nicole sentía una sed intensa y deseaba que llegaran pronto a su destino.
Pasaron cerca de una típica cabaña de las que dan albergue a los gardiens durante las faenas del campo en el invierno. Taylor trotó en aquella dirección y le indicó a ella con la mano que le siguiera. Al llegar al claro despejado frente a la puerta de la casita, se desmontó y ató las bridas del alazán al primer árbol que encontró.
— Desmonta — ordenó a Nicole — . Tengo sed y los dos necesitamos descansar un poco de este sol.
Ella no se movía.
— ¿Qué esperas? ¿Que te derribe de la montura? Nicole se mordió un labio, inquieta.
— No estamos en la mas todavía...
— Claro que no, ya llegaremos más tarde. Ahora tengo sed y hambre. ¿Acaso tú no? Nicole echó un vistazo alrededor. El paraje era solitario.
— ¿Es que aquí hay algo de comer? — preguntó, por decir algo.
Furioso, Taylor agarró las bridas de la yegua y maldijo entre dientes.
— Baja o te derribo.
— Taylor... no.
— ¿No qué? ¿Es que crees que voy a seducirte? ¡Claro que hay algo de comer en la cabaña!
Dejó caer las riendas en tierra, le dio la espalda y entró en la cabaña. Ella se desmontó al fin y ató la yegua junto al alazán. Tímidamente, se acercó a la cabaña y metió la cabeza, tratando de ver un interior oscuro después del brillo del sol que la cegaba afuera. Enseguida se le acostumbraron las pupilas y pudo ver una mesa rústica donde se extendía un mantel burdo, pero limpio, sobre el cual había pan, un cuchillo, una cesta con fruta, y un buen trozo del queso típico de la región, dos jarros, una botella de vino... Sin duda, todo preparado para aquella visita inesperada para ella.
Sentado ya a la mesa, él la miró con sorna.
— No está mal, ¿verdad? Entra, entra, nadie te va a comer.
Desde la puerta, lo observó tomar el cuchillo, cortar un trozo de pan y otro de queso, destapar la botella, servirse vino en uno de los jarros, todo con la gracia rítmica de sus manos tostadas por el sol, tan viriles y hábiles, que en otro tiempo ella había sentido acariciar todo su cuerpo con fuerza posesiva y a veces con ternura...
Por fin se aventuró a entrar y acercarse a la mesa. Tomó uno de los jarros, se sirvió y bebió con ganas. Ahora comprendía que realmente necesitaban aquella pausa en el camino. La fragancia de la fruta fresca y el queso la invitaba. Con disimulo, mientras él comía, miró a su alrededor. A un extremo de la pequeña cabaña había un caldero antiguo que daba a una chimenea; al otro, un jergón de paja limpio. Muchas noches, durante las faenas invernales, los gardiens se quedaban a dormir en las cabañas, por eso las tenían bien preparadas, aunque todo era rústico y elemental.
Taylor le acercó el cuchillo, el pan y el queso, y se volvió a servir más vino, que bebió a grandes sorbos, secándose después los labios con el dorso de la mano.
— Allá afuera hay agua en el pozo — dijo, señalando el fondo de la cabaña.
Algo turbia, pero está fresca, si quieres mojarte y refrescar un poco. Digo, si es que las niñas tan civilizadas como tú hacen esas cosas de salvajes.

Trataba de provocarla, pero esta vez ella prestó más atención a la comida que a sus palabras. No le hizo caso, y él salió por el fondo. Ahora sola, se sirvió un buen jarro de vino, el segundo, que bebió quizá demasiado aprisa porque a poco notó que se le subía a la cabeza. ¿Dónde estaría Taylor? Esperó un rato y salió a buscarlo por la puerta del fondo de la choza. Al salir se encontraron y él le señaló el pozo.
Nicole encontró un balde limpio, lo medió de agua, y se salpicó el rostro y los brazos. Se desató el pañuelo que tenía anudado al cuello y con él se secó la cara, dejando que las manos y los brazos disfrutasen algo más del frescor de aquel lavado improvisado, se soltó el pelo y se desabotonó un poco la blusa, pasándose el pañuelo húmedo por las sienes y el pecho. Sintió a su espalda un ligero roce en la hojarasca y se volvió rápida. Taylor la observaba desde la puerta posterior de la cabaña. Indolente, despacio, dio unos pasos y se acercó a ella.
— ¿Por qué diablos llevabas el pelo en ese moño tan feo esta mañana? Antes lo llevabas suelto, como ahora...
— Antes todo era distinto, y no sé qué tiene que ver mi peinado con todo esto.
— Me importa poco lo que tenga que ver con esto. Digo lo que siento, y lo que siento es que pareces una maestra de escuela con ese moño.
— Como lo que soy.
— Porque quieres.
— Porque tengo necesidad de serlo. Y no me des otro disgusto, por favor.
— ¿Disgusto? ¿Eso llamas a nuestro enfrentamiento de hace un rato cuando trataste de escapar en la yegua?
— No traté de escapar, Taylor. Me asustaste con tu agresividad, eso es todo. Y si llevo ese peinado que tanto te disgusta es porque necesito parecer mayor y más madura en clase; enseño a treinta y cinco niños que deben respetarme.
— Ahora no estás en clase, Nicole — con un gesto señaló su blusa medio desabotonada, que dejaba ver el arranque de los senos.
Rápidamente, Nicole se volvió de espaldas y se abotonó.
— Gracias — escuchó a su espalda, en un susurro tan suave que la asustó.
— Se está haciendo tarde, Taylor — dijo, nerviosa — . Es hora de seguir nuestro camino.
Estaba segura de que si en aquel momento a él se le ocurría tocarla tan siquiera, estaría perdida. Tres años y todo lo que había sufrido no eran nada. Pero él parecía buscar sólo molestarla. Tranquilamente Taylor se alejó y silbó para llamar la atención de los caballos que, inmóviles, parecían estar dormitando a la sombra del árbol.
Confusa por aquel comportamiento inexplicable que lo acercaba a ella y lo alejaba a capricho, Nicole terminó de anudarse el pelo. Era tonto no confesarse a sí misma que Taylor la inquietaba profundamente. Se había dicho antes de partir de Inglaterra que los recuerdos estaban todavía como en carne viva... Pero tuvo que venir a Francia a pedir ayuda, y lo hizo confiada en que lo encontraría feliz y casado, quizá con un hijo, a salvo de cualquier tentación que ella pudiera despertarle. Pero todo salió muy distinto a lo que había imaginado... Taylor se había endurecido con la soledad de aquellos años. Ahora la odiaba, la trataba con la ira de su desprecio o su sensualidad dormida, reprimida, pero no apagada en aquella vida que hacía tan aislada. ¿Quién era su amiga? ¿Con quién podía tener un momento confiado de ternura o de pasión? Carolyn estaba paralítica, y él vivía con su madre, eterno testigo de todos sus actos...

Y por lo mismo, por todas esas razones contradictorias y absurdas, Nicole se sentía más débil que nunca ante él. Lo encontraba más atractivo, más digno de ternura y comprensión...
— Y bien, Madame, ¿monta usted o tengo que subirla yo?
La esperaba, ya montado en su impaciente alazán. Nicole corrió a obedecerle. Por estar desacostumbrada al ejercicio, le asomó un pequeño gesto de dolor al montar. El lo notó y se acercó solícito.
— ¿Estás bien?
Pero ella le contestó, arrogante:
— Bien, gracias. ¿Y usted? ¿Necesita ayuda?
El levantó una mano, como remedando el ademán de golpear.
— Nicole — dijo entre dientes — , no me provoques. Vamos a la mas y quiero que te portes como es debido.
— ¿Qué quiere usted decir, Monsieur? ¿Qué es portarse como es debido?
— Mira, me dan ganas de matarte — dijo, desesperado — . ¡Vamos a mi casa! Sin duda mi madre y Carolyn estarán observando nuestras reacciones. Haz el favor de no humillarme.
— Si tanto temía usted a esa posibilidad, no debió haberme invitado a su casa. El aspiró profundamente, entornando los ojos, controlándose.
— Serena, Nicole — dijo — , tratemos de quedar bien los dos.
Con un toque a los flancos del alazán, se adelantó en el camino. Ella lo imitó y le siguió en la yegua. Si tenía que resignarse al trago amargo de aquella visita, lo mejor era salir del paso lo antes posible.
Empezaron a verse en la distancia los corrales, los techos de las casas, todo lo que acusaba que no estaban lejos de la mas Atkinson. En el camino se encontraron con una manada de novillos que los gardiens llevaban a la dehesa. Estos, al ver al patrón, se quitaron el sombrero en señal respetuosa, mirando de reojo a la joven que le acompañaba.
Nicole tembló al verse tan cerca de los temibles toros, aunque estos fueran novillos. Algunos se alejaron del rebaño, pero Taylor se adelantó a encerrarlos otra vez dentro del círculo de gardiens que rodeaban la manada. ¡Qué jinete tan experto! Y, sin embargo, al ver los cuernos amenazantes de aquellos animales, tan cerca de las botas de Taylor, a Nicole se le encogió el corazón de miedo.
Tres años no eran nada. Ni el pensamiento fijo en su hijito Freddie lograba quitarle la emoción que sentía ante Taylor, la admiración que le tenía. Era como ver maniobrar a un bello potro salvaje y admirar una hermosa estatua clásica a la vez. Tres años y nada había cambiado para ella en la Camargue.

Capítulo 5

A la casa se llegaba bordeando las instalaciones de los corrales y un pequeño coso taurino donde hacía tres años Nicole había visto a Taylor lidiar sus toros. Enormes árboles de frondosas copas daban sombra al camino, defendiendo al visitante del fuerte sol. Más cerca de la casa se encontraban arbustos floridos, y la pequeña huerta donde Madame Atkinson se distraía sembrando flores y hortalizas. Era buena jardinera la señora, sabía mucho del campo y de la tierra... y muy poco de las relaciones humanas y los afectos entre las personas, pensó Nicole según transitaba viendo todo aquello.

Se desmontaron en el patio de la entrada, que estaba solitario. La casa era típica del estilo campestre de la Camargue, aunque mucho mayor que casi todas las que se veían en la región. Constaba de una, sola planta muy amplia, con altas ventanas de persianas que en épocas del mistral se cerraban fuertemente para mantener el calor y el confort.

Taylor llevó los caballos a beber y regresó a donde Nicole esperaba. La miró firmemente.

— ¿Bien? — dijo — . ¿Te acuerdas de todo?

Sin atreverse a decir palabra, la joven afirmó con la cabeza. Él la tomó por el brazo y se dirigió a la escalinata de la entrada posterior de la mansión. Ella no pudo soportar el contacto sobre su brazo desnudo de la mano de él, y de un brusco movimiento se apartó de su lado. Entraron en la enorme cocina de la casa. Junto a una gran mesa, en una esquina, una mujer ya entrada en años preparaba un jamón para hornear, asistida por una muchacha que parecía no tener más de quince años. Nicole reconoció a Madame Atkinson, aunque le pareció mucho mayor de lo que ella recordaba.

La mujer le clavó los ojos, y mirando después a Taylor, dijo con visible disgusto:

— La has traído a casa, después de todo...

Habló en inglés y Nicole pensó que era para que la joven que la ayudaba no la entendiera.

Taylor le contestó indiferente:

— Sí, la he traído. ¿Y qué?

Madame Atkinson se secó las manos en un paño y despidió a la joven. Después, acercándose a Nicole, con la mirada torva, preguntó:

— ¿Por qué has vuelto aquí?

— Tú sabes bien por qué, mamá — le contestó Taylor, La mujer hizo un gesto de desprecio.

— Sé por qué ha venido a la casa, pero lo que quiero saber es por qué ha regresado a la Camargue. Sólo porque fue tu querida unos días, ¡no tiene derecho...!

— ¡A callar! — Taylor habló con tal autoridad, que lo único que su madre se atrevió a hacer fue lanzarle una mirada venenosa a Nicole.

— Ni una palabra más, mamá — agregó Taylor — . ¿Dónde está Carolyn? ¿Descansando?

— Claro que está descansando — dijo la mujer, resentida, sin mirarlo — . Tú sabes

bien que siempre se toma un descanso después del almuerzo. Has llegado más tarde de lo que esperábamos.
Sin inmutarse, Taylor se dirigió a la puerta.
— Entonces, iremos directamente a ver a Nancy. — Le hizo un gesto a Nicole.
La mujer se encogió de hombros. Nicole notó que seguía siendo tan fuerte y esbelta como antes, aunque ahora la cabeza cana del todo le daba un aire de vejez prematura que la hacía menos formidable.
— Como quieras — gruñó.
Era indudable que seguía odiando a Nicole igual que antes, con el agravante, de que ahora le tenía más temor que recelo. Quizá se preguntara qué vendría a hacer la muchacha después de tanto tiempo; cuál sería la reacción de su hijo ante su juventud y su belleza británica, tan fresca y atractiva...
Buscando algún apoyo en Taylor, Nicole cruzó su mirada con él, pero, como de costumbre, no reflejaba expresión alguna en el rostro, Con un gesto inconfundible, le ordenó:
— Vamos, Nicole.
Fuera de la presencia de Madame Atkinson, Nicole se sintió algo más segura, lo suficiente para susurrar a Taylor:
— Qué momento más desagradable... Todos me odian en esta casa.
— ¿Qué esperabas? ¿Besos y abrazos? Vamos, no discutas más. Tienes que ver a Nancy, para eso has venido.
Le habló con tal sarcasmo, tal odio en la mirada en lo que caminaban juntos por el estrecho corredor, que ella se preguntó si al final de tantos malos ratos de verdad le prestaría la ayuda que ella había venido a pedirle... ¿Serían inútiles todos aquellos sacrificios, aquellos encuentros tan desagradables con el pasado y los personajes de una vida que ella consideraba cerrada para siempre? Quizá lo que Taylor buscaba era humillarla, hacerla sufrir, a cambio del dinero que al final de su visita le daría... ¡Cómo abusaba de la situación, de la emergencia que la obligaba a ella a aguantarle sus caprichos y crueldades!
Taylor se detuvo ante una puerta en el corredor, y con una voz dulce, que Nicole casi no pudo reconocer, llamó:
— Grandmére...
Una voz débil contestó desde adentro:
— Entrez, mes enfants...!
La cara de Taylor tomó una expresión desconocida para Nicole; sonriente, apacible, complaciente...
Desde dentro, la voz débil de mujer balbuceaba nerviosa:
— Taylor, cheri... ¿Me traes a Nicole?
— Aquí la tienes, abuela.
Entraron en un enorme dormitorio cuyas paredes estaban cubiertas casi totalmente de cuadros, pinturas al óleo que Nicole reconoció enseguida. Eran obras impresionistas de varios paisajes de la Camargue, pintadas por Dosan, el pintor gitano a quien Nancy tanto había ayudado en su carrera artística. El piso bien pulido estaba recubierto de alfombras persas; los muebles antiguos relucían con el cuidado y la pátina de los años. Contra la pared mayor estaba la enorme cama, y hundido en las almohadas, el rostro oscuro de una anciana de cabello y ojos negros que ahora miraban a Nicole

ansiosamente; Nancy, la bella reina gitana, abuela de Taylor, quien había heredado tanto de su espíritu y su físico. Viéndola ahora, erguida en el lecho, brindándole los brazos, Nicole comprendió que de todo lo que hasta ahora había visto en la mas Atkinson, Nancy era lo que menos había cambiado. Por un momento se preguntó cómo habrían podido convencer a aquella nómada rebelde para que dejase su antigua y amada caravana, su carro gitano, para irse a vivir en la mas que tanto odiaba. Al fin reaccionó y corrió a abrazarla.

— Nancy, querida...

— Muchacha, muchacha...

La anciana rompió el abrazo y se la quedó mirando fijamente a los ojos, como tratando de descubrir si aún era la misma. Al fin, volviéndose a su nieto que observaba el cuadro desde la puerta, le dijo:

— Gracias, Taylor. Puedes retirarte; queremos estar solas. Nicole estuvo a punto de protestar, de decir que sólo podía quedarse unos minutos. La inquietaba sobremanera la posibilidad de que Nancy aprovechara quedarse sola con ella para hacerle preguntas y entrar en confidencias... Pero ya estaba Taylor haciendo un gesto de despedida con la mano mientras salía de la habitación y cerraba la puerta. Bien, evadiría las preguntas de Nancy preguntándole ella muchas cosas para distraerla.

— Siéntate aquí en la cama, a mi lado. Déjame verte... ¡Qué pálida estás!

— Estoy algo fatigada. Taylor insistió en que hiciéramos el viaje desde Arlies en caballo y hace tres años que no monto...

— Desde Arlies a caballo... ¡Ese muchacho es un bárbaro! Bien, no hablemos de él. Cuéntame de ti. Conque... ¡has vuelto a nosotros!

— Sólo por un día, Grandmére.

— ¿A ver a Taylor?

Nicole no contestó.

— ¿Por qué? — insistió Nancy — . ¡Dime por qué! Tú sabes que yo lo averiguo todo.

— Necesito dinero, Nancy.

— Lo mejor era decirle la verdad.

Tenía razón Taylor: ella siempre se enteraba de todo.

— Ya veo... ¿Y por qué pedírselo a Taylor? Después de lo que ocurrió, yo habría esperado que sería la última persona a quien recurrirías.

Nicole lanzó un suspiro de resignación.

— No tengo a nadie más a quien acudir, Nancy.

— ¿Y crees que es justo venir a inquietar a Taylor?

— Quizá no, pero... no me quedó más remedio.

— ¿Para qué necesitas dinero, Nicole? ¿Te has metido en algún lío?

— No es eso. Mira, querida, esto es un asunto entre Taylor y yo, y no quiero ni debo inquietarte. Si Taylor cree que trayéndome a verte; va a enterarse de algo más que hablando conmigo...

A la mujer se le encendieron los ojos con una protesta.

— ¡Nada de eso! Taylor no me ha dicho nada. Soy yo quien ha insistido en verte tan pronto Kristen me contó que estabas en Arlies.

— ¿Kristen te lo dijo?

— Claro, mi nieta me lo cuenta todo. Si fuera por Taylor yo no sabría una palabra. Ya lo conoces...

Nicole se levantó de Ia cama y dio un lento recorrido por eI cuarto, mirando y admirándolo todo.
— ¿Y tú? No me has contado nada. Ni siquiera me has dicho por qué estás viviendo ahora en Ia mas. ¿Cómo pudiste abandonar tu caravana?
Nancy maldijo en un tono de voz y con Ia misma ira que Io hacía Taylor cuando Io contrariaban.
— Nada, hija. Me enfermé hace unos meses. Y Ios médicos, que siempre están alarmando a todo eI mundo, insistieron en que me trajeran aquí para que me cuidaran.
— Emitió una risita irónica.
— Si no fuera porque aquí tengo a Taylor, no Io habría permitido. Así es que aquí me tienes, viviendo con esa... — Al decirlo, señaló en dirección a Ia cocina, donde se suponía que estaba Ia madre de Taylor.
— A estas horas, ya sería tiempo de que Ias dos se hicieran compañía, Nancy. Ahora que murió eI padre de Taylor, eIIa también se habrá quedado muy sola.
— ¿Mi hijo Danni? — hizo un gesto de disgusto — . Tú sabes bien que Danni y yo nunca nos llevamos bien desde que él se hizo un hombre. ¿Por qué voy a estar en buenas relaciones ahora con su viuda? ¡Esa arpía sin alma sóIo hizo una cosa buena en su vida!
— ¿Qué? — preguntó Nicole.
— ¡Tener a Taylor! Taylor, más hijo mío que nieto. Mi verdadero heredero, Io que más quiero en Ia vida.
Apoyada a una enorme cómoda de oscura caoba, Nicole Ie dedicó una mirada agradecida por eI cariño tan grande que profesaba a Taylor, aunque nunca hubiera logrado suavizarlo y humanizarlo. Al contrario, a su generación Nancy había traspasado todo su espíritu indómito de princesa gitana. Acarició un juego de espejo y peine que había sobre Ia cómoda, objetos antiguos y preciosos de nácar que estaban recamados con iniciales incrustadas en plata: N y M; Nancy y Matthew, posiblemente un regalo- de boda que Ia anciana conservaba. Por ahogar Ios recuerdos, Nicole dijo a Ia abuela sin mirarla:
— Kristen me contó algo deI accidente de Carolyn.
— Ah, ¿sí? — respondió Ia anciana sin interés.
— Debe haber sido algo terrible.
— Supongo que Io fue, para Carolyn — respondió Nancy, indiferente.
— Una chica tan joven, tan llena de vida... ¿Cómo sucedió. Nancy? ¿Es verdad que se puso a molestar a Ios toros tratando de lastimarlos?
— Así fue. Sólo porque había tenido una pelea con Taylor, por vengarse en Ios pobres animales... ¡No me hables más de eIIa! Ahora se venga de todos nosotros... Tiene aI pobre Taylor crucificado...
— Perdóname, Nancy. No quería alterarte.
Nancy Ie extendió una mano.
— Hija mía, me empieza eI dolor. Creo que debo descansar de tantas emociones. De Io contrario, tendré que pedir mi medicina...
— Claro que sí, querida. Te dejo para que descanses. De pronto, Ia mujer se incorporó.
— Volverás a verme, ¿no? Necesitamos hablar más. ¿Cuándo volverás? Se acercó a tomarle Ia mano que Ie extendía,
— No sé, querida. Tengo que regresar a Inglaterra Io antes posible.

— ¿Por qué? ¿Es que te espera un hombre?
Nicole no pudo dejar de sonreír. ¡Siempre igual Nancy! Aún anciana y enferma, para ella no había nada más importante en el mundo que el amor de un hombre.
— Tengo que trabajar, que volver a mi empleo — dijo al fin.
— ¡Tonterías! Esas son excusas para abandonarnos otra vez. Mándame a Taylor con mis píldoras, yo me encargaré de hablar con él.
Se abrazaron rápidamente en despedida. Al salir por la puerta, Nicole volvió la vista hacia la cama, a mirar a la enferma con ternura. Ya estaba dormitando, con la expresión más serena... Quizá la corta visita, la conversación sincera, habían ejercido el mismo efecto que las píldoras.
Salió al pasillo de la casa, medio sonriendo, satisfecha de haber hecho aquella visita por más que la hubiera afectado. Oyó voces en la cocina, donde suponía que Taylor la estaba esperando. Sin mucho ánimo, abrió la puerta y entró.
Taylor, su madre y, en una silla de ruedas, Carolyn. Carolyn Bridges, la muchacha que Madame Atkinson tanto había anhelado como esposa para su hijo. Nicole notó a primera vista que, no obstante el accidente, su cara había cambiado poco. Siempre fue bella, seguía llevando su hermosa cabellera rubia, cayéndole a la espalda, atada con una cinta estrecha. Pero en aquellos tímidos ojos azules, Nicole encontró una hostilidad mayor que la de antes. Sus manos se crispaban sobre la manta que cubría sus piernas.
Por un momento Nicole pensó en Nancy. Más que nunca admiró su carácter recio y su indomable espíritu. Era lo menos que se necesitaba para vivir en aquel ambiente tan desagradable donde aquellas dos mujeres amargadas mandaban a su gusto, las pobres, incapaces de tener un sentimiento noble y desinteresado... Gracias a que Taylor estaba allí para defender a su abuela, pero... ¡qué destino tan triste le esperaba! Pobre Taylor...
Al fin, fue él quien rompió el incómodo silencio que se produjo al entrar Nicole en la cocina. Sonriendo, esta vez sin ironía, amable y complacido, preguntó:
— ¿Cómo has encontrado a su majestad?
— Igual que siempre; humana, fuerte, bella — respondió y dirigiéndose a Carolyn, que la observaba hostil, añadió — . Hola, Carolyn. Lamento de corazón lo sucedido. Pero... celebro verte tan hermosa y animada. No has cambiado.
Carolyn levantó las cejas en dirección a la madre de Taylor, como asombrada.
Volviéndose a Nicole, replicó cortante:
— No tiene usted que decir lo que no siente, Madame. Estoy segura de que se alegra de verme paralítica.
A Nicole se le subieron los colores a la cara.
— Cómo es posible que pienses eso... A cualquiera le afectaría saber que algo así le ha sucedido a una persona conocida... Pero veo que realmente no has cambiado, Carolyn. Sigues tan agresiva como siempre.
— ¿Cómo se atreve usted a insultarme? — exclamó Carolyn, furiosa. Pero, más furioso que ella, Taylor interrumpió el desagradable diálogo:
— ¡Basta ya! De ninguna manera permito que se hable así en mi casa — y, con una mirada casi de ruego a Nicole, agregó — . Siéntate. Mi madre nos está haciendo café. Nos vendrá bien antes del viaje de regreso a Arlies.
No había más remedio que atenerse a la situación; por el momento estaba en manos

de aquella familia, en casa de ellos. Así no se demoraría la partida. Se sentó a la mesa, mientras Madame Atkinson iba del fogón a la alacena, haciendo el café y sacando las tazas. Carolyn dijo algo a Taylor en el habla provenzal que Nicole no comprendía. Viéndolos conversar en voz baja, Nicole pensó lo que sería la vida entre ellos, tres años comprometidos, desde poco antes del accidente. ¿Qué esperarían para casarse? ¿Qué posibilidades habría de que Carolyn volviese a caminar? ¿Sería eso lo que esperaban? ¿Podría Carolyn hacer vida normal de mujer casada? Con lo mucho que Taylor y su familia ansiaban tener un heredero...

Al fin sirvieron el café, caliente y fuerte, como Nicole lo necesitaba. Al ver que Taylor encendía un cigarro, recordó el encargo de Nancy.

— Oh, Taylor... — dijo apenada — , se me había olvidado que tu abuelita quiere verte...

Después de dirigir una mirada aprensiva a las tres mujeres, Taylor salió de la cocina.

— ¿Cuándo piensa usted marcharse? — le preguntó, muy seca, la madre de Taylor.

— ¿Para Inglaterra?

— Sí. ¿Cuándo?

— No estoy segura... Supongo que dentro de unos días.

Carolyn se miró el anillo de compromiso y después volvió los ojos a las manos de Nicole, que las tenía sobre la mesa.

— Por lo visto usted ni se ha casado ni está comprometida, ¿no? — le preguntó con ironía.

— Así es. Ni lo uno ni lo otro.

Madame Atkinson se inclinó en su silla, acercando el rostro a Nicole.

— ¿Ha venido usted a causarnos problemas? — le preguntó a bocajarro.

— No, Madame — replicó Nicole, ofendida — . Yo ni siquiera quería acercarme a esta casa. Si he venido ha sido porque Nancy insistió en verme, como debe usted saber.

— ¡Ah, Nancy! — Lanzó la otra con rabia — . Esa lo único que ha hecho en esta casa es causar trastornos a la familia.

— Señora, Nancy es parte también de la familia.

— ¡Qué va a serlo esa gitana inculta! Afortunadamente, ya está vieja y achacosa. Pronto se morirá y nos dejará libres de ella y sus supercherías.

— Le ruego que no se exprese así acerca de Nancy delante de mí. Estará enferma y entrada en años, como algún día tendremos que estar todos, pero no es ninguna gitana inculta.

— Es una trotamundos, una desvergonzada que ha estado derrochando la fortuna de los Atkinson protegiendo a esa familia de robacaballos que viven en esos carros bailando y emborrachándose.

— Le recuerdo que Nancy era una princesa de una tribu importante, que pudo llegar a ser reina si no se hubiera casado con el abuelo de Taylor. Fue él quien la trajo a vivir a la mas, en contra de su voluntad y sus costumbres.

— ¡Princesa...! ¡Valientes paparruchas le ha estado contando a usted esa vieja loca! Se casó con mi suegro sin que nadie la obligase. Y poco le importó la familia. Tan pronto se le murió el marido, abandonó a todos y volvió a su vida salvaje de nómada. Ha vuelto aquí sólo porque está enferma.

— Nancy no abandonó a nadie. Cuando su esposo murió, ya su hijo era un hombre y estaba casado con usted.

— Pues para que se entere usted — agregó con ira la mujer — , aunque fuera su

madre, mi esposo y todos aquí odiaban a Nancy tanto como yo.
— Se comprende, señora — dijo Nicole, con dignidad — . Nancy buscaba para ella y su familia cosas como el cariño desinteresado, la felicidad, la libertad personal... Mientras que en esta casa sólo importaban el dinero, las propiedades, y los matrimonios por conveniencia y sin amor.
— ¡Atrevida! — gritó Madame Atkinson, poniéndose de pie, cara a cara con Nicole, mientras Carolyn, desde su silla de ruedas, observaba la discusión con visible satisfacción, asintiendo con la cabeza.
— ¡Impostora! — siguió imprecando la mujer — . Usted se apareció aquí hace tres años con sus títulos universitarios y sus libros, fingiendo estar interesada en estudiar la historia de la región, tratando de engañar a mi hijo, haciéndose pasar por una intelectual, cuando en realidad lo único que buscaba era... ¡meterse en la cama con él!
— ¡Señora! — exclamó Nicole.
— ¡Lo sé todo! Esa vieja gitana libertina les organizó una ceremonia de bodas con sus gitanos para dar la apariencia de legalidad y decencia a lo que no fue otra cosa que... ¡un vulgar concubinato!
Fuera de sí, la mujer agarró a Nicole por la blusa y con toda su fuerza le dio una bofetada.
Nicole se dobló de dolor y se llevó la mano a la mejilla. Toda la cara le ardía del golpe.
— ¡Eh...! — escucharon en la puerta — . ¿Qué ocurre aquí?
Era Taylor que entraba en la cocina corriendo al oír la discusión desde el pasillo. Lo único que vio fue el rostro encendido de Nicole y a su madre agarrándose a la mesa casi sin aliento.
— ¡Llévate a esta mujer de esta casa! — le gritó, entre sollozos — . Nos ha estado insultando sin piedad.
— Eso no es cierto — logró decir Nicole.
— ¡Es verdad, Taylor! — aseguró Carolyn.
Ahora Madame Atkinson rompió a llorar. Carolyn trató de consolarla mientras le decía algo a Taylor en el dialecto provenzal y lanzaba miradas fulminantes a Nicole.
Esta se quedó observándoles a los tres por un momento; la madre llorando; Carolyn abrazándola desde su silla de ruedas; Taylor profundamente preocupado, confuso, tratando de entender lo que habría pasado entre aquellas tres mujeres que tenía delante, sin saber a cuál dar la razón o defender con su apoyo moral... Apartándose de aquel cuadro, Nicole salió corriendo al patio.
Se recostó en el tronco de un árbol y escondió el rostro entre las manos. Ya lo daba todo por perdido, pero ahora se apoderaba de ella el pánico. ¡Qué infierno sería la vida para Freddie en aquella casa si Taylor lograba quitárselo! ¡Cómo martirizarían a su niño aquellas dos mujeres amargadas si lo tuvieran en sus manos! Qué peligro corría ella si Taylor lograba saber de la existencia de su hijo y con tantos recursos con que contaba se empeñaba en vengarse de ella quitándoselo ante los tribunales. Tenía que escapar de allí, olvidarse de la ayuda que fue a pedir, del dinero, ¡de todo! Tenía que regresar a Inglaterra lo antes posible. Por cualquier descuido suyo, la familia Atkinson se podría enterar del arma poderosa que tenían en sus manos para destruirla quitándole a su hijo... "¡Freddie...! ¡Tengo que correr a tu lado antes que algo nos separe...!"
Estaba tan ensimismada en sus sombríos pensamientos, que no notó la presencia de Taylor a pocos pasos. El se acercó.

— Nicole... — dijo, en una voz distinta, casi un susurro envuelto en pena y desaliento.
Al ver el sobresalto de ella y el miedo que su rostro reflejaba, movió la cabeza lentamente.
— No me mires así, como si esperases que fuera a golpearte. Por Dios, Nicole, no sabes cuánto siento lo ocurrido.
Temblando de ira y de temor al mismo tiempo, ella se sobrepuso y se le encaró con el poco valor que le quedaba.
— ¿Vienes a limpiarte la conciencia ofreciéndome una excusa?
— Llámalo como quieras. Lamento lo que sucedió allá adentro, pero no tengo ningún cargo de conciencia. Tú te buscaste ese disgusto. Sabías lo que te esperaba si volvías a la Camargue. ¡Cuánto debes querer a ese hombre por quien vienes a pedir dinero!
Estaba lívido de rabia y celos. En las manos apretaba la tralla que siempre llevaba al cinto cuando montaba.
Se sintió más sola que nunca en su vida, pensando en la ironía de aquella situación. Teniendo una verdad tan justa, se veía obligada a ocultarla, condenándose a sí misma con el silencio que le exigía su amor de madre. No podía arriesgarse a perder a su hijo si revelaba las razones que la impelían a pedir aquella ayuda. Se enfrentaba a un hombre al que había amado con toda su alma, pero ahora era su enemigo implacable, azuzado por los celos que le despertaba una situación que desconocía.
Balbuceando entre sollozos, Nicole dejó salir a borbotones las palabras:
— Vosotros, los poderosos Atkinson, podéis permitiros el lujo de humillar a una persona que no tiene recursos para defenderse. Y tú, abusando de verme recurrir a ti como a un clavo ardiendo... Sometiéndome a esta visita a una casa donde me odian, me insultan y me golpean... ¿Hasta cuándo crees que voy a aguantar? ¡Quédate con tu poder y tu dinero! ¡No lo quiero! ¡No quiero nada! ¡Prefiero morirme antes que aceptar nada tuyo!
— ¡Nicole...!
Ella ni siquiera notó la angustia con que pronunció su nombre. Se abalanzó corriendo al árbol donde "Melody" esperaba con las riendas sueltas, puesto que estaba en el corral. Alertada por la voz que ya conocía, cansada de esperar y ansiosa de correr, en cuando Nicole se le tiró encima de la montura, la yegua salió disparada. En un momento, amazona y cabalgadura eran dueñas del camino abierto de la finca a la campiña.
Corrieron sin rumbo ni destino, con las bridas sueltas, el pelo de las dos saltando al aire... Campos, sembrados, huertas, médanos, marismas... La carrera parecía no tener fin... Nada importaba. Ambas ansiaban escapar de aquel paraje, por razones distintas. Una buscando la libertad y la otra el olvido... Nicole, ciega de dolor; la yegua, gozosa, sin freno.
Inevitablemente, surgieron atrás los chasquidos veloces del alazán de Taylor. Cuando él estuvo a punto de alcanzar las riendas de la yegua, Nicole hizo una señal con el cuerpo y la bota para evitar el frenazo de Taylor, y "Melody" cambió súbitamente de rumbo. Al impacto del viraje, Nicole salió lanzada por el aire.
Cayó a buena distancia; su cuerpo desapareció de la vista de Taylor, tras unos arbustos. Aterrado, él hizo cabriolar al alazán en todas direcciones, buscándola.
Nicole volvió en sí sobre la arena mullida de un pantano que le había amortiguado el golpe. Tan pronto se rehizo del susto, se repasó todo el cuerpo con las manos,

cerciorándose de que no se había lastimado gravemente. Podía articular brazos y piernas. La cabeza le dolía, más por habérsela torcido al caer que por el golpe. Y tenía las ropas empapadas y manchadas de fango.
Taylor no esperó a poner el pie en tierra para preguntarle, aterrado:
— Nicole... Nicole... ¿Estás bien? ¿Te has herido?
— Creo que no...
— Perdóname.
— Fue más el susto que otra cosa. Y mira cómo he quedado, estoy empapada.
— Cúbrete — le advirtió, viendo que el seno le asomaba por la camisa que con el golpe se le había torcido y desabotonado — . Tienes medio pecho al aire.
— ¿Eso es lo único que te preocupa? ¡Qué me importa que se me vea nada! Ayúdame a salir de este lodazal.
Se agachó a tomarla por los brazos y la levantó despacio, temiendo todavía que se hubiera lastimado. Con el esfuerzo y la proximidad, ambos sintieron el calor de sus cuerpos, y ella la presión de aquellos brazos de hierro que hacía tres años no sentía en su carne...
— Nicole...
— Déjame.
Tan pronto ganó tierra firme, se deshizo del abrazo y se volvió de espaldas a él para abotonarse la blusa que aún ahora, por estar empapada, revelaba claramente sus rosados pechos.
Furioso por aquel rechazo a sus brazos y su emoción, le dijo:
— Si tanto te molesto puedo volver a tirarte al pantano.
— Eres un bruto.
— Y tú una loca. Valiente susto que nos hemos llevado. ¡No fastidies más y volvamos a la casa! Allí podrás secarte y te daré una camisa limpia.
— A la mas no, por favor.
— Entonces, a la cabaña, que no está lejos.
— ¿A la cabaña? — preguntó, alarmada — . ¿Para qué?
Mordiendo las palabras de rabia, la tomó por un brazo con fuerza.
— ¡Para que des tiempo a que se te seque la ropa y te laves un poco! No pienses que voy a llevarte a Arlies en esa facha. ¡Decídete! A la mas o a la cabaña.
Ella pensó en las dos posibilidades: volver a la casa donde aquellas dos mujeres sin duda se reirían de su caída del animal, o ir a la cabaña solitaria, a merced de Taylor y sus impulsos salvajes, o al menos de su mal humor...
— Cualquier cosa menos regresar a la mas — dijo al fin.
Él se encogió de hombros con indiferencia, y sin decir otra palabra, dirigió con sus pasos lentos y largos a tomar las riendas del alazán que, obediente, le esperaba. Con su gracia rítmica y su destreza de siempre, montó y se fue trotando a buscar a la yegua.
"Melody" mordisqueaba la hierba entre unos arbustos no muy lejos, sin volverse en dirección a su amo y su amazona, como consiente del problema que les había causado con su carrera desenfrenada.
— ¡Pequeño demonio! — le susurró Taylor tomándole las riendas desde su caballo — . Si sigues así me la vas a destrozar. La odio, pero no tanto...
Se la trajo a Nicole y le pasó las riendas.

— ¿Qué le decías a la yegua?
— Nada de importancia — respondió grave — . ¿Me bajo a ayudarte o puedes montar sola? — agregó, todavía preocupado por las posibles consecuencias de la caída.
— Gracias, puedo arreglármelas — se trepó a la montura y logró equilibrarse, alegrándose de que Taylor no viera sus esfuerzos por estar ya alejándose al trote corto. No se volvió a mirarla, pero mantuvo su alazán a raya, a pocos pasos de ella, para no apurarla. Así cabalgaron despacio hasta llegar a la choza.
Entraron en el claro frente a la puerta, y se desmontaron. El amarró las caballerías a un árbol y fue a sacar agua del pozo. Regresó y dejó el balde en un lugar resguardado entre unos arbustos. Antes de entrar en la cabaña, se volvió a Nicole.
— Voy a buscar una manta o algo que puedas echarte encima en lo que se te seca la camisa.
En aquel lugar apartado, Nicole sumergió las manos en el balde de agua fresca. Mojó el pañuelo que llevaba anudado al cuello y se lo pasó por los brazos, la cara, el pecho. Mojándolo de nuevo trató de quitar el fango de la camisa. Se estaba alisando el pelo hacia atrás con las manos empapadas, cuando oyó a su espalda:
— Aquí tienes...
Taylor le hablaba detrás de una manta extendida que sostenía en alto, resguardándola a ella de su mirada.
— Quítate la camisa y cuélgala en una rama. Puedes envolverte en esto.
Ella le obedeció. En un momento estaba de espaldas a la manta, desnuda de la cintura para arriba, los brazos extendidos esperando.
— Ya — dijo.
Junto con la manta, le cayeron encima los brazos de Taylor. La apresó con fuerza, la atrajo hacia él hasta que pudo sentir todo su cuerpo oprimiéndose contra el de ella. Con los labios le quemaba la nuca a besos, luchando por apartarle el cabello por los hombros.
Jadeando de emoción y deseo, Nicole pudo murmurar:
— Suéltame...
— No. Ven. Vuélvete a mí.
— Estás abusando de esta situación.
— Estoy tomando lo que es mío. ¡Mío aunque tú no quieras!
La hizo volverse hacia él, hundiéndose con ella bajo la manta. Le recorrió el cuello y el pecho con los labios. Cuando buscó su boca la encontró fuertemente cerrada. Pero le forzó la cara hacia arriba tirando del cabello que le caía por la espalda, con tanta fuerza que al quejarse ella abrió la boca y él le sofocó el grito con un beso feroz, ahogándola entre sus brazos.
Nicole perdió toda voluntad de resistencia ante, aquel beso. Lo devolvió con igual ardor, dejándose invadir toda por sus labios y sus manos. Levantó los brazos y le moldeó los hombros recios, musculosos. Le rodeó el cuello, acariciándole la nuca curtida por el sol, hundiendo los dedos en su pelo liso, fragante de masculinidad, dejándolo en libertad para que la besara y estrujara a su gusto. Poco a poco sus manos descendieron al torso, luchando por llegar al pecho hirsuto bajo la camisa... Los dos tenían los labios como brasas. Se estaban devorando con un hambre de tres años... Colgada de sus hombros, Nicole estaba a punto de desfallecer, de pedir que la tomara en sus brazos y la llevara a la choza...

— Dime quién es — le susurró al oído Taylor, con voz ronca — . Quién es ese hombre que te manda a pedir dinero...
Aquella pregunta capciosa, susurrada entre besos y caricias, le devolvió a ella la razón. ¡Eso era lo que buscaba! La estaba engañando con aquel abrazo para sacarle la información que lo tenía loco de celos de ira desde el momento en que ella le había pedido ayuda. Se aprovechaba del deseo que aún podía despertar en ella para hacerle aquella pregunta. ¡En aquel momento en que la tenía medio desnuda, casi desfallecida entre sus brazos!
Aprovechando que él la creía descuidada, abandonada a su pasión cuando sus labios empezaban a buscarle los senos, Nicole hizo un esfuerzo sobrehumano y se arrancó del abrazo. Con el gesto tan brusco, cayó la manta a tierra. Y él, preso aún del delirio y la emoción de los besos, rehaciéndose del empellón y la sorpresa, la miró perplejo, corriendo medio desnuda como estaba hacia el árbol donde aguardaban los caballos.
Rápidamente Nicole desató al alazán. Con las bridas en una mano y la otra en la montura, lista a saltar, levantó una mano hacia Taylor.
— No te acerques, o me monto en tu caballo, y salgo a correr, y contarlo todo, a esas mujeres de la mas.
— O a matarte en el camino — dijo él, reaccionando.
Ella le miró fijamente, con un pie en el estribo, mientras el alazán se movía ya nervioso, ansiando recibir el cuerpo y la señal que le haría dueño de aquel campo abierto.
Sin decir más, Taylor se acercó a la rama donde ella había colgado la camisa, se la tiró hecha un ovillo, se volvió de espaldas y metió la cabeza en el balde.
Se secó como pudo en la manta que había traído para ella. Cuando se acercó a los caballos, Nicole estaba ya montada en la yegua, abotonándose la camisa. El montó su alazán y, como siempre, se adelantó a tomar camino.
En silencio, llegaron hasta las afueras de Arlies.
— Desmonta — le ordenó.
Ella lo miró confusa. No comprendía por qué tenía que desmontarse, cuando estaban todavía bien lejos del hotel.
— Desmonta — repitió, furioso — . No quiero ir a la ciudad.
— ¿Qué hago para llegar al hotel?
— Ya encontrarás algún galán que te ofrezca llevarte en su coche. ¡Bájate y dame las riendas de la yegua!
Al fin, Nicole obedeció.
Los vio alejarse como tres sombras de la noche cerrada que se cernía sobre Arlies; la yegua, el alazán, y sobre él, la gallarda figura del jinete, perfil arrogante en alto, silueteado contra un tenue rayo de luna.
Sucia de fango, húmeda, destrozada de dolor y vergüenza, Nicole miró a su alrededor, esperando un coche salvador... Sólo le quedaba un consuelo: no obstante su devastadora atracción por Taylor, a pesar del torrente de pasión que había revivido en ella en un momento de locura, no pudo arrancarle la verdad, aquella verdad inocente, un nombre: Freddie.

Capítulo 6

No fue sino a la mañana siguiente cuando Nicole pudo estudiar su difícil situación. Había pasado una noche desastrosa, inmovilizada cuando estaba despierta, aterrada al dormir, soñando que Taylor había logrado arrebatarles a Freddie, que ahora tendría que criarse en la mas, a manos de Madame Atkinson y la vengativa Carolyn.

Sentada frente al espejo del tocador, después de haber tomado un baño, se observaba. Y recordaba. Jamás olvidaría la cara de sorpresa y desengaño de Taylor al comprender que se le escapaba de los brazos. ¿La creería, en verdad, una aventurera que buscaba dinero para un amante secreto? ¿O pensaba que era una de esas muchachas frívolas que enardecen a los hombres con su atractivo sensual y su belleza, para dejarlos insatisfechos y humillados en el momento culminante de su pasión y su abandono? ¿Qué sabía Taylor de ella, de cómo se sentía ella, de cómo podía vibrar todo su ser ante la proximidad de su persona, con toda su crueldad y todo su cinismo?

Apoyando el rostro entre las manos, la vista fija en el espejo, Nicole, repasó, atormentada, su primer viaje fatídico a la Camargue, hacía algo más de tres años...

Estaba a punto de graduarse como maestra, cuando un premio en la universidad le facilitó el pasar tres meses en Francia. El viaje comenzó en París, donde alquiló un auto para dirigirse al sur. Por varios días exploró la región de los castillos del Loire, y desde allí siguió a la Provenza. Era el mes de mayo, la estación ideal, cuando todavía no agobiaba el calor sofocante ni el trajín de las hordas de turistas.

Arlies, estaba, sin embargo, en plena actividad. Tribus gitanas de todas partes de Europa estaban allí para asistir al festival anual de las Santas Marías. Venían a rendir tributo a Santa Sara patrona de la raza. Nicole se unió al peregrinaje, cámara y cuaderno en mano, lista a tomar nota de todo aquello para después escribir un artículo y presentarlo a la revista mensual de su universidad. Sin darse cuenta, la joven maestra británica escogía su propio destino en aquel viaje.

El pequeño auto de Nicole se atascó precisamente en las afueras de un campamento gitano. Un buen mozo se le acercó a preguntar si necesitaba ayuda. En su mal francés, Nicole explicó su situación. El joven mandó a unos gitanos que revisaran el coche. No era nada serio. Tras un pequeño ajuste que llevaría un par de horas, la muchacha podría seguir su camino. En lo que esperaban, el joven la invitó a conocer a la reina del festival: su abuela. Era imposible rehusar. Nicole estaba a merced de aquellas buenas gentes que se brindaban a ayudarla.

— ¿Es usted gitano? — le preguntó al joven.

— Casi — contestó Taylor — . Por parte de mi abuela. Por lo demás, soy puro provenzal.

Algo después, Nicole supo que era un aristócrata de la región. Su padre era dueño de excelentes tierras y viñedos, un famoso ganadero cuya mas, la Atkinson, se encontraba no muy lejos del campamento gitano donde se celebraba el festival.

La abuela resultó ser Nancy, la formidable princesa gitana que adoraba a su nieto, "Taylor, el hijo que no tuve", decía orgullosa, mirando al apuesto joven de ojos grises y tez oscura como la suya.

Invitaron a Nicole a quedarse para participar en las ceremonias del festival. ¿Por qué no? El tiempo le sobraba, y la ocasión era única para estudiar las costumbres de una raza que tanto se desconocía en Inglaterra. La misma Nancy insistió en que su nieto fuera el acompañante y guía de la joven británica. Cada mañana iba a buscarla a la pensión donde la habían hospedado con una familia amiga, no lejos del campamento. Cada noche la llevaba de regreso en su auto, dejándola a la puerta, primero estrechándole una mano, y a los dos días, besándole las dos, ardientemente.
Por las inevitables confidencias que intercambiaron en sus paseos, Nicole supo que la familia de Taylor no compartía la afición de él por los gitanos de la tribu de su abuela, pero estaban de viaje a París, y... él quedaba en libertad de entregarse a la fiesta ancestral. En el frenesí de un baile, una noche de luna en que no descansaban las guitarras y los tambores, se abrazaron. Él le murmuró al oído algo en provenzal que ella no pudo comprender. Ella le contestó, instintivamente, con la palabra más tierna del inglés, darling... Sus labios se encontraron. Un mundo nuevo se abrió a los ojos de Nicole con aquel beso. Jamás se imaginó que podría enamorarse de tal manera. De entonces en adelante, la vida para ella fue Taylor.
— Si no me quieres, te mato — le susurró él una noche al oído.
— No tienes que matarme. Te quiero.

A la mañana siguiente él la llevó ante su abuela, la reina Nancy del festival. Le dijo algo en un idioma que Nicole no comprendió y la mujer le tendió los brazos.
— Tenéis mi bendición, hijos míos — dijo despacio en francés, para que Nicole entendiera.
Desde entonces, los gitanos del festival la miraron con respetuoso afecto. "La filie de Taylor", decían, cuando Nicole pasaba del brazo del joven ante ellos. Fueron días inolvidables de noviazgo. Tuvieron momentos de intensa pasión, cuando daban sus paseos a solas por el campo, pero siempre mantuvieron un plano de discreción que no dejaba dudas acerca de la correcta posición de ella en el caso. Nicole jamás se habría prestado a ser la amante de Taylor y, al parecer, no era eso lo que él pretendía. Se daba por entendido, entre ellos dos y Nancy, que al regresar los padres de Taylor a la región, se formalizarían sus relaciones.
Sin embargo, la reacción de Madame y Monsieur Atkinson fue muy distinta de la que todos esperaban. Tan pronto la familia regresó de su viaje a París, Taylor les presentó a Nicole. Venían con ellos, su hermana Kristen, que entonces contaba catorce años, y una muchacha que la familia conocía desde hacía muchos años: Carolyn Bridges. No cabía duda de que la muchacha estaba destinada a ser la esposa del heredero, y era evidente que la familia no iba a permitir que la maestrita británica alterase sus planes. Pero la familia no contaba en sus proyectos con la aprobación de Nancy, la abuela y legítima dueña de aquellas propiedades que al morir le había dejado su esposo. No obstante ser ama de tierras y casa, la gitana rebelde prefería vivir en su caravana, su carro gitano, a prudente distancia de la mansión de los Atkinson. Había un abismo entre ella y su nuera, la esposa de su hijo, madre de Taylor. La gitana era toda alma y corazón, irradiaba amor y simpatía. Pero su hijo y la esposa sólo pensaban en el día en que toda la propiedad pasara a manos de ellos al morir Nancy; querían aumentar la finca con las hermosas tierras adyacentes de los Bridges. De ahí el empeño en casar a Taylor con Carolyn.

No obstante la oposición que presentaron los padres de Taylor a sus relaciones con Nicole, Nancy siguió ayudando a los jóvenes novios a encontrarse. De ninguna forma iba la abuela a permitir que su adorado nieto, lo que más quería en la vida, el único Atkinson que en realidad era suyo, se casara con aquella fría y calculadora Carolyn. Taylor merecía la felicidad de un matrimonio por amor, con una mujer que le comprendiera y le quisiera. Aquella Carolyn era un marimacho que estaba en combinación con Madame Atkinson para dominar a Taylor y cambiarle su personalidad y su atractivo. Terminarían por amargarlo y convertirlo en un ser tan frío y calculador como eran ellas. Ya se ocuparía Nancy de que Nicole y su nieto culminaran sus amores como ellos soñaban.

Nancy los veía amarse y sufrir en silencio, y empezó a planear en secreto. Al aproximarse el día del festival taurino que se celebraba en Arlies, invitó a toda la tribu gitana a acampar dentro de la propiedad. Aquello disgustó mucho a los padres de Taylor, pero nada podían hacer, puesto que el ama era Nancy y tenía derecho a invitar a quien quisiera. Decidieron pasar aquellos días encerrados en la casa para no tener que presenciar el festival.

Fueron tres días y tres noches de baile, música, toros, comida, vino y alegría. Nancy gozaba viendo a Taylor y Nicole más enamorados que nunca, excitados por la franca camaradería con que aquella gente nómada celebraba el fin del festival. Taylor tenía sangre gitana y por su abuela era miembro de la tribu. Y Nicole, tostada por el sol y animada por el ambiente, se dejaba llevar con abandono, como si toda la vida hubiera conocido a aquella gente sencilla y primitiva. Locos de amor y de alegría, los jóvenes amantes eran el centro de atracción y la admiración de todos.

La tarde que precedía a la procesión nocturna de los gitanos en Arlies, Taylor llevó a Nicole a la plaza de toros. El sol alumbraba todos los rincones y quemaba hasta el aire. Reinaba una tremenda excitación en toda la plaza. En medio de la algazara, Nicole no dejaba de pensar en los pocos días que ya le quedaban en la Provenza. Pronto tendría que regresar a Londres, sus estudios, sus exámenes, su vida de maestra. Se sentía más cerca de Taylor que nunca. Sentada con él en las gradas de la plaza, envuelta en sus brazos, pensaba en su incierta situación y trataba de ocultarle a él su preocupación. ¿Cómo se resolverían sus amores? ¿Se atrevería Taylor a desafiar a sus padres y casarse con una mujer que ellos aborrecían?

Cuando los gritos y los "oles" del público se tornaron en silbidos de protesta ante los fallos y la pésima actuación de los matadores profesionales, Taylor se arrancó del abrazo y saltó al ruedo. Nicole sofocó un grito de espanto al verlo tomar la capa de un torero y lanzarse a enfrentarse con el toro. Por un momento la plaza quedó en un silencio aterrador. A Nicole le saltaba el corazón en el pecho, y cerró los ojos. Pero tuvo que abrirlos al primer rugido de un "ole" que pronunció al unísono la plaza entera. Taylor estaba danzando con el toro, dando los más bellos pases con la capa que se habían visto aquella tarde. Enardecido por su valor y su gracia, el público lo aplaudía asombrado. Por largos minutos que para Nicole fueron una eternidad, Taylor burló la muerte con el toro. Pero no hubo sangre derramada en aquella arena. La costumbre del toreo en Francia es no matar al toro. Se juega con él para deleitar al público, pero si hay suerte y destreza, ambos, hombre y bestia, salen ilesos.

Sacaron a Taylor en hombros. Al fin, él pudo saltar a tierra y escapar a sus delirantes admiradores. Corrió a buscar a Nicole en el asiento de las gradas, pero ella se le

escapó entre la multitud. La siguió, llamándola, pero ella, ciega de terror, no le hacía caso. Al fin logró alcanzarla. Estaba arrinconada a la puerta de salida, temblando y luchando por contener las náuseas. Al verlo trató de escaparse otra vez, pero él la agarró por los brazos.
— ¿Qué sucede? ¿Te sientes mal?
— ¿Y todavía lo preguntas? — le contestó entre sollozos — . ¿Cómo quieres que me sienta si te vi a las puertas de la muerte, a dos pulgadas de los cuernos de ese toro? ¡Déjame! Prefiero perderte ahora que verte morir algún día haciendo esas locuras.
Se la llevó a la fuerza y la obligó a entrar en su coche. Ella lloraba en silencio mientras él guiaba rápido. Llegaron al campamento. La forzó a salir del auto y caminar con él hasta la caravana de Nancy. La abuela los miró asombrada ante aquella visita inesperada y el disgusto que les notó a los dos. Taylor le explicó lo sucedido y las dejó solas, Nicole ocultando el rostro entre las manos y Nancy observándola.
— ¿Y qué? — dijo Nancy tan pronto quedaron solas — . ¿A qué vienen esas lágrimas y esas protestas porque Taylor se tiró al ruedo? ¿Crees que no sabe lo que hace? Ha toreado muchas veces en su vida. Al estilo francés, sin matar al toro ni lastimar a nadie.
— ¡Pero arriesgándose a morir él! — gritó Nicole, desesperada. Nancy se quedó reflexionando.
— ¿De veras que lo quieres tanto? — preguntó despacio.
Por toda contestación, Nicole se le echó en los brazos, sollozando. Mientras la consolaba, Nancy cavilaba. Sí que lo quería de veras... Aquella muchacha era la esposa ideal para Taylor, había que hacer algo para no perderla. Ya los había escuchado a los dos hablar de los pocos días que le quedaban a Nicole de vacaciones. Si no entraba en acción inmediatamente, aquellos días se esfumarían y quién sabe en qué terminarían sus relaciones si Nicole volvía a Londres. De ninguna manera iba a permitir que la muchacha regresara a su país sin haber resuelto sus relaciones con Taylor. Aquella misma noche se decidiría todo. Ya se ocuparía ella, Nancy, de arreglarlo.
— Escúchame, Nicole. Esta noche, después de la procesión, será el fin del festival. Habrá una ceremonia extraordinaria aquí en el campamento. Quiero que me obedezcas en todo lo que voy a pedirte. Vete a la pensión, serénate y prepárate bien para esta noche. Arréglate lo más bonita que puedas con el mejor traje de noche que hayas traído en tu equipaje. Y déjate el cabello suelto. Mandaré a alguien a buscarte en un coche, y esa persona te llevará una corona de flores blancas que quiero que te pongas. No comentes nada de esto a Taylor ahora cuando te lleve. Dentro de dos horas te mandaré a buscar. ¡Vamos, mujer! ¡No más lágrimas! Déjalo todo en manos de la abuela Nancy, que sabe bien lo que hace.
Cuando Nicole regresó al campamento, acompañada de un gitano muy cortés que le había llevado la corona, se encontró a todos vestidos de gala. Una orquesta de violines y guitarras la esperaba tocando una marcha suave y dulce que Nicole nunca había escuchado. Junto a un grupo de gitanos mayores, estaba Taylor esperándola. No se le acercó, pero le sonrió para tranquilizarla. Estaba más apuesto que nunca, con un traje de gamuza gris claro, bordado en vivos colores, incluso las elegantes botas altas y brillantes. Llevaba la cabeza descubierta, y del brazo izquierdo le colgaban la cadena y la medalla que siempre llevaba al cuello. Una gitana mayor se acercó a Nicole y la tomó de la mano, llevándola hacia Taylor entre dos filas de festejantes. Según les

pasaba por delante, le tocaban el largo traje de seda verde pálido, lo mejor que Nicole había llevado en su equipaje. Con los dedos le rozaban el pelo suavemente, largo y brillante, coronado por la guirnalda de flores blancas que Nicole se había puesto con sencilla gracia que le daba un aspecto de hada o princesa de otro siglo. Con afecto, admiración y respeto, le decían algo en un idioma que Nicole no conocía. Guiada por la mano de la mujer, ella seguía su camino, sin saber si sonreír o permanecer sería. Jamás se habría imaginado un momento tan solemne y extraño para ella. Todo bajo el fulgor misterioso de la luna, con aquella música tan sugestiva de fondo. Solo la mirada dichosa de Taylor la tranquilizaba.

Se acercaron a la hoguera que ardía lentamente en el centro, frente a la caravana de Nancy. A una señal de uno de los gitanos mayores que acompañaban a Taylor, cesó la música. Todos quedaron con la vista fija en la puerta de la caravana. Al momento salió Nancy, vestida con el traje ceremonial de la phuri dai, la madre jefe de la tribu, todo de encaje negro con volantes bordeados de cintas de colores, una sola flor, muy roja, destacándose en su pelo cano anudado en lo alto de la cabeza.

Cada grupo se acercó a los novios. Nicole miró a Taylor, pidiéndole con los ojos alguna explicación. Él sólo le tomó una mano, y con una sonrisa, le susurró al oído.

— Nicole Stafford, te quiero. Cásate conmigo.

Pasaron tantas cosas que los detalles primeros quedaron borrosos en la mente de Nicole. Se oyeron unas palabras solemnes del gitano mayor de la tribu, y otras formidables, dichas por Nancy, ninguna de las cuales Nicole pudo entender. Alguien trajo una bandeja, indicando a los novios que se sirvieran. Taylor tomó un poco de sal y un trozo de pan y se los brindó a Nicole, indicándole a ella que hiciera con él lo mismo. Alguien llenó una hermosa copa de vino y se la dio a Taylor. Él bebió y se la pasó a Nicole. Ella bebió, y él volvió a beber, siguiendo la tradición de aquella tribu. Nancy se acercó con un pañuelo blanco, les tomó a cada uno la mano derecha, y se las ató suavemente. Cerró los ojos y pronunció unas palabras, les desató las manos y ahora Taylor le puso a Nicole su cadena al cuello, ajustándole la medalla sobre el pecho. Instintivamente, sugestionada por la solemnidad del momento, Nicole se llevó la medalla a los labios.

Como si aquel beso a su medalla le hubiera dado una señal, Taylor tomó a Nicole en sus brazos y entró en la caravana de Nancy.

— ¡Un último baile de despedida y después todos a casa, a dejar a los novios tranquilos! — pronunció Nancy, contenta.

El amanecer los encontró dormitando, entre soñando y despiertos, abrazados estrechamente, entrelazadas las piernas, la larga cabellera de ella dispersa por los hombros de él, cansados de amarse y de besarse bajo la lujosa manta de piel con que Nancy les había tendido la cama. Toda la caravana estaba engalanada para la noche de bodas; flores blancas, cortinitas nuevas, vino, café, carne asada, cigarros para él, perfumes para ella, y la tenue lamparita de noche por única iluminación. Había sido una boda de ensueño. Despertaron, él, contento, y ella, aprensiva. ¿Qué sería de ellos ahora?

¿Tomaría su familia en serio aquella ceremonia gitana? ¿Podría Nicole ahora decir con toda certidumbre que Taylor era su esposo? ¿No se habrían dejado llevar por las fantasías y los caprichos de Nancy? Por no pensar en el mañana, Nicole hizo un

esfuerzo y se quedó dormida, murmurando entre sus brazos, "Mi amor, mi amor", mientras él contestaba, "Mía, mía..."
La despertó completamente la plena luz de la mañana. Estaba sola en la cama. Encima de la mesita encontró una nota: "Tengo que volver a la mas. Nos veremos más tarde".
Nicole se entretuvo todo el día en poner la caravana en orden, en revivir la noche que habían pasado juntos, beso por beso, y caricia por caricia. Cada vez que algo sonaba afuera en la campiña, ella se asomaba a una de las ventanitas del carro, esperando ver a Taylor acercarse en su alazán, para llevarla con él a la mas y enfrentarse con sus padres.
No volvió a verlo. Según caía la noche, sus pensamientos se hicieron más tenebrosos. ¿Qué habría pasado? ¿Habría sido todo un truco de Nancy para facilitar a Taylor el pasar con ella una noche? ¿A quién recurrir? Nancy y los gitanos se habían ido a la medianoche. Estaba sola. Si quería volver a la ciudad y no esperar más, tendría que ir caminando hasta la carretera y detener un coche. Lo único que tenía por compañía eran la cadena y su medalla. Aferrada a sus dos tesoros, seguía esperando, alerta a cuanto ruido llegase desde afuera.
Cerca de las nueve oyó acercarse un caballo. Miró, ansiosa, por la ventanita, pero el jinete no era Taylor. Era una mujer: Madame Atkinson.
— ¡Abra! — dijo, altanera, tan pronto se desmontó.
El golpe fue tan inesperado y tan desagradable, que Nicole sólo recordaba algunos detalles dispersos. La mujer la miró a ella y a la caravana entera con el mayor desprecio. Dijo que venía de parte de Taylor. Estaba abochornado y no sabía con qué palabras decírselo a Nicole. Por lo visto, él se lo había contado todo a sus padres, y el hecho de que ahora enviara a su madre a darle excusas, hablaba bien claro por él. Taylor sabía muy bien su deber, y... su deber era olvidarla a ella y casarse con Carolyn.
La madre le explicó que Carolyn y su hijo habían estado comprometidos desde que eran niños; ambas familias tenían su matrimonio proyectado hacía años. Su desliz con Nicole podría perdonarse si es que todos se ponían de acuerdo para olvidarlo. Desde luego, nadie tomaba en serio aquellos ritos gitanos. Cosas de Nancy y esa gente tan rara.
Destrozada, hundida en una vergüenza que jamás había sentido, Nicole casi no podía pensar, y menos preguntar. Escuchaba a la mujer como si estuviera soñando una pesadilla. No se atrevió a decir nada, a hacerle una pregunta, a averiguar los verdaderos motivos de aquella visita, aunque algo malo ya esperaba ella a aquellas horas.
Como humillación final, cerrando aquel rechazo con broche de oro, Madame Atkinson sacó del bolsillo un cheque por dos mil dólares extendido al Banco de Taylor en Londres, a nombre de Nicole Stafford. Sin pensarlo, agarrándose a aquel único gesto de satisfacción que le brindaba la ocasión, Nicole tomó el cheque, lo rompió en varios pedazos, y lo tiró a los pies de la mujer. Probablemente, era lo que deseaba la señora, porque no se inmutó. Ni protestó. Tranquilamente, salió de la caravana, montó en su caballo, y se fue al trote.
Al siguiente mediodía, Nicole tomó el avión para Marsel, donde hizo trasbordo al directo que aquella misma noche la dejó en Londres. Ya ni siquiera pensaba. Era verdad que por unas horas, en el avión, se había dicho que aquello no podía terminar

así, que Taylor se arrepentiría, que jamás podría olvidarla, que rompería sus amarras familiares y se aventuraría a buscarla en Londres. Pero... no se convenció a sí misma. En el fondo sabía que aquello era un capítulo cerrado. Se habían burlado de ella. Todos, Taylor, sus padres, Nancy, los gitanos... Aquel viaje a la Provenza había sido un sueño y nada más. Lo único que ahora le pedía a Dios era que la ayudase a sobrellevar los recuerdos, porque, eso sí, los recuerdos eran de ella y quedarían con ella para siempre. Eso no podían quitárselo.

Al llegar a su casa y enfrentarse con la tía Amelie, no pudo fingir entusiasmo ni contar nada del viaje. Que Amelie pensara lo que quisiera. La pobre tía no comprendía cómo, después de unas cartas tan entusiastas, ahora no se podía ni siquiera nombrar la Provenza en aquella casa.

Cuando al poco tiempo Nicole descubrió que estaba embarazada, creyó que el mundo se le caía encima. ¡Qué futuro podría esperarla, sola con un hijo! De no haber sido por la juiciosa intervención de Amelie, quizá habría cometido una locura. Pero cuando al fin le confesó su estado, la buena tía la obligó a pensar bien lo que hacía sin dejarse llevar por temores al futuro.

— Eres una mujer joven, llena de vida, lo tienes todo por delante. No es la primera vez que esto sucede en el mundo. ¡Ánimo y adelante con tu hijo! Nada de pensar en hacer locuras — le dijo a la atribulada sobrina.

Se abrazaron, y Nicole le hizo jurar que jamás, pasara lo que pasara, debería Taylor saber la verdad ni nada acerca de la criatura que esperaba. Taylor no tenía derecho alguno. La había abandonado sin preocuparse de las consecuencias de su boda falsa. ¡Como si él no existiera! Ella nada quería ni necesitaba de él. No del todo convencida, la tía Amelie accedió a prometer que por ella Taylor nunca se enteraría.

Amelie se portó maravillosamente. Con el mayor cariño cuidó de Nicole durante el embarazo. Pasaron buenas noches, pensando qué nombre le pondrían al niño... o a la niña. Y cuando nació un niño, ambas celebraron solas el acontecimiento. Freddie, le pusieron, como el padre de Nicole, hermano de Amelie. Tan pronto pudo ir a trabajar, Nicole tomó su puesto de maestra, quedándose Amelie al cuidado del bebé y de la casa. Era un pisito modesto pero cómodo. Aunque no estaban en posición holgada, nada les faltaba. Es decir, haciendo una vida normal sin gastos extraordinarios. Fue al enfermar el niño cuando Nicole comprendió cuánto habría podido hacer por ellas Taylor si supiera de la existencia de su hijo.

Después de una operación, los médicos aconsejaron llevar al niño por un tiempo a un clima cálido y seco, todo lo contrario de Londres. Entonces Amelie insistió en que Nicole acudiera a Taylor a pedir su ayuda. Era lo menos que le debía a su hijo enfermo.

Y allí estaba ahora Nicole en su hotel, frente al espejo, terminando sus recuerdos con el desastre de su encuentro con Taylor en la cabaña. ¡Qué mal le había resultado el viaje! ¡Qué pérdida de tiempo y de recursos! Nunca debió haber esperado nada de Taylor después de la forma tan despiadada en que se deshizo de ella al final de sus bodas gitanas.

Y, sin embargo, no llegaba a culparlo del todo. Fue al volver a verlo ahora, después de tres años, cuando comprendió que Taylor tenía en el presente graves problemas. El accidente de Carolyn, del cual sin duda se sentía algo culpable; su madre viuda, amargada y sola; su abuela enferma y desvalida, a merced del antagonismo que se le

tenía en aquella casa; y él solo, teniendo que llevar el peso de la administración y los problemas de toda la familia y sus propiedades, atado por tradición o por nobleza a una novia inutilizada en una silla de ruedas.
Pero, por más que lo intentó, Nicole no pudo excusarlo de su pésima conducta en la cabaña. Aquel ataque físico pudo haber llegado a una violación... Era evidente que, aunque ya no la quería, aunque quizá nunca la hubiera querido, todavía se sentía atraído por ella físicamente. Y lo peor del incidente fueron sus propios sentimientos, los de ella. Estuvo a punto de echar toda cautela al viento y dar rienda suelta a sus propios deseos, reprimidos por tres años. Tanto emocional como físicamente, Taylor podía vencerla con sus besos y caricias, ¿por qué no confesarlo? Lo amaba todavía, lo había deseado siempre.
Se levantó del tocador, secándose las lágrimas. "¿Y ahora qué?", se preguntó otra vez. Le había dicho a Taylor que no aceptaría su dinero por nada del mundo. No podía echarse atrás. Ya nada la retenía en Francia. Debería regresar a Londres, a Amelie y Freddie que la esperaban ansiosos. Llegaría con las manos vacías y más pobre que nunca después de los gastos de aquel viaje inútil. La historia se repetía. Otro regreso a Londres, derrotada. Tres años no habían cambiado nada.
Unos golpes dados en la puerta de su habitación del hotel la sacaron de sus pensamientos.
— Le telephone, Madame — decía la camarera tras la puerta — . ¿Atenderá usted la llamada?
A Nicole le dio un vuelco el corazón. ¿Sería Taylor? Pero pronto se esfumó su esperanza al recordar que Bobby le había dicho que la llamaría aquel día. En medio de su desilusión no pudo menos que alegrarse de la constancia y la atención que le demostraba aquel joven francés. Eran apenas las nueve y... allí estaba, llamándola como había prometido.
— Ya voy. Bajaré enseguida — le dijo a la camarera, alisándose un poco el cabello y calzándose las sandalias.
La voz de Bobby era un bálsamo de consuelo en aquella mañana triste.
— ¿Nicole? ¡Qué placer escuchar tu voz! ¿Cómo estás? Nicole contestó cortésmente, pero con poco entusiasmo.
— ¿Qué ocurre? ¡Pareces muy triste! ¿Es que te molesta mi llamada?
— No, Bobby. Eres muy amable. Es que me voy de aquí pronto.
— ¿Cómo? ¿Te vas de la Provenza casi sin haberla visto?
— Lo siento. No me queda más remedio. Tengo que regresar a Londres.
— ¿Cuándo?
— No estoy segura... Hoy, quizá. O mañana. Depende de cuándo pueda reservar un pasaje de avión.
— Entonces, déjalo para mañana. Por favor, Nicole, concédeme al menos esta tarde. Ella titubeó. Deseaba intensamente alejarse de la región, y, sin embargo, el quedarse un día más a poca distancia de Taylor le daba una esperanza. Además, marcharse así tan precipitadamente era una tontería. Posiblemente, no encontraría avión hasta el día siguiente.
— Bien — dijo, al fin, a Bobby — . Pediré un vuelo para mañana.
— ¡Maravilloso! Tengo todo el día libre. ¿A dónde quisieras ir? ¿A visitar los viñedos? ¿A Les Baux? ¿A Nimes?

Eran todos lugares que estaban relacionados con Taylor y sus negocios. De ninguna manera quería Nicole aparecerse por allí.
— ¡No, a esos sitios no, por favor! Quiero decir... es que... me gustaría ir a la playa de las Santas Marías. ¿No podríamos almorzar allí y después nadar un poco?
— ¡Desde luego, querida! ¡Qué idea tan estupenda! ¿Cuándo estarás lista para que vaya a buscarte?
Nicole miró su reloj.
— Dame una hora. Todavía no he desayunado y además tengo que llamar al aeropuerto.
— De acuerdo — y contentísimo, Bobby se despidió.
Nicole salió de la cabina del teléfono bastante más animada que cuando había entrado. Al menos pasaría unas horas tranquilas y agradables antes de irse de allí para siempre. Bobby tenía el don de traerle paz y olvido. Con él, no había rechazos, ni violencias, ni recriminaciones. Al menos, un recuerdo plácido y amable se llevaría de aquel viaje desastroso.
Fue al comedor, desayunó ligeramente, y subió a su cuarto a vestirse adecuadamente para el paseo. Se puso unos pantalones marineros de azul veteado, encima del bikini blanco, para no tener que cambiarse en la playa. Escogió una blusa de lino color de rosa que le daba algún color a su cara cansada y preocupada. Se maquilló discretamente, tomó un suéter, un pañuelo de colores y las gafas oscuras, y bajó a llamar al aeropuerto.
Habían recibido una cancelación para el avión del día siguiente por la tarde y ella enseguida la aceptó. En el vestíbulo del hotel se encontró con el inevitable administrador, que, como siempre, le sonreía. Ella pensó que aquella era la mejor oportunidad de notificarle que se marchaba al día siguiente.
— Oh, Madame... Espero que nada haya sucedido en su casa para motivar esta inesperada partida...
— Nada ha sucedido, pero tengo que volver mañana. Lo he pasado muy bien en su hotel y se lo recomendaré a mis amistades.
Evidentemente satisfecho, el simpático administrador le hizo una reverencia exagerada.
No tardó en detenerse el auto de Bobby a la puerta del hotel donde Nicole ya le esperaba. Se dieron la mano, intercambiaron sonrisas y saludos, y sin más partieron en dirección al camino que llevaba a las Santas Marías. El día prometía. Hacía un sol risueño, y el bello cielo azul profundo de la Provenza se mostraba amplio y despejado, como compensando un poco lo mucho que bajo él Nicole había sufrido. "Qué lugar más hermoso para los seres felices, pensaba ella. Pero, al fin, para los seres felices cualquier lugar parece hermoso. Bella Francia, jamás te olvidaré. Por ti, y... por muchas otras cosas".
Pronto la amena charla de Bobby vino a dispersarle aquellos pensamientos. A los pocos kilómetros llegaron al pueblo. Ya había algunos turistas mirando la antigua capilla donde se conservaban las reliquias de las tres Marías.
Dieron algunas vueltas despacio, dando tiempo al apetito para tomar un almuerzo temprano. Fueron a uno de los restaurantes más famosos, tomaron un aperitivo suave, y almorzaron algo ligero pero delicioso. Dejaron el auto estacionado y se fueron a pasear por la playa con algunos turistas que como ellos disfrutaban de la libertad que

se siente a la orilla del mar. Buscaron un lugar plano en la arena, defendido por unas rocas, y allí Bobby extendió dos toallas. Nicole se tiró sin molestarse en quitarse el suéter ni nada. Quería descansar la vista, la mente, el cuerpo, el alma... Bobby se quitó la chaqueta y se sentó junto a ella, mirándola ansioso.
— ¿Es absolutamente necesario que regreses a Inglaterra mañana? — le preguntó de repente, tomándole una mano entre las suyas.
Suavemente, Nicole retiró la mano.
— Sí, no puedo cambiar mis planes.
Por un momento quedó abstraído, observando un barco que se alejaba en la distancia.
— ¿Por qué? ¿No estás de vacaciones? ¿No podrías quedarte unos días más?
— Tengo mis obligaciones — replicó ella con firmeza.
— ¿Qué obligaciones puede tener una muchacha joven como tú? Ella frunció el ceño.
— Bobby, no sabes nada absolutamente de mí. Ni siquiera si soy casada.
— No llevas anillo...
— Eso no significa nada. Muchas muchachas se lo quitan. No hay ley que obligue a llevarlo siempre. La miró fijo y muy serio.
— ¿Eres casada, Nicole? Pensó por un instante.
— No — dijo, resuelta. Él suspiró, aliviado.
— ¿Ves? ¿Por qué no puedes quedarte un par de días, aunque sólo sea por complacerme?
— No puedo, Bobby, y... no me lo pidas más — se puso en pie — . ¿Vamos al agua? ¿No quieres nadar?
Aquel brusco cambio de tema lo dejó algo perplejo, pero él también se levantó.
— Sí, vamos.
Con la mayor naturalidad Nicole se quitó los pantalones, el suéter y la camisa, y se quedó con su bikini blanco, dos piezas diminutas que revelaban su figura tentadora. Bobby la contempló, admirado.
— Qué bellas eres... — dijo, susurrando, pero ella no le dio tiempo a añadir nada más.
Salió corriendo hacia la orilla y se tiró a salpicar como un delfín entre las olas.
A los pocos momentos tenía a Bobby a su lado, el pecho tostado por el sol bajo el vello rubio, y su pequeño pantalón de punto negro haciendo contraste con sus esbeltas piernas. Parecía un joven dios griego. Durante media hora nadaron y se zambulleron y jugaron con las olas, el largo cabello suelto de Nicole flotando a veces como algas marinas, sus caderas ceñidas por el blanco bikini.
Cuando salieron al fin, cansados del retozo, el sol se sentía muy agradable. Nicole se secó el pelo y volvió a extender la toalla para sentarse. Igual hizo él, tirándose boca abajo para mirarla a ella con intensidad.
— Nicole... — murmuró, buscándole una mano.
— Por favor, Bobby. No te pongas serio y estropees el día. Él lanzó una maldición entre dientes.
— ¿Por qué voy a estropear nada? ¡Yo creí que te gustaba!
— Claro que me gustas, Bobby, como amigo — se sentó de pronto — . Pero no quiero entrar en emociones serias. Lamento haberte dado una impresión errónea...
— ¿Qué quieres de mí, entonces? Sales conmigo, eres sumamente atractiva, me gustas mucho, mucho... ¿Crees que soy de piedra?
Nicole le miró aprensiva.

— Bobby... perdóname... Pero... no puedo...
Sin hacerle caso a su ruego, impulsivamente él la agarró y la acercó con fuerza. Nicole perdió el equilibrio y le cayó sobre el pecho. Le buscó los labios con los suyos, aunque ella logró escaparse volviendo la cabeza de un lado a otro, evadiéndolo, mientras que le golpeaba los hombros para que la soltara. Pero aquella oposición sólo lo enardecía más. Ahora la apretaba contra sí con fuerza ineludible.
Cuando ella empezaba a alarmarse y a sentir el pánico de verse allí sola con él, algo lo arrastró y le lanzó un puñetazo al estómago y otro a la mandíbula, arrojándolo, quejándose al caer, cuan largo era, en la arena.
¿Qué había sucedido? ¿Cómo cayó Bobby derribado de manera tan violenta? Nicole se levantó rápida... y se encontró con la mirada fulminante de Taylor Atkinson.
— ¿Tú...?
— Sí, yo. Descarada. ¡Póngase alguna ropa encima! — La miró de arriba a abajo con desprecio y le dio la espalda para ir a ayudar a Bobby.
El muchacho se estaba aún rehaciendo de los golpes, protegiéndose con las manos el estómago, donde había recibido el peor. Con los ojos desmesuradamente abiertos del asombro, reconoció a su agresor.
— ¡Taylor...! Soy yo, Bobby Bennett. ¿Por qué me has pegado?
— No es este momento de contestarte. Lo siento, Bobby. Ven, levántate.
— No comprendo... ¿Qué he hecho de malo? ¿Conoces a Madame Stafford?
— Bastante bien — contestó Taylor con sorna.
Doblado aún de dolor, el muchacho miraba perplejo a Nicole, que rápidamente se ponía los pantalones encima del bikini mojado. Se caló el suéter y tomó sus otras cosas dispersas por la arena. Tenía la intención de echar a correr y huir de los dos, de aquella situación, de las Santas Marías, Arlies, la Provenza, de todo... ¡Ya no podía más!
No pudo moverse. La mano de hierro de Taylor la cogió por el brazo. Él hizo una pequeña inclinación de despedida en dirección a Bobby, y sin más se dirigió hacia su camioneta estacionada a pocos metros. Abrió la puerta y metió a Nicole. Dio la vuelta, entró por el asiento del chofer, se sentó y echó a andar el motor. El auto viró en dirección contraria, dejando a Nicole boquiabierta. ¿A dónde pretendía conducirla Taylor?

Capítulo 7

Hacía un calor insoportable en la camioneta de Taylor. Nicole tenía el bikini mojado bajo los pantalones, adherido al cuerpo, y se sentía incómoda. Él guiaba sin mirarla, concentrado en el camino. Su expresión era tan severa que ella no se atrevía a preguntar a dónde la llevaba. Pero al moverse incómoda en el asiento, le llamó él la atención.

— ¡Quieta!

Le mandaba como a un niño travieso o a una esclava. ¿Qué derecho tenía a hablarle así, a meterse en su vida y sus cosas? Después de la escena del día anterior en la cabaña, era de esperarse que no volvieran a verse más. ¿Por qué la habría seguido a la playa? ¿Y cómo se enteró de que ella estaba allí?

— ¿A dónde me llevas? — preguntó al fin, envalentonada.

Él le echó una mirada rápida y volvió los ojos al camino.

— No lo sé todavía — contestó — . Por lo pronto supongo que quieres quitarte ese bikini endemoniado y secarte, ¿no?

— ¡No si estoy contigo! ¿Qué pretendes? Echó una carcajada.

— No temas. Estás tan segura de que puedes embrujar a cualquier hombre que siempre crees que están tratando de raptarte.

— ¿Cómo te atreves a decir semejante cosa? ¡Te odio con todas mis fuerzas!

Lo único que logró con aquella explosión fue que él agarrase el volante con más fuerza, como si tratara de controlarse. Pero poco después hizo dar al coche un brusco viraje y se detuvo frente a una pradera que rodeaba un pequeño lago. Rodó un par de metros fuera del camino hasta poner el coche bajo una arboleda, buscando sombra, y apagó el motor.

Tan pronto Nicole se aseguró de que el auto estaba detenido, abrió la puerta y se tiró afuera. Taylor no se movió y ella se sintió un poco ridícula, sin saber hacia dónde escapar, el pequeño lago casi a sus pies reflejando rabiosamente los rayos del sol. Al fin tuvo que volver, a refugiarse bajo la sombra que daba la arboleda. Fue entonces cuando él salió del auto, un cigarro entre los dientes y en la mano una enorme toalla.

— Toma — le dijo — , está limpia. Siempre llevo una por si se me ocurre refrescarme cuando ando de día entre los lagos. ¡Tómala, mujer! Quítate la ropa y sécate.

— ¿Y ahora qué hago? — preguntó, alargando el brazo con aprensión, tomando la toalla — . ¿Me desnudo frente a ti?

Tranquilamente, Taylor dio una tremenda bocanada al cigarro que acababa de encender.

— Por mí no. Cuando quiero esa clase de estímulo prefiero recurrir a una profesional.

Volvió a entrar en la camioneta, quedando de espaldas a ella que ya estaba detrás del auto. Nicole se quitó las sandalias, el pantalón y el suéter. Estaba a punto de quitarse también el bikini, cuando vio la invitadora agua límpida del pequeño lago. Sin pensarlo más, corrió y se metió hasta las piernas, sacudiéndose la arena que tenía adherida hasta los muslos. Taylor la observaba desde el auto con indiferencia, fumando su cigarro.

El lago tenía poca profundidad, si quería sumergirse toda tendría que agacharse y sentarse en el fondo. De pronto oyó a su espalda el ruido de fuertes salpicaduras. Se volvió, y... vio algo que la dejó paralizada. A pocos metros, enarbolando los curvados cuernos, uno de los famosos toros negros de la Camargue se sumergía en el lago en dirección a ella.
El terror la dejó petrificada, sin poder pensar, moverse, gritar... El animal estaba solo, posiblemente se le había escapado a los gardiens que cuidaban la manada. Era el tipo de toro español que se cría solamente para las corridas; ancho, fuerte, musculoso. Lo único que le pasó a Nicole por la mente fue un cuadro espeluznante: ella herida, flotando en el agua del lago teñida con su sangre.
El instinto de conservación la hizo reaccionar. Temblándole las piernas empezó a alejarse del animal, internándose en el lago hacia la otra orilla. Allí trató de ocultarse tras la tenue cortina de unas cañas. Entre ellas vio que el animal seguía observando fijo en su dirección, bufando ligeramente, sacudiendo la cola y moviendo la cabeza de lado a lado. Agarrándose a las cañas, Nicole subió a tierra despacio, y de un salto se metió entre las ramas de un arbusto. Al momento sintió que otro cuerpo se internaba en el lago a grandes zancadas. Mirando entre las ramas, vio a Taylor que se metía en el agua hasta las botas, llevando en la mano una vara que ella recordaba haber visto en el suelo de la camioneta.
— ¡Da la vuelta por la orilla y métete en el auto! — le gritó.
Ella le obedeció. En un momento estaba ya entrando en la camioneta por la ancha puerta trasera. La dejó abierta, esperanzada en que él pudiera salvar la distancia por la otra orilla y corriera a refugiarse en el auto.
La incursión de Taylor distrajo al toro, que ahora se enfrentaba con aquel intruso que se le acercaba enarbolando una vara delgada por única defensa. Nicole perdió el aliento. Empezó a rezar, rogando que Taylor lograse regresar ileso al auto, sabiendo que si echaba a correr incitaría al toro.
En vez de correr, Taylor ahora se acercaba despacio al animal. Nicole no pudo observar más. Se tendió en el piso de la camioneta, entre las cuerdas y los aparejos que Taylor llevaba al campo cuando salía a las faenas. Cerró fuertemente los ojos y se quedó inmóvil, rezando, rezando...
De pronto sintió un tremendo golpe que hizo cimbrearse al auto. Un cuerpo caliente y mojado le cayó encima, aplastándola, cortándole toda movilidad. Ciega de terror, exclamó:
— ¡Dios mío...!
Era Taylor que de un salto había entrado y cerrado la ancha puerta, para tirarse sobre ella, temblando él también.
— Loca... No vuelvas a darme un susto así jamás en tu vida.
Le hundió los labios en su boca abierta de sorpresa y espanto. La cubrió toda con su cuerpo y trenzó las piernas con las de ella.
— A dos pasos de la muerte y te deseo más que nunca — murmuró con la voz ronca — . Esta vez no te me escapas.
Nicole no trató de escapar. El terrible incidente le había mermado todas las defensas. Lo único que sentía ahora era gratitud, gratitud a él por haberla salvado, gratitud por verlo a él a salvo. Llorando de alivio y emoción, se arrebujó en su pecho, soportando sumisa aquellas caricias salvajes que la estrujaban, aquellos besos locos que la

lastimaban, mientras la voz ronca le susurraba al oído palabras de un idioma extraño que ella no comprendía.
En su abandono, susurró algo suave, en su propio idioma:
— Taylor, my husband... (esposo mío).
El sí entendió lo que ella le decía, y soltándose del abrazo, se irguió y le gritó furioso:
— Entonces, ¿por qué me abandonaste? ¿Por qué me ocultas ahora para quién has venido a pedirme ese dinero? ¡Dime!
La sacudía fuertemente por los hombros. Aquella explosión la sacó súbitamente de su embeleso. Comprendió el peligro en que había estado, deshecha de amor y de deseo, quizá a punto de echar toda cautela al aire y decirle que era padre de un hermoso niño que se llamaba Freddie...
— ¿Eso es lo que buscabas? — exclamó, destrozada — . ¿Es por eso por lo que fingías ese arranque de pasión, para hacerme hablar? ¡Déjame! Te odio. No me quieres. ¡No quieres a nadie! Lo único que sientes es orgullo y humillación porque no puedes dominarlo todo. ¡Suéltame!
La dejó llorando, retorciéndose de vergüenza y de dolor por haber tenido aquel momento de confianza y debilidad. Abrió la puerta y salió a recogerle la ropa, que ella había dejado sobre una piedra junto al auto al ir al lago. Hizo un bulto y se lo tiró dentro del auto. Se alejó después y fue a recostarse en un árbol, contemplando el lago, escena del terrible incidente. El toro hacía rato que había desaparecido, quizá para volver con la manada de la cual se había escapado. Taylor sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió, grave y ausente.
Nicole se quitó el bikini y se vistió en la camioneta. Salió después, callada, y fue a sentarse al frente. Como Taylor no miraba en aquella dirección, ella esperó un rato y al fin dio dos golpecitos en la bocina, para llamarle la atención. Él se acercó despacio, con sus pasos lentos y pausados. Tiró el cigarro y lo aplastó con la bota. Entró en el auto, pero no echó a andar el motor enseguida. Sin mirarla, en un tono calmado, le dijo:
— Perdóname, Nicole. Has venido a hacer de mí un salvaje. Has vuelto a quitarme la poca paz que yo creía haber encontrado.
— Lo siento. Nunca creí que esta visita te afectaría tanto. Esperaba encontrarte feliz, casado...
— Aunque así hubiera sido... ¿Crees que podría haber olvidado tan fácilmente? Fuimos amantes, Nicole. Nos quisimos. Te tuve entre mis brazos, mía. Fuiste mi primer amor verdadero. Sé que fui el primer hombre que te poseía — se pasó la mano por el pelo, en su gesto característico — . Las veces que me ha torturado el pensar que estarías con otro, que otro hombre podría estar disfrutando de lo que debería ser mío...
— ¡Eso no! — exclamó ella — . Nadie me ha tocado. A nadie he vuelto a querer en mi vida.
Él sonrió ligeramente.
— ¿Cómo voy a creer eso? ¿Has estado viviendo en un convento? No, Nicole; sé muy bien que la vida es... la vida, inexorable, irremediable.
Ella bajó la cabeza, derrotada, muerta de amor y de deseos por él, ardiendo por contárselo todo, arriesgándose a todo; por devolverle alguna felicidad, revelándole que tenía un hijo, que era para ese hijo, para quien necesitaba su ayuda. Pero su amor y su temor de madre, no se lo permitían. Prefería dejar las cosas como estaban. Que la creyese una malvada o una coqueta que aprovechaba sus atractivos femeninos para

lograr sus fines. Era indudable que tarde o temprano se casaría con Carolyn. Y si no tenían hijos, y se sabía la existencia de Freddie, la misma madre de él sería la primera en insistir en que se buscara al niño, para que los Atkinson tuvieran heredero...
— Llévame al hotel, Taylor — le pidió, apenada — . Tengo que hacer la maleta. Me voy mañana temprano.
— ¡No! — exclamó sorprendido — . ¿Mañana?
— Sí.
— Pero... ¡No puedes! Aún no tienes el dinero. Además — añadió, pensándolo, como tratando de decir algo, cualquier cosa, para convencerla — , Nancy quiere verte una vez más.
— Lo siento. Ya he reservado vuelo.
— Pues... ¡cancélalo!
Si Nicole lo hubiera estado mirando, habría visto su angustia y su desesperación más que su vehemencia acostumbrada.
— Rotundamente, no. Me voy mañana por la mañana, a primera hora.
— ¡Nicole ! No puedes hacerme esto — le sujetó la cabeza agarrándola por la nuca — .¡Dime! ¿Quién te espera en Inglaterra? ¡Tiene que ser un hombre! ¡Me estás mintiendo!
Calmada, pero firme, ella le retiró la mano.
— Estás equivocado. No hay ningún hombre en mi vida. La única que me espera es mi tía Amelie. Sigo viviendo con ella, como siempre.
— Y esos mil dólares que necesitas. ¿son para ella?
— Bueno sí.
Él dejó caer la cabeza en las manos que apoyaba en el volante. Nicole estuvo a punto de abrazarle. Le partía el alma al verlo tan solo y derrotado.
— Dime Taylor — le preguntó, calmada — , ¿por qué tú y Carolyn habéis esperado tanto para casaros?
Él levantó el rostro, oscurecido por aquella mención de Carolyn. Por un momento ella pensó que no iba a contestarle.
— Tuvo el accidente poco después de que tú te fueras. Quedó paralítica desde entonces y ha tenido varias operaciones. Le van a hacer una más dentro de unas semanas. Esta vez los médicos creen que esta será la última, que al fin podrá caminar. Quizá no volverá a correr, bailar y hacer deportes, pero podrá llevar una vida normal, como cualquier mujer.
Aquello al menos era una esperanza, pensó Nicole. Quizá tendrían hijos, y si no feliz, no estaría él tan solo y falto de cariño. Los hijos pueden compensarlo todo.
— Te deseo mucha suerte, Taylor. De todo corazón.
— Entonces. ¿te vas mañana?
— Sí. Nada más tengo que hacer aquí.
Echó a andar el auto con rabia y salió de aquel paraje dando tumbos entre piedras y arbustos. Como un rayo guio hasta Arlies sin decir una palabra. Las ruedas chirriaron con la brusca parada que hizo al llegar al hotel. Sin bajarse, alargó la mano sobre el regazo de ella y le abrió la puerta.
— Gracias, Taylor. Adiós.
No le contestó, arrancó rápidamente y volvió a tomar el camino, con el mismo chirrido de ruedas con que había llegado.

Aquella noche Nicole recibió una llamada de Bobby Bennett. Estaba preocupado por ella y quería excusarse por su comportamiento de la tarde. Pero no le hizo preguntas indiscretas, quizá por estar Taylor complicado en el asunto. Se despidieron cortésmente y ella regresó a su cuarto.

A eso de las nueve y media aquella noche, tocaron a su puerta. ¿Quién sería? Ya se había despedido de Bobby. Aprensiva, preparándose para cualquier sorpresa, dejó las ropas que estaba guardando en la maleta y fue a abrir la puerta. Era la hermana de Taylor.
— ¡Kristen! ¿Qué haces aquí a estas horas?
La muchacha sonrió y le dio un sobre cerrado.
— He venido a entregarte esto de parte de Taylor.
— Ah... gracias...
Lo tomó, y sin saber qué hacer, se lo metió rápidamente en el bolsillo de la bata.
— ¿Me dejas entrar?
— Oh, sí... Claro, pasa. No tengo nada que ofrecerte. Si quieres bajo a pedir algo al comedor.
— No, no. Sólo quiero conversar contigo un rato. ¡Eh! ¿Estás haciendo la maleta?
— Sí, me voy por la mañana.
— ¿Y Taylor lo sabe?
— Creo que sí. Siéntate. ¿Cómo te han dejado venir sola tan tarde?
— No tengo que pedir permiso a nadie para sacar el coche. Ya sé conducir. ¿Por qué te vas tan pronto? ¿No podrías quedarte unos días más? Abuela quiere verte otra vez.
— Lo sé, pero me es imposible demorar el regreso. Lo siento.
Hubo un momento de silencio que Nicole, nerviosa, rompió diciendo cualquier cosa.
— ¡Cómo has crecido, Kristen! Estás hecha toda una mujer. La muchacha sonrió satisfecha.
— Gracias. Pero... no he venido a hablar de mí, sino... de Taylor.
— Preferiría que no, querida.
— ¿Por qué? ¿Es que tan poco te interesa?
La muchacha la observaba, curiosa. Nicole no dijo nada. Sólo bajó la mirada.
— Taylor fue a buscarte hoy, ¿no?
— ¿A buscarme? ¿Qué quieres decir?
— Vine a verte esta tarde y el administrador me informó que te habías ido con un joven a la playa de las Santas Marías. Cuando volví a la mas se lo dije a Taylor y salió disparado en la camioneta.
— Ah...
Ahora comprendía cómo él se enteró de dónde estaba por la tarde. Tratando de ocultar su preocupación, se volvió de espaldas a la muchacha y siguió metiendo sus cosas en una maleta.
— Yo creo que Taylor está loco de celos por ti.
— Y yo creo que estás equivocada. Es cuestión de orgullo más que otra cosa. La chica se levantó de la silla para enfrentarse con ella.
— Dime, ¿te ha contado Taylor lo del accidente de Carolyn?
— Kristen, por favor, eso nada tuvo que ver conmigo.
— Hay quien cree que sí, que fue por estar hablando de ti por lo que ocurrió todo.

— Te ruego que no sigas hablando de eso.
— Pues te lo voy a contar aunque no quieras. Así es que siéntate y déjame hablar. Con alguien tengo que confiarme. No me interrumpas.
No había más remedio que complacerla. Se trataba de una chica voluntariosa como todos los Atkinson. Sería mejor dejarla desahogarse y terminar lo antes posible aquella situación. Nicole se sentó.
— Sucedió poco después de que Taylor saliera de la cama...
— ¿De la cama? ¿Había estado enfermo?
— Estaba convaleciendo de una caída tremenda del caballo. Se fracturó una pierna. Fue algo muy doloroso, aunque no se quejaba.
— ¡Oh, no lo sabía...! El pobre...
— ¿Ves como sí te interesa?
— Sí, Kristen. Lo confieso. No soy tan dura como algunos creen.
— Yo no creo eso. Te conozco mejor de lo que piensas, y siempre te tuve simpatía.
— Gracias. Yo a ti también.
— Pues, bien, ya Taylor estaba repuesto... Él y Carolyn tuvieron una pelea tremenda. Nadie supo por qué, pero lo cierto fue que Carolyn la terminó saliendo de la casa con el látigo en la mano.
— ¡Oh, no...!
— ¡Oh, sí! Carolyn puede ser muy cruel y despiadada cuando la contrarían. ¡No la conoces!
— ¿Qué sucedió?
— Salió al corral, donde tenían encerrados unos toros de cría para mostrarlos aquella tarde a un comprador. Los pobres animales no podían escapar. Y no se trataba de toros bravos. Carolyn los azotó por hacerle daño a Taylor, para que no estuvieran en forma de presentarlos al comprador. Tú sabes lo delicados que son esos animales tan mansos. ¡Cómo los azotaría para hacerlos enfurecer y volverse contra ella!
— ¡Qué horror, Dios mío!
— Oímos gritos, golpes, ruidos, bramidos... Fue algo terrible. Tuvimos que llamar al mejor veterinario dé la región. Yo les vi los lomos lastimados, sangrando... Y por supuesto Taylor perdió el negocio.
— Que cosa tan terrible... Qué pena me dan todos...
— ¿Todos? ¿Carolyn también?
— ¡Claro! Aunque haya sido la culpable.
— Taylor salió y le salvó la vida, pero... no se lo merecía.
— No digas eso, Kristen. La pobre muchacha ha pagado muy duro por su arranque de ira.
— ¿Tú lo crees? Yo no. Se salió con la suya, después de todo. Tiene lo que siempre buscaba.
— ¿Qué quieres decir?
— Está viviendo en la mas, es la niña preferida de la casa, y... hay algo más...
— ¿Qué cosa?
— ¿No comprendes? Taylor se culpa del accidente. Si no hubieran tenido aquella pelea, quizá no habría sucedido. Ahora se siente obligado, por nobleza, a continuar el compromiso y aceptarla.
— Conociendo a Taylor no podría esperarse otra cosa. No iba a abandonarla así,

paralítica...
— Pero ella se aprovecha de sus buenos sentimientos y le hace la vida un infierno.
La muchacha le tomó una mano a Nicole. Su voz se hizo seria e intensa, no obstante su tono juvenil y despreocupado de antes.
— Nicole, mi hermano no puede casarse con esa arpía. No me resigno a verlo desperdiciar así su vida, condenarse a ese martirio... Por favor, no te vayas. ¡Quédate y lucha por Taylor! Olvida el pasado y piensa en el futuro. En el tuyo también.
Hubo un silencio en el que Nicole escondió el rostro entre las manos. Al fin, lo rompió, tratando de hablar juiciosamente, más con la mente que con el corazón.
— Eres muy joven, Kristen. Tiendes a ver la vida como un drama de película. Ni yo puedo hacer nada por cambiar el destino de nadie, ni Taylor necesita que alguien lo haga por él. Es un hombre, tiene su libertad y puede hacer lo que quiera. No tengo derecho a meterme en sus cosas.
— Sí, lo tienes. Y Taylor no puede salir solo de esta situación. Está totalmente dedicado a pagar la culpa del accidente de Carolyn y a cumplir con mamá y sus deberes de heredero de la familia.
— Ya es bastante.
— ¿Y su vida propia? ¿Y su felicidad? ¿Es que eso no cuenta para nada?
— Eso tendrá que buscárselo él o renunciar a ello. Cada cual se labra su propia desgracia o su dicha.
— Y tú... ¿Te has labrado tu dicha, Nicole?
— Tengo mi tranquilidad.
— ¿Y por qué volviste aquí, entonces?
— Eso es otra cosa. Vine por un asunto práctico que quería consultar con Taylor. Eso fue todo.
— Y tienes corazón para dejarlo, abandonado, otra vez...
— Otra vez... — murmuró Nicole, pensando.
Así que Kristen tampoco sabía la verdad, la verdad de su primera partida de la Provenza, del rechazo que le hiciera Taylor tan despiadado por medio de su madre y aquel cheque que ella rompió en pedazos...
— Tengo que volver a mi vida y mi país, Kristen. Es todo lo que puedo decirte.
— ¿Es que alguien te espera allá?
— Me esperan mi tía y mi trabajo.
— ¡No lo creo! Yo creo que es que tienes allí un hombre, un amor a quien volver. Por eso ya no te interesa mi hermano.
— Piensa lo que quieras. De aquí me voy mañana, y mientras más pronto aceptemos eso, más pronto volveremos a ser amigas.
Era mejor dejarla que creyera que sí, que había otra persona en su vida. Todo menos revelarle la verdad acerca de quién, en realidad, la esperaba en Londres.
— Amigas lo seremos siempre, Nicole. También quería contarte esto. Sabes que Taylor ha querido enviarme a seguir mis estudios en Suiza por un año. Pero allí no conozco a nadie. Si lo convenzo de que me envíe a Londres... allí te tendría a ti, al menos. No a vivir contigo, desde luego. Pero podríamos vernos con frecuencia...
Ahora los temores de Nicole tomaron un giro muy distinto. ¿Kristen, en Londres, visitándola? ¿Inevitablemente encontrándose con Freddie?
— No creo que eso sea posible, Kristen. Estoy muy dedicada a mi trabajo, no tengo

tiempo de llevar vida social...
— ¿Ni siquiera de ver a una antigua amiga?
— Kristen, créeme, por razones que ahora no puedo explicar, me sería imposible verte en Londres.
La muchacha se la quedó mirando fijamente.
— Ahora lo sé todo, Nicole — le dijo con firmeza — . Te puse a prueba y me has confirmado lo que sospechaba.
— ¿Qué cosa?
— Que tienes un hombre que te espera. Un novio, un amante, quizá hasta un marido... No quieres a mi hermano.
— Lo que quiero es olvidarme de él y su familia y cortar mis amarras aquí para siempre, Kristen. Perdóname, pero esa es la pura verdad. Me arrepiento de haber hecho este viaje y quiero olvidarlo para siempre. Excúsame ahora, tengo que terminar de hacer el equipaje y descansar un poco para el viaje de mañana.
Kristen se levantó de la silla. Sin duda, se marchaba convencida de que Nicole mentía, que tenía algo más que su tía y su trabajo esperándola en Londres. Lo que fuera. Todo menos permitir que se enterase de que lo que tenía era un hijo, y un hijo que era la misma imagen de Taylor; sus facciones, su pelo negro y liso, sus mismos ojos grises... Hasta destellos de su carácter impulsivo que ya Freddie empezaba a revelar...
— Adiós Nicole.
— Adiós, Kristen. Que seas muy feliz en la vida.
— Haré lo posible, aunque no me han dado muy buenos ejemplos para serlo.
Se abrazaron. La muchacha salió cabizbaja, posiblemente convencida de que todos le mentían y le ocultaban sus enredos de adultos endurecidos por pasiones y caprichos, pensó Nicole apenada.
Absorta en sus recuerdos, recriminándose en el fondo. Siguió recogiendo sus cosas, repartiéndolas entre las dos maletas, cuando se dio cuenta de que tenía el sobre de Taylor en el bolsillo. Lo sacó y lo abrió. Era un cheque a nombre de ella, girado contra un Banco de Londres por mil dólares esterlinas.
Nicole había quedado en dejar el auto alquilado en el aeropuerto, donde la compañía que se lo arrendó se encargaría de él. Era un buen arreglo; le ahorraba tener que tomar un taxi hasta allá con su equipaje. Temprano aquella mañana pagó la cuenta del hotel y mandó al camarero que le colocara las maletas en el auto. Estaba a punto de volver a despedirse de Monsieur Leons, el administrador, cuando éste le salió al encuentro, muy alarmado.
— Madame Stafford... Una llamada para usted de Londres. No se moleste en ir a la cabina... Tómela aquí mismo en el vestíbulo, en el mostrador...
¡LONDRES! Algo le había ocurrido a Freddie. De una carrera se acercó al mostrador, el corazón saltándole en el pecho.
— ¿Nicole? ¿Eres tú? — escuchó decir a una mujer.
— Sí. ¿Qué ocurre? ¿Quién habla?
— Soy Keira Reid, tu vecina.
— Ah, señora Reid... ¿Qué sucede? ¿Freddie está bien?
— Freddie sí, aquí está a mi lado. Pero tu tía Amelie ha tenido un pequeño percance. Ayer resbaló en la calle y se lastimó la espalda.
— ¡Dios mío...! ¿Dónde está?

— Aquí en casa, pero no puede moverse. El médico dice que tendrá que quedarse en cama unos días. Yo he dejado de ir al trabajo hoy para cuidar al niño, pero tengo que ir mañana. ¿Comprendes? Deberías volver, Nicole.
— Claro que sí. Llego esta misma noche. Cuánto se lo agradezco.
— Espera, no cuelgues. Dile cualquier cosa a Freddie, que está aquí desesperado por oírte. Toma, nene... escucha a tu mamá...
— Freddie, mi amor, ¿me echas mucho de menos?
...
— ¿De veras? ¡Eres maravilloso!
...
— ¿Me quieres?
...
— Yo a ti también, corazón. Anda, dame un beso por teléfono.
...
— Adiós, mi vida. Esta noche te tendré en mis brazos.
Sonriendo todavía, colgó el receptor y se volvió para dar las gracias al administrador, creyendo que la sombra que tenía al lado era él. Pero el que había estado escuchando la conversación — al menos lo que se dijo desde Francia — era... Taylor Atkinson.
Le clavó los dedos en el brazo y la forzó a internarse con él en el vestíbulo, lejos del administrador y el camarero que miraban consternados. Siguió hasta el solitario saloncito escritorio. Una vez que estuvieron solos le dio un empellón, y con los ojos inyectados de furia, temblándole los labios, le preguntó:
— ¿Quién diablos es ese Freddie que te ha llamado desde Londres?

Capítulo 8

En la media luz del saloncito escritorio del hotel, los susurros furiosos de Taylor sonaban más siniestros que nunca.
— ¡Contéstame!
— Tengo que salir inmediatamente para el aeropuerto o pierdo el avión.
— Yo te llevaré al aeropuerto, tenemos que hablar.
— Gracias. Tengo un auto esperándome.
— ¡Al diablo con ese auto! Tenemos el mío.
— ¿Qué haces aquí, Taylor, con esas amenazas? Yo creí que ya no había más que hablar. Recibí el cheque... Te lo agradezco infinitamente.
— ¡Mujer insensible que no piensas más que en dinero! ¿Es que no comprendes que quería verte otra vez?
Nicole tragó en seco. Hasta el último momento la tenía que torturar y malinterpretar.
— Tengo que irme, Taylor.
— Sí, ya sé. Para Inglaterra, donde te espera... ¡Freddie! Pues... ¡no te dejo ir! — Le tomó el cuello entre los dedos, mitad acariciando, mitad amenazando con ahogarla.
— ¿Qué pretendes? ¿Instalarme aquí en Arlies al estilo francés, como tu querida?
— Eso no me lo merezco.
— Suéltame, me estás haciendo daño, como siempre. Al fin, le quitó las manos del cuello.
— Por última vez, Nicole. Dime la verdad y te dejaré ir tranquila. Ese Freddie... ¿Es para él para quién necesitas el dinero?
Los minutos volaban. Desesperada por salir del angustioso encuentro, Nicole aspiró fuertemente y dijo, resignada:
— Sí. El dinero es para Freddie.
Tomado por sorpresa, como si hubiese recibido un golpe de puñal, cerró los ojos, apretó los puños, y con un gesto de la cabeza señaló a la puerta. Casi sin voz, más bien con el aliento, susurró sin mirarla:
— Bien. Vete.
Ni adiós se dijeron. Nicole salió inmediatamente del saloncito, casi corriendo cruzó el vestíbulo y se metió en el auto que la esperaba con la puerta abierta y sus maletas ya colocadas dentro.

Llovía en Londres. Temblando de frío, Nicole tomó el autobús que llevaba a los pasajeros del aeropuerto a la ciudad. En la terminal tomó otro para su barrio, Brentford. La dejó a pocos pasos de la casa. Con una maleta en cada mano, caminó despacio, viendo ya desde la esquina las cortinitas de encaje de la sala que con tanto esmero Amelie se ocupaba de lavar y planchar con frecuencia.
Tan pronto dio vueltas su llave en la cerradura, sintió pasitos rápidos que se acercaban. Freddie vino corriendo a su encuentro. La emoción fue aún mayor de lo que ella esperaba. No sólo era la primera vez que se había separado del niño, sino que ahora se le parecía más a Taylor que nunca.

— ¡Mami...!
— ¡Hijo mío, precioso...!
Lo tomó en brazos y lo levantó en sus brazos.
— ¿Te has portado bien? ¿Cómo sigue la tía Amelie?
— Malita. En cama. Ven a verla...
Nicole lo puso en el suelo y el niño la tomó de la mano para llevarla al cuarto de Amelie, como si fuera una visita.
Tía y sobrina se abrazaron, y Nicole se sentó al borde de la cama.
— ¿Qué te parece, muchacha? — dijo Amelie, sonriendo apenada — . Me dejas a cargo de tu niño y tengo que resbalarme y hacerme daño en la espalda, ¡No sirvo para nada!
— Vamos, tía, no te quejes. Aquí estoy yo para cuidar ahora de los dos.
— Siento que hayas tenido que adelantar el regreso, hija.
— No tuve que adelantar nada. Ya estaba lista para volver cuando me llamó Keira Reid. Nada tenía que hacer en Francia. Amelie le notó el desaliento con que hablaba del viaje.
— ¿Cómo te fue? ¿Lograste ver a Taylor?
Sin mirarla, en lo que se quitaba el abrigo, le contestó indiferente:
— Sí. Me dio el dinero.
— No fue fácil, ¿verdad?
— No, tía. Algún día te contaré. Ahora descansa. Yo estoy muerta de frío y quiero tomar algo caliente.
— Keira dejó el agua caliente para el té a fuego lento. Dijo que las tazas y todo estaba preparado en la bandeja.
— ¡Qué bueno es tener a Keira Reid de vecina! Vaya mujer estupenda.
— Y le dio ya su cena a Freddie, así que no te preocupes por él.
— Voy a acostarlo. A ver, ¿dónde está mi diablito? — dijo, fingiendo no ver al niño que se escondía entre los pliegues de la colcha.
— Pero, ¿no estaba aquí hace un momento? — preguntó Amelie, que por su accidente, no podía incorporarse.
Nicole seguía el juego, haciendo que lo buscaba por todo el cuarto.
— ¿Dónde estará?
— ¡AQUÍ! — gritó riendo Freddie, destapándose la cabeza.
— ¡Niño! — exclamó Amelie.
— ¡Qué susto! — gritó Nicole, inclinándose a abrazarlo — . Creí que te había perdido, corazón.
Y, una vez que lo tuvo entre sus brazos, sentada al borde de la cama de Amelie, que observaba satisfecha, Nicole repitió, sofocando un sollozo:
— Creí que te había perdido, hijo mío.
Amelie, discreta, no dijo nada, pero pensó mucho... ¿Qué habría tenido que hacer su pobre sobrina para obtener aquel dinero? Ya tendrían tiempo de hablar. Por ahora, lo mejor sería dejarla en paz, que volviera a tomar las riendas de su vida, que dejara sanar la herida, o los recuerdos, o lo que fuera, en la sencilla rutina del manejo de la casa, el niño, y... desafortunadamente, la enferma.
Eso mismo hizo Nicole, sumergirse en pequeñas obligaciones de la rutina doméstica, incluso disfrutando de poder pasar el día entero con su hijito. Se había comunicado con

el director del colegio donde enseñaba, para informarle de lo sucedido: había regresado a Londres de sus cortas "vacaciones" pero se encontró enferma a su tía y necesitaba seguir ausente unos días más. El director lo comprendió y le aseguró que pondría una maestra sustituía en su clase, pero... que tendría que descontarle a Nicole los días extra que se tomase libres. Accedió, por supuesto. No importaba. Se las arreglarían. Eso sí, ella jamás tocaría el dinero que le había dado Taylor para otra cosa que para el viaje de convalecencia de Freddie. Quizá alcanzaría para llevar a Amelie también a descansar en un lugar cálido... Tendría que ser pronto, el niño seguía padeciendo de aquellos ataques de tos que le quedaran aún después de su satisfactoria operación.

Pasaron los días, pero no los recuerdos. La Provenza y todo lo que allí había dejado estaban vivos en su mente, aun cuando rendida del trajín y el cansancio, caía en cama por la noche. A los pocos días salió el sol; en Londres empezaba la primavera. La tos de Freddie se hizo menos intensa, aunque de noche y en la madrugada se dejaba oír en la tranquilidad del pisito y sus calladas inquilinas. Pero de día, Nicole se daba el lujo de llevar a su niño con ella a hacer las compras, a jugar un rato en el parque cuando hacía buen sol. Ya tenía amiguitos del vecindario que lo esperaban y lo dejaban compartir sus juegos. Empezaban a destacarse su personalidad y gracia entre otros niños. Las otras madres felicitaban a Nicole, qué arrobada, lo contemplaba. A esa edad los años corrían veloces; Nicole soñaba con verlo ir al colegio. Ya ella y Amelie le prestaban libros repletos de estampas para acostumbrarlo a fijar la atención y concentrarse. Pero... ¿Qué diría Freddie cuando viera que sus compañeritos tenían eso que él no conocía, un padre?

Un día, cuando regresaba del parque, Freddie muy cómodo en su carrito, Nicole empujándolo, les pasó despacio por la calle un elegante auto con chofer uniformado. No era un encuentro corriente en aquel barrio modesto. Quizá el chofer no conocía bien Londres y se había desviado, pues no llevaba pasajeros. El chofer la miró con insistencia, casi deteniendo la marcha. Nicole apretó el paso. El auto la siguió. Ella miró a su alrededor y se tranquilizó al ver que había bastante gente por la calle. De todos modos, siguió empujando el carrito lo más aprisa que pudo, llegó a su casa y se metió rápida, dando dos vueltas a la cerradura. En seguida se ocupó de preparar la cena. Pelando las verduras se echó a reír de sí misma. Era una tonta. Aquel incidente del lujoso auto nada tenía que ver con ella. Es que le duraban los sobresaltos que había sufrido en el viaje a la Provenza. Tenía que librarse de aquella estúpida aprensión.

Sin embargo, aquella noche, al acostarse, apagó la luz y se acercó a la ventana para abrir un poco, lo suficiente para tener ventilación. Notó que el mismo auto reluciente, oscuro y grande, pasaba despacio por la calle. O uno igual. ¡Qué raro! A tal hora, en aquel barrio modesto...

Soñó que Taylor se había enterado de la existencia de su hijo y estaba tramando secuestrarlo. A la mañana siguiente, Nicole se dijo firmemente que tenía que hacer un esfuerzo serio por quitarse aquellas aprensiones de la cabeza. Lo logró. El incidente del gran auto se borró de su mente en un par de días y no volvió a pensar en él.

Hacía una tarde preciosa. Freddie había estado tosiendo mucho y Amelie, preocupada, le dijo a Nicole:

— Veo que ha salido el sol bastante fuerte, hija. ¿Por qué no llevas el niño al parque zoológico? El paseo os vendrá bien a los dos.
— ¡Estupenda idea! — dijo, contenta, la muchacha.
Vistió al niño con un traje y zapatitos cómodos, le puso un buen suéter y una gorrita de fieltro, bien abrigada, y se fue con él muy contenta de la mano. Esta vez tendrían que tomar el autobús, no podían llevar el carrito. No importaba. Si el niño se cansaba de caminar, ella lo tomaría en brazos, o se sentaría en un banco del parque a descansar.
Pasaron un par de horas deliciosas. Freddie corría frente a las jaulas, mirando entre los barrotes de las rejas, mientras Nicole le explicaba todo lo que podía acerca de los animales. Compraron caramelos, aspiraron el perfume de las primeras flores que empezaban a brotar por los senderitos del parque, y al fin regresaron a buscar el autobús. Cuando estaban acercándose a la casa, a Freddie le dio un tremendo ataque de tos. Nicole lo abrigó bien en sus brazos, meciéndole y tratando de calmarlo con palabras dulces. Los otros pasajeros la miraban con simpatía. La verdad es que madre e hijo hacían un cuadro encantador. Nicole no notaba nada; lo único que le preocupaba era la carita de angustia del pequeño, que apenado, trataba de esconder la tos en el cuello de su madre.
Llegaron a su esquina y Nicole se apresuró a salir del autobús. Caminó aprisa hacia su casa, con el niño en brazos tosiendo sin cesar. Tan angustiada estaba, que no notó que el gran auto oscuro estaba estacionado no lejos de su casa, hasta que entró y se volvió a cerrar la puerta. Al verlo, se apoderó de ella el pánico. Cerró rápidamente con todos los cerrojos de su puerta. El corazón le daba saltos en el pecho. ¿Quién podría ser, sino Taylor? ¿A qué habría venido? Tuvo el impulso de volver a salir por la puerta de atrás de la casa, y echar a correr.
— Mamá... camita... — Exhausto de toser, el niño llamaba su atención.
Cuando empezaba a dirigirse a su dormitorio, diciéndole ternezas al pequeño, tratando de controlarse los negros presentimientos, la tía Amelie, que ya podía caminar despacio, salió de la sala y cerró la puerta tras ella. Fue entonces cuando Nicole notó que la puerta de la sala estaba cerrada. Eso le extrañó. En aquel pisito se podía transitar libremente de la sala al pequeño vestíbulo, a los dormitorios, el baño y la cocina. Allí las puertas rara vez se cerraban.
Las dos mujeres cruzaron las miradas. Viendo la muy angustiada de Nicole, Amelie se apresuró a tranquilizarla dentro de lo posible en aquellas circunstancias.
— No, no es Taylor. Pero está en Londres y quiere verte.
— ¿Quién está en la sala, entonces?
— Su chofer. Te trae un recado que no ha querido darme. Por eso te esperó.
Claro, su chofer... El mismo que la siguió aquella tarde en que ella venía del parque con Freddie; el mismo que esa noche pasaba por su calle con el imponente vehículo, cuando ella se asomó a la ventana.
Amelie la sacó de su penosa abstracción.
— Dame el niño y ve a atender a la visita. Y no pongas esa cara, muchacha. No se va a acabar el mundo porque Taylor esté en Londres.
— Quizá se acabe el mío, tía. Si Taylor se entera de que existe Freddie...
— ¿Qué has dicho? — susurró Amelie, sorprendida — . ¿Es que Taylor no sabe todavía que tiene un hijo? ¿No se lo dijiste cuando os visteis en Francia?
Nicole bajó la vista, sintiéndose culpable y descubierta.

— No. Tuve miedo de que quisiera quitármelo, y no le dije nada.
— ¿Quitártelo? ¿Por qué? Supongo que a su esposa no le interesa tener el hijo de otra mujer, ¿no?
— Taylor no se ha casado, tía Amelie. La mujer se quedó perpleja.
— Entonces, si no está casado... ni sabe nada del niño... ¿por qué te dio el dinero? ¿Para qué le dijiste que lo necesitabas? Nicole... ¿qué tuviste que decirle, o... que hacer para que te diera el dinero?
— No podemos seguir hablando ahora. Te lo contaré más tarde.
— Querida sobrina, lo que sea que vayas a decirme, no estoy del todo segura de que hagas bien ocultándole la verdad a Taylor.
— ¿Después que me abandonó sin importarle nada? ¡Tengo derecho a defender y tener a mi hijo!
— ¿Y tu hijo no tiene derecho a conocer a su padre? ¿Y su padre no tiene derecho a saber que tiene un hijo?
— Tía Amelie, por Dios...
— Mira, querida, yo soy una mujer vieja y poco sé de esas cosas, pero a veces pienso que es injusto culpar a un hombre por tener un hijo que se le oculta y se le niega.
— Entonces... ¿vas a contárselo todo a Taylor? — preguntó, temerosa.
— ¿Cómo voy a hacer semejante cosa sin tu permiso, sobrina? ¿Es que ni en mí tienes confianza?
— No, no, por supuesto. Perdóname. Es que estoy cansada, nerviosa, aprensiva... Veo fantasmas en todas partes.
— Vamos, ya el niño se ha quedado dormido. Déjame llevarlo a su camita, y tú ve a hablar con el chofer. Debe estar ya impaciente.
— ¿Qué le digo?
— No sé. Supongo que quiere decirte que Taylor espera verte.
— No, no quiero verlo. ¡Eso no!
— Nicole, Nicole... Me parece que protestas demasiado — dijo la mujer, medio sonriendo, tomando el niño en sus brazos y dirigiéndose, cojeando, al dormitorio de Nicole.
Nicole entró, por fin, en la sala. El hombre se puso de pie enseguida.
— Buenas noches, Madame — dijo, respetuoso — . Supongo que es usted Madame Stafford, ¿no?
— Sí señor. Y yo supongo que usted viene a decirme que Monsieur Atkinson desea verme.
— Así es, Madame. Se hospeda en el hotel «Savoy» y espera que yo la lleve a usted allí lo antes posible.
— Dígame, ¿sabe usted a qué se debe que Monsieur Atkinson se encuentre en Londres?
— Sí, Madame. Ha venido a acompañar a Madame Carolyn Bridges.
¡Taylor en Londres con Carolyn! Entonces, ¿qué hacía mandándola a buscar a ella? Aquello era una humillación inaceptable. Se comunicaba con ella como si fueran un par de amigos cualquiera.
— ¿En viaje de bodas? El chofer la miró asombrado.
— ¡Oh, no! Madame Bridges ha venido a hacerse una operación. Como no habla en inglés, Monsieur la ayuda y la acompaña en el hospital. Por eso no pudo venir en

persona a verla a usted, Madame. Pero ya habrá llegado al hotel y la espera.
Ahora Nicole lo comprendía todo. Pero aquella no cambiaba la situación; al contrario, la agravaba. Probablemente Taylor tenía unas horas libres y quería pasarlas distrayéndose con ella, mientras Carolyn quedaba en el hospital. ¡Qué humillación!
— ¿Salimos para el «Savoy», Madame? — preguntó el chófer, solícito, ansioso de completar su misión.
— De ninguna manera. Gracias por el recado — dijo, señalándole la puerta — .Buenas tardes.
— Muy bien, Madame. Como usted quiera. Pero... Monsieur Atkinson va a quedar muy contrariado...
— Buenas tardes — recalcó Nicole abriéndole la puerta.
Por la ventana lo vio entrar en el auto, arrancar y alejarse. Amelie se le acercó por la espalda.
— No has ido, por fin...
— Ni soñarlo. Taylor está aquí con Carolyn, su novia, la muchacha con quien está comprometido. Ella tuvo un accidente y le están haciendo una operación a ver si puede volver a caminar. Por eso están en Londres.
— Ah, ¿es por eso por lo que no se han casado todavía? — preguntó Amelie.
— Exactamente. Por eso y nada más.
— Entonces, ¿por qué quiere verte Taylor, si tiene su vida ya planeada?
— ¡Qué sé yo! — respondió Nicole con más frivolidad de la que sentía, como si no le importase nada — . Supongo que para pasar un rato distraído mientras tiene a la novia en el hospital.
Amelie se quedó mirándola muy seria.
— No me lo estás contando todo, Nicole. Ni creo que te sientas tan despreocupada como quieres aparecer ahora. ¿Qué pasó en Francia? ¿Estaba contento de verte? ¿Te hizo muchas preguntas?
— Sí, hizo muchas preguntas. Y no estaba contento de verme.
— Entonces, ¿por qué te dio el dinero? ¿Para librarse de ti?
— Supongo que sí.
— ¿Por qué quiere verte ahora, si ya consiguió lo que quería? Aquí hay algo que no está claro, Nicole.
— Tienes razón, Amelie. Cuando le pedí a Taylor los mil dólares, enseguida pensó que estaba embarazada, o que necesitaba el dinero para dárselo a un hombre.
— Nicole; a cualquiera sé le habría ocurrido lo mismo.
— ¡No lo defiendas!
— Sigue, no te exaltes.
— Bien, me dijo que me daría los mil dólares si yo accedía a hacerle una visita a Nancy, su abuela, en la mansión de los Atkinson.
— Yo creía que esa señora gitana vivía en su caravana...
— Así era, pero enfermó y necesitaba que la atendieran. Taylor insistió en que la llevaran a la mas, a la casa. Allí la vi. Y me encontré también con la madre de Taylor y con Carolyn, su prometida.
— ¿Dices que sufrió un accidente?
— Sí, un toro la atropello y le dio una cornada.
— ¡Qué horror! ¿Cómo puedes contarlo con esa sangre fría?

— Como me lo contó a mí Kristen, la hermana de Taylor. Todo el que conoce a Carolyn reacciona así. Lo siento, yo también soy humana.
— ¿Y Taylor no te habló dé lo de hace tres años? ¿No te contó lo que sucedió entonces, para separaros a los dos?
— Nada sucedió para separarnos. Taylor no me quiso. Se burló de mí, o se entretuvo conmigo, o tuvo una aventura. No había nada más que contar.
— Nicole, insisto en que esa actitud no es sincera, y como no parece que quieras tener otra, incluso conmigo, me voy a preparar el té antes que se nos junte con la hora de la cena.
Nicole sonrió, aliviada. Ni a la misma Amelie, el familiar y la amiga más cercana que tenía, podía explicarle lo que sentía por Taylor, aquello que a veces parecía amor, otras, atracción sexual y que ahora se convertiría rápidamente en odio.
A las doce de la noche tocaron a la puerta, despertando a Nicole de su sueño inquieto. Miró el reloj luminoso de su mesilla de noche mientras se calzaba las zapatillas. Se levantó y se puso la bata. Repitieron el timbrazo y se apuró en buscar una horquilla con la cual recogerse el pelo. Afortunadamente, hasta el momento Freddie no había tenido un ataque de tos aquella noche y dormía tranquilo en su camita al lado de Nicole.
Por lo visto, la tía Amelie no había oído los timbrazos, porque al pasar frente a su cuarto Nicole pudo oír su respiración rítmica y profunda. Hacía frío en el apartamento a tal hora. Nicole quitó los cerrojos de la puerta, pero dejó la cadena de seguridad. Por el espacio que quedaba abierto, trató de ver quién era. Vio la sombra oscura de un hombre y por un momento pensó cerrar de golpe, asustada. Pero Taylor encendió su mechero cerca del rostro.
— Soy yo. Déjame entrar.
Con lo grave que se le notaban la voz y la expresión de la cara, Nicole pensó que si no lo dejaba entrar armaría un escándalo o rompería la cadena de un tirón. Quitó la cadena y le abrió la puerta. Él entró y cerró rápidamente, y allí mismo le preguntó a bocajarro:
— ¿Por qué diablos te niegas a verme?
Nicole se llevó un dedo a los labios en señal de silencio. Indicó que pasaran a la sala, y se adelantó a encender una lámpara. Era un lugar cómodo y ameno, donde el niño solía jugar a veces cuando ellas se sentaban allí a leer o ver televisión. Nicole echó una mirada angustiada alrededor, deseando que Freddie no hubiera dejado algún juguete a la vista, esperanzada todavía en que si el chofer la había visto con un niño, podría haber sido el de una vecina que ella estaba cuidando.
La tomó con fuerza por los hombros.
— ¿Por qué no has querido venir al hotel?
— ¿Y todavía me lo preguntas? Estás en Londres con Carolyn. ¿Qué quieres de mí? ¿Un poco de distracción? ¿Que te divierta por una noche?
— Descarada — masculló, cogiéndola por el pelo — , no piensas más que en eso.
— ¡Suéltame! Aquí estamos en Londres, no en tu cabaña primitiva en la Camargue.
Él lanzó una carcajada sorda y la soltó. Se quedó mirándola fijamente. Nicole lo encontró más apuesto que nunca con su correcto traje sastre gris oscuro, camisa blanca, y una corbata que, por su corte y discreción, acusaba su origen de Saville, lo más elegante de la capital británica. A Nicole se le encogió el corazón al pasarle por la mente que pronto Carolyn sería su esposa y tendría derecho a llevar su nombre y

compartir su vida y su lecho...
— Llevo tres horas tratando de escaparme de una cena de negocios, loco por correr a verte. Todo porque no quisiste molestarte en venir al hotel cuando te esperaba en la única hora libre que tenía disponible.
Se desabotonó la chaqueta, dejando ver la camisa entallada que revelaba su musculoso pecho encerrado en la fina tela.
— Disponible... ¿Crees que esta hora es muy disponible para mí?
— Tienes razón. Soy un atrevido. Pero... si supieras lo que he sufrido en estos días desde que te fuiste...
Otra vez aquella rueda maldita de amor-odio, odio-amor... Nicole se dejó caer, sin fuerzas, en un sillón.
— No tienes derecho a decirme esas cosas, Taylor. Todo esto, lo que dices, tu visita, todo es una locura.
Él se le acercó y se inclinó hacia ella, apoyándose en los brazos del sillón.
— Es verdad. Todo entre nosotros siempre ha sido una locura.
— En fin, ¿qué quieres de mí?
Taylor no tuvo tiempo de contestar. En aquel mismo momento se escuchó un grito.
«¡Mamita...!» La voz de un niño rompió a llorar.
Taylor se irguió súbitamente. Nicole saltó a ponerse de pie. Su instinto de madre la impulsó a correr al dormitorio, pero él la detuvo con los garfios de sus dedos en un brazo.
— ¿Quién está llorando? — le preguntó fuera de sí de sorpresa y furia — ¡Dime! ¿Quién?
Nicole lo miró y, con la mayor sencillez, como si se hubiese estado preparando para aquel momento durante años, sonrió y pronunció serena:
— Freddie.
— ¡FREDDIE! ¿Un niño?
Ella sólo asintió con la cabeza
— ¿Tuyo?
Otro gesto afirmativo
— ¿Quieres... decirme... que... tienes un hijo?
— Si
La maldición que lanzó Taylor entre dientes fue más formidable que el tremendo portazo que al los pocos instantes deba al salir de la casa.

Capítulo 9

Los días que sucedieron a la visita de Taylor fueron como una pesadilla para Nicole. Aquel insulto, aquel portazo, la expresión de odio y repugnancia que le dirigió por última vez, el asco con que pronunció el nombre de Freddie — ¡el de su hijo! — , todo lo que ocurrió aquella noche había quedado como grabado a fuego en su mente y su alma. De nada sirvieron los consejos y el consuelo de la tía Amelie. Esta vez, había perdido a Taylor para siempre.

Le tomó muchos días recobrar suficiente ecuanimidad y resignación para tomar las riendas de una vida normal. Después de todo, le quedaba Freddie y esta vez para siempre, sin más peligro de perderlo. Creyéndolo el hijo de otro hombre, Taylor lo aborrecía tanto como a ella. Qué culpa tenía el pobre niño del desastre que habían hecho sus padres de sus vidas...

Pocas semanas después de la visita de Taylor, Nicole tuvo otra sorpresa. La tía Amelie, ya restablecida de su caída, se había llevado a Freddie al parque una tarde, "al zoológico", dijo la tía, recalcando la palabra, "que aunque yo no sea un niño, también quiero ver los animales". Sonriendo satisfecha, Nicole los vio por la ventana, alejándose los dos contentos de la mano, camino del autobús que llegaba hasta el parque zoológico. Aprovechó la ausencia de Freddie para arreglarle su caja de juguetes, tirar los que estaban viejos o rotos, componer los que merecían conservarse, todo lo que el niño no le habría dejado hacer tranquila si estuviera presente. Tocaron a la puerta; Nicole salió de la sala y fue enseguida a abrir, pensando que quizá eran ellos que por alguna razón regresaban a la casa. Por eso abrió de par en par. La que estaba a la puerta era Carolyn Bridges.

No venía en silla de ruedas, como Nicole la vio en su última visita a la Provenza, sino de pie y elegantemente vestida.

— Quiero hablarte. ¿Puedo entrar?

Nicole se miró rápidamente los pantalones viejos que se había puesto para trajinar en casa, recordó el pañuelo que tenía atado a la cabeza, protegiéndole el pelo, sintió sus pies libres: estaba descalza... ¡Qué momento para recibir a Carolyn que parecía una de esas modelos que aparecen en las revistas de moda! Pero, en fin, allí la tenía delante.

— No creo que tú y yo tengamos nada que decirnos, Carolyn — dijo, fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

— Yo creo que sí. Estoy segura de que va a interesarte lo que tengo que contar.

— Estoy ocupada... — insistió Nicole.

Carolyn dio un paso adelante y suavemente empujó más la puerta para darse paso.

— Taylor está gravemente enfermo. ¿Me dejas entrar ahora? — sonrió triunfal, segura del efecto que la noticia tendría.

Nicole palideció.

— ¡Mientes!

— Ah, eso dices, pero la verdad es que te afecta saberlo. Te has quedado atónita.

— Si está tan grave, ¿qué haces tú aquí?

— Déjame pasar, Nicole. No voy a contártelo todo de pie aquí, a la puerta de tu

apartamento...
Nicole bajó la cabeza y soltó la puerta que sostenía con una mano. La otra entró, dando pasos largos y pausados, con una pequeña cojera, casi imperceptible, pero airosa, segura de la elegancia y corrección de su regio atuendo. Por lo visto, la operación había tenido éxito. Entraron en la sala, Carolyn mirando alrededor con desprecio.
— Así que... vives aquí en este pisito tan... tan ordinario.
— Cada cual vive como puede, Carolyn. Acaba de decir a qué has venido y qué es lo que le ha sucedido a Taylor.
Carolyn no parecía tener prisa. Seguía recorriendo la sala con la vista hasta que la posó en la caja de juguetes abierta en un rincón, donde Nicole había estado haciendo su inspección. Por un momento se quedó sorprendida.
— ¡Juguetes! — exclamó, volviéndose a mirar a Nicole — . ¿Es que hay un niño en esta casa?
Nicole se preguntó si sería prudente contestarle, si podría representar algún peligro para Freddie. Toda su aprensión y sus temores le pasaron por la mente. Al fin decidió que lo mejor era contestar. Carolyn no iba a permitir que su pregunta quedase en suspenso.
— Sí — dijo al fin, a secas.
— ¡Ah...! Yo creía que vivías sola con tu tía...
Era indudable que pensaba y cavilaba acerca de aquel descubrimiento, todo lo cual desconcertó a Nicole.
— Bueno, sí... — balbuceó, culpable — . Eso era antes. Ahora...
— ¡Con que tienes un hijo! — Carolyn lanzó una carcajada.
— ¡Sí! ¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver contigo o con Taylor?
— Bastante — musitó la otra, sonriendo, pensativa — . Eso fue entonces lo que Taylor descubrió aquella noche cuando estaba en Londres... Es por eso por lo que regresó a Francia enseguida... Por eso se tiró a matarse en la plaza de toros...
— ¿Qué has dicho? — preguntó aterrada. Pero la otra seguía ensimismada en sus malévolas especulaciones, dándole proporciones de pecado mortal a su descubrimiento.
— Haciéndote la mosquita muerta... Claro, debe haber sido un golpe tremendo para Taylor... Con lo idealista que es... Lo conozco bien... Es el tipo de hombre que no tolera más que la perfección en la conducta de la mujer... Todo le parece una traición. ¡Me imagino la desilusión que se habrá llevado contigo! Tú, la mujer por quien estaba dispuesto a perderlo todo, a abandonar a su familia y su herencia, y de pronto, descubres que andabas por ahí teniendo hijos de otros.
La injuria le pasó a Nicole por alto. En aquel momento lo único que le importaba era Taylor y lo que había ocurrido.
— ¿Dices que se hirió... toreando...?
Segura de sí misma, más que nunca, saboreando la angustia que causaba con su demora, Carolyn sólo contestó:
— Sí, eso he dicho.
— ¿Cómo ocurrió? ¿En qué estado se encuentra? Carolyn se encogió de hombros con indiferencia.
— Pues no creo que pueda volver a lidiar otro toro en su vida. Con eso te lo digo todo.

Nicole estaba desesperada.
— ¿Cómo puedes expresarte tan fríamente acerca de Taylor? Yo creía que estabas enamorada de él...
— Eso creí yo también, en otra época. Ahora ya no me interesa. ¿Quién va a cargar con un hombre que quizá quede lisiado para siempre?
Nicole estaba pasando una agonía.
— Cómo es posible... ¡Cuando tú estabas paralítica en una silla de ruedas, él no te abandonó!
— ¿Qué sabes tú de eso? Cuando yo tuve mi accidente, Taylor ya me había abandonado. Supongo que Kristen sólo te contó que yo salí a vengarme de él dándole una paliza a sus queridos toros, ¿no? Pero apuesto que no te contó el motivo...
Nicole trató de controlar su desesperación ante aquella actitud tan cruel.
— ¡Por lo que más quieras, Carolyn! Si vamos a hablar, seamos sinceras. No vengas a torturarme con más misterios. Llevo más de tres años viviendo a oscuras, sin saber lo que más ha afectado mi existencia... Habla claro, o vete de mi casa.
— No seas tan dramática — Carolyn se sentó en una butaca. Eso al menos le dio a Nicole una esperanza. Parecía que iba a hablar claro, al fin. Casi agradecida, Nicole trató de calmarse y también se sentó.
— Cómo sabes, esa vieja loca de su abuela gitana, le hizo creer a Taylor que estaba casado contigo.
— Nancy no es una vieja loca, y yo también creí que estaba casada con Taylor.
— ¡Ay, que gracia!
— Riéte si quieres, Carolyn. Pero ha llegado la hora de la verdad. Sigue adelante. ¿Qué sucedió?
— Pues después de aquella farsa de la boda, Taylor volvió a la mas a preparar a sus padres para llevarte a vivir con ellos. No te imaginas el alboroto que se formó. Yo andaba por el patio, y hasta allí me llegaban los gritos y la discusión. A poco, Taylor salió como un rayo, saltó al caballo, y arrancó al galope a buscarte.
— ¿A buscarme? Pero... si no lo volví a ver más... Si la que vino esa noche a verme fue su madre...
— Claro, Taylor estaba ya en el hospital con una pierna fracturada.
— Entonces... ¿Aquel accidente ocurrió ese mismo día?
— Esa misma mañana. Cuando fue corriendo a buscarte. Al empezar a galopar como una centella, salió disparado del caballo y cayó a muchos metros de distancia. Uno de los gardiens que lo recogieron averiguó que la montura estaba suelta. Parece que, como había salido como un loco, no se ocupó de ajustar la hebilla de la cincha y con el galope se soltó.
Nicole reflexionó sobre aquello. Un jinete como Taylor jamás se habría olvidado de probar si la montura estaba fija, por loco que estuviera. Es un gesto instintivo en el que acostumbra a montar toda su vida. Y ahora, Carolyn la miraba, sonriendo cínica...
¿Habría tenido ella que ver con aquel accidente? Dijo que andaba por el corral, escuchando la discusión...
— Ya lo sabes. Iba a abandonarme por ti y el destino lo castigó tirándolo del caballo.
— ¿El mismo destino que unas semanas después te arrojó a ti bajo las patas y los cuernos de aquellos toros que fuiste a azotar? ¿El mismo destino que te tuvo paralítica tres años?

— De eso tuviste tú la culpa.
— ¿YO?
— Sí, mosquita muerta. Porque tan pronto Taylor pudo caminar, empezó a hacer preparativos para venir a Londres a buscarte. ¡Y yo no lo iba a permitir!
— Ahora comprendo... No fue el destino, Carolyn. Fuiste tú misma la que provocaste tu desgracia para evitar que Taylor volviera a mí.
— Piensa lo que quieras. Me costó mucho, pero me salí con la mía. Te quedaste sin Taylor.
— Y por lo visto, ahora tú también.
— Lisiado y amargado como está, no lo quiero. Pero me quedo con mis propiedades y mi dinero, y tengo toda una vida por delante. Bien, ya sabes tú también lo que ocurrió.
— No todo. Dime una cosa más: ¿Sabía Taylor que su madre me ofreció dinero para librarse de mí?
— Claro que no. Eso lo planearon ella y su esposo cuando lo dejaron con la pierna enyesada y medio inconsciente por los calmantes que le dieron en el hospital. ¡Qué tonta eres!
De verdad, pensó Nicole, qué tonta había sido... qué injusta con Taylor... Por haber dudado de él habían perdido tres años, tres años llenos de soledad y de tristeza. Si era verdad que Taylor estaba ahora grave, era por su culpa, por su falta de comprensión, por dejarse llevar por su terror de perder a Freddie. ¡Freddie!
¿Qué daría Taylor por saber que tenía un hijo, que aquel llanto que oyó cuando vino a visitarla hacía unas semanas, era el llanto de su propio hijo? ¡Pobre Taylor! ¡Qué injustos habían sido todos con él! Haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarse, de la manera más indiferente que pudo fingir, preguntó:
— ¿Cómo supiste que Taylor está grave?
— Porque su madre me llamó por teléfono aquí al hotel. Todavía no saben si podrá caminar. Está en el hospital. Ya ves la desgracia que le causó saber que tenías ese chiquillo. Por lo visto, el padre no te tiene muy bien, que digamos, a juzgar por este pisito cualquiera...
Nicole se levantó de la silla.
Carolyn la imitió y empezó a ponerse los guantes.
— Adiós, Nicole. Me quedaré en Londres por una temporada. Quiero restablecerme bien de la operación. Y... ¡Y disfrutar de mi libertad! Voy después a viajar, a olvidarme de los Atkinson para siempre.
— Te deseo que lo logres, Carolyn.
Ni siquiera se dieron la mano. Nicole apenas tuvo fuerzas para acompañarla hasta la puerta. La vio salir muy airosa, a pesar de su pequeña cojera, y meterse en el elegante auto que la esperaba y que ya empezaba a ronronear con el motor en marcha.

Lo que la tía Amelie y Freddie encontraron en casa al regresar del parque zoológico fue una sorpresa. Nicole estaba ya vestida, las maletas esperando a la puerta y sobre ellas su abrigo, guantes, botas, y... los de Freddie.
— ¿Qué es esto? — preguntó Amelie sin poder salir de su asombro.
— Salgo esta misma noche con Freddie para la Provenza.
— ¡Niña! ¿Qué ha ocurrido?
— Ayúdame a cambiar al niño de ropa y te lo contaré. Ven, el avión sale dentro de dos

horas.
El taxi los dejó a la puerta del amable hotelito de Arlies. Monsieur Leons, el administrador, se quedó boquiabierto al verla con el niño.
— Madame Stafford... ¡Que sorpresa!
— Le presento a mi hijo, Monsieur. Se llama Freddie y hablando al inglés — se dirigió al pequeño — Nene, dale la mano a este señor.
Sonriendo, Freddie adelantó primero la mano izquierda, titubeó, la retiró, pidió perdón en inglés, y alargó por fin la derecha, pronunciando lo que la madre le había estado enseñando en el avión:
— Enchanté, Monsieur.
— ¡Qué criatura tan simpática! — exclamó el administrador — . Le aseguro, Madame, que con todo gusto mi esposa y yo se lo cuidaremos si usted tiene que salir.
— Se lo agradezco mucho.
Subieron a la habitación. Nicole dejó al niño en la cama y la puerta entornada.
— Volveré enseguida, Freddie. Si algo pasa, puedes salir por aquí a la escalera.
— Sí, sí... au revoir — balbuceó, ya dormitando, pero repitiendo otra de las lecciones que había recibido en el avión.
Con la guía telefónica en la cabina, Nicole probó todos los hospitales de Arlies. Al fin, en uno de ellos, le informaron que Monsieur Atkinson había estado internado allí, pero que hacía dos días ... en contra del consejo de los médicos ... se había ido a su casa.
— Vaya enfermo difícil de cuidar, Madame, después de haber estado tan grave. — Trató de averiguar algo más, pero el que contestó en el hospital se mostraba renuente a decir más. Quizá pensando que era una periodista a caza de noticias que revelasen algo respecto al accidente de un conocido aristócrata de la región — . Se salvó, Madame. Es lo único que podemos informar — dijo cortés, pero terminante.
Bien, si había tenido el valor de arriesgarse a volver, tenía que tenerlo también para enfrentarse con la situación que existiese en la mas. Iría al día siguiente temprano. Pidió que les llevaran la cena a la habitación y subió a abrir las maletas y sacar alguna ropa.
Después de cenar, salieron a dar una vueltecita por la risueña plazoleta frente al hotel; el niño encantado con las flores y los arbustos, escondiéndose entre ellos para "asustarla", ella recordando las escenas que había tenido con Taylor en aquel parquecito. Al fin, se acostaron rendidos. Nicole rezando porque el plan que estaba formando le saliera bien. El niño sólo tuvo un ataque de tos aquella noche; el clima de la Provenza, después de todo, era más seco que el de Londres.
Desayunaron temprano. Nicole se había esmerado en bañar, peinar y vestir a Freddie. Fueron a la compañía que alquilaba coches. Nicole se aseguró de que el que le brindaron tenía bien los frenos. Sentó a Freddie al frente con ella, le puso el cinturón de seguridad y partieron enseguida. Era la primera vez que el niño la veía manejar un auto y estaba fascinado con el volante y todo lo que hacía.
Otra vez Nicole recorría aquel panorama... Los lagos, las marismas, las cañas meciéndose por la brisa, las piedras calcinadas por el sol, ¡as bandadas de aves que cruzaban de un lado al otro del camino, una pareja de típicos caballos blancos de la Camargue... y más adelante, encerrados entre los gardiens montados que dirigían con sus largas varas, una manada de los famosos toros negros, avanzando lentamente, cuernos en alto, meciendo las colas.

— ¡Mamá...! ¡Leones!
— No, hijito. Son toros.
— ¡Qué bonitos!
— Son peligrosos.
— ¡No importa! ¡Quiero uno!
A Nicole se le encogió el corazón. ¿Estaría labrando la desgracia de su hijo, llevándolo al mismo centro de su herencia gitana y provenzal? ¿Despertaría aquel viaje los instintos de su ancestro? Aún estaba a tiempo de regresar a Inglaterra. Y, sin embargo... algo le decía que algún día Freddie sería un hombre y tendría que enfrentarse con su propio destino. El que fuera. Dondequiera que estuviese...
— ¡Yo quiero un toro!
El niño no le quitaba la vista a los animales y se volvía para seguirlos según el auto los pasaba. Sin quitar los ojos del camino ni las manos del volante, Nicole dijo, casi sin darse cuenta:
— Cálmate, hijo. Si todo sale como espero, creo que pronto tendrás muchos — claro, el niño no comprendió, pero por largo rato siguió observando a los animales en la distancia.
Llegaron a la mas. Los alrededores de la casa y el corral estaban desiertos. La puerta del garaje estaba abierta y faltaban los dos autos de la familia. Los perros se acercaron ladrando y moviendo el rabo, pero no había por allí otra señal de vida.
Nicole estacionó el auto en el corral bajo unos árboles. Freddie estaba profundamente dormido en el asiento. Le desabrochó el cinturón de seguridad y lo tendió bien en el asiento para que estuviera cómodo. Dejó las dos puertas delanteras del auto entornadas por si al despertar quería salir, o no sentirse encerrado, y volvió a cerrar bien la reja que daba paso al corral para que nada pudiera entrar y sorprenderlo.
Acariciando a los perros que la rodeaban, Nicole subió las gradas que llevaban a la puerta posterior de la mansión. Dio varios golpes para llamar, pero no acudió nadie. Se aventuró a probar a abrir y encontró que la puerta no tenía puesto el cerrojo. Entró en la cocina, escenario de su disgusto con Madame Atkinson y Carolyn. Un alegre fuego ardía en la chimenea. Por lo visto, la casa no estaba abandonada. De pronto, una voz de hombre se oyó al fondo.
— ¿Quién diablos anda por ahí?
— ¡Taylor! ¿Dónde estás?
— ¡Aquí, demonio! En mi cuarto. ¿Quién es?
Siguiendo la voz, Nicole llegó hasta su cuarto. Él estaba a punto de levantarse, medio desnudo. Al verla, se tiró otra vez en la cama, y se echó la sábana encima.
— ¡Tú...! ¿Qué haces aquí?
— He venido a verte.
— Maldita sea... Cada vez que hago un esfuerzo por olvidarte, te me apareces. ¡Vete de aquí! ¡No quiero verte!
— Pero yo a ti sí.
— No más mentiras. No más hipocresías. ¡Vete, Nicole! No creas que estoy inválido. Todavía puedo echarte de aquí... ¡a latigazos! Enarbolaba una fusta que tenía junto a la cama.
— No seas salvaje, Taylor. Me enteré de tu accidente y quiero saber cómo estás.
— Bien, gracias. Adiós. Buen viaje.

— No juegues y cuéntame qué dicen los médicos.
— ¡Hazme el favor de no mencionar a esos vejestorios! Si no fuera porque me llenan de píldoras y porquerías, ya estaría ocupándome de las faenas.
— Cálmate, por favor. Dime, ¿qué pasó?
— Nada. Estaba toreando y el toro me dio una cornada.
— ¡Qué horror! ¿Dónde fue?
— ¿Dónde iba a ser? En la plaza, mujer.
— Quiero decir, que dónde fue la herida.
— ¡No fastidies! Si tanto te interesa... ¡Mira!
De un tirón se quitó la sábana de encima y dejó descubierto el vientre oscuro, encima del pantalón bien bajo del pijama. Del ombligo al pubis, tenía una espantosa cicatriz blanca cuyas ramas se le esparcían por toda la barriga.
Ahogando un grito, corrió a él sin poder contenerse. Se arrodilló junto a la cama y le cayó llorando, abrazándole el torso. Él se arrancó los brazos con que le ceñía y la alzó con él en la cama, buscándole los labios.
— Debería matarte — le susurró con voz ronca, tratando de besarla mientras ella se resistía.
— Loco... Vas a hacerte daño... Se te puede abrir la herida.
— No importa. Déjame...
— Eres un bárbaro.
— Sí. Bésame, déjame tenerte. Después te sacaré de aquí a golpes.
— ¿Serías capaz?
— Sí. Te odio.
— Y yo te quiero. Te he querido siempre.
— No es necesario que hagas el papel tan bien. Con dejarte tomar será suficiente. O... ¿Es que vienes a buscar otros mil dólares esterlinas para el padre de tu hijo?
— Nada de eso. Vengo a darle su paz.
— ¡Qué se muera en los infiernos! Por estar torturándome pensando en ti y en todo eso, me agarró el toro.
— Taylor, mi esposo... Si tú supieras...
Al oír esto, salió de la emoción sensual que lo embargaba.
— ¡Adúltera por partida doble! — exclamó, furioso — . Ahora nos traicionas a los dos.
Estaba a punto de ahogarla entre sus brazos y tomarla a la fuerza, empezaba ya a rasgarle la blusa, cuando a lo lejos sonó un grito.
— ¡MAMI...!
— ¿Qué fue eso?
— Nicole no contestó. Se tiró de la cama y se lanzó corriendo por la puerta.
La sorpresa, la excitación sexual, aquel abrazo después de tantos días entre la vida y la muerte en el hospital, la operación, la pérdida de sangre que tuvo hasta que llegó a manos de los cirujanos... todo se le juntó de pronto para dejarlo aturdido. Jadeante, a punto de perder el conocimiento, cerró los ojos y se dejó caer de espaldas en la cama.
Lo despertó un ángel del cielo que le extendía una mano pequeña y le decía, sonriendo:
— Au revoir, Mónsieur.
Detrás, la voz de Nicole advertía:
— Eso no, mi vida. Di lo otro que te enseñé. ¿Recuerdas?

— Ah, sí — enmendó el angelito, volviendo a su francés mal pronunciado — . Echante, Monsieur.
Taylor se incorporó lentamente, sin quitarle la vista. Ahora el niño señalaba con el dedito:
— Yo, Freddie. ¿Y tú?
No podía contestar, o moverse, o hacer otra cosa que volver la vista del niño a Nicole. Todo aquello le parecía un sueño.
— Fíjate bien, Taylor — le dijo Nicole — . ¿A quién se parece? Sacudió la cabeza, tratando de salir del aturdimiento y la sorpresa. Miró los ojos oscuros del pequeño, su pelo negro y liso. Le tomó los deditos en su mano, observando sus movimientos. Bajó la vista hacia las esbeltas piernecitas que ya asomaban fuertes y recias...
— Vi toros lindos... Quiero uno — balbuceó Freddie, mirando rápidamente a la madre, como excusándose por su atrevimiento con aquel extraño que tan atentamente escuchaba su jerigonza infantil.
— ¿Comprendes ahora, Taylor?
Afirmó con un gesto lento, cerró los ojos, y exhalando un rugido doloroso, apresó al niño en sus brazos y cayó con él en la cama.
Allí se perdieron, abrazados los dos entre las sábanas. Lejanamente Nicole escuchó un diálogo totalmente nuevo para ella.
— ¿Cómo te llamas?
— Papá.
— ¿Tienes un caballo?
— Tengo dos. Uno para ti.
— ¿Y otro para mamá?
— Ah, mamá... ¿Dónde estás? — alargó el brazo buscándola. Cuando la tuvo a su lado, sentada al borde de la cama, se abrazó a su pecho. Oculto allí de las miradas del niño, se desahogó a sus anchas.
— ¿Por qué me lo escondiste? ¿Cómo no me dijiste nada? Me has hecho perder los dos primeros años de mi hijo. ¿Por qué, Nicole?
— Perdóname... Tenía miedo de que me lo quitaras... Pensé que si tú y Carolyn no teníais hijos, tu madre se empeñaría en arrebatármelo, por tener un heredero...
En aquel tierno abrazo, el primero en tres años, lloraron los dos en silencio, como fieras, heridas y maltrechas, consolándose mutuamente con caricias suaves. Tres años no eran nada. Se amaban como antes. Aquel vendaval de hombre se aferraba al pecho de ella como otro niño, pidiéndole perdón, balbuceando de un idioma a otro, terminando por decirle dulcemente, "Gracias, gracias... ¡Qué hijo tan hermoso me has dado..."!

Al poco rato, se serenaron y buscaron al pequeño. Estaba recorriendo el cuarto, mirándolo todo, encantado con los paisajes de la región que colgaban en las paredes, revolviendo los papeles dispersos por el escritorio.
Sentado en la cama con Nicole a su lado, Taylor fumaba un cigarro y observaba a su hijo, arropado.
— Muchas cuentas tendré que ajustar con mi madre cuando vuelva — dijo, despacio, absorbiendo el humo.

— Déjala, ya se le pasará cuando vea al niño. ¿Dónde está?
— La mandé a Cannes con unos primos. No podía soportarla aquí y me quedé solo con Kristen. ¿No la viste al entrar?
— No.
— Habrá ido al pueblo a comprar algo.
De pronto, viendo al niño en sus juegos por el cuarto, Taylor tiró el cigarro y le hundió a Nicole los dedos en el brazo.
— ¿Qué ocurre, mi amor? — preguntó, alarmada.
— Me había olvidado. ¿Qué le pasa al nene? ¿Para qué necesitabas el dinero?
— Tuvo una operación y salió bien de ella, pero le quedó una tos terrible que le ataca a veces. Los médicos dicen que debe ir a sanar por completo por un mes a un clima cálido y seco. Yo sola no podía costear el viaje, un mes sin trabajar...
— Nene, ven — dijo Taylor, y para atraerlo, se sacó la medalla de Santa Sara que le colgaba sobre el pecho. El niño vino corriendo.
— Qué bonita...
Taylor se quitó la cadena del cuello.
— Es para mamá. Pónsela tú mismo.
Entre los dos, con la torpeza inevitable de cuatro manos tratando de hacer la misma cosa y enredándose juntas, padre e hijo al fin lograron ponerle la cadena a Nicole. Mientras el niño reía de gozo admirando la medalla en el pecho de su madre. Taylor la miró profundamente a los ojos.
— Mía, otra vez — le susurró, apretándola contra su cuerpo.
— Para siempre — susurró ella también.
— Esta vez voy a asegurarme bien de eso — levantando la voz, se dirigió al niño y agregó — . Freddie, ¿te gustaría ir a Jamaica por un mes? Es un lugar muy cálido y soleado. Vendrías con nosotros en viaje de luna de miel.
Claro, el niño no entendió nada, pero Nicole sí.
— ¿Otra boda gitana? — preguntó, sonriendo.
— No. Esta vez será boda francesa, con todas las de la ley. Pero si quieres, podemos terminarla en un banquete y baile con los gitanos de Nancy.
— ¡Ah, me olvidé de preguntarte por Nancy! ¿Cómo está?
— Sigue mejor. Más viva que nunca. Debe estar echando su siesta.
— Qué contenta se pondrá cuando le presentemos a Freddie.
— Lo que van a divertirse los dos esta noche, durmiendo en su cuarto... — exclamó él, riendo de buena gana.
— ¿Cómo? — preguntó sorprendida — . ¿Pasar la noche aquí?
— Sí, el niño y Nancy y tú y yo solos, aquí en mi cuarto. ¡Esta noche no te me escapas, pequeño demonio!
— Taylor, no hagas locuras. Hasta que estés bien del todo el niño y yo iremos a dormir en el hotel.
— ¿Al hotel? — se incorporó furioso — . ¿Después de tres años de soledad, de angustias, muerto de hambre de ti? ¿Estás loca? De mí no te separas nunca más. Ahora mismo mando al mayoral a traerte las cosas del hotel y pagar la cuenta.
— Taylor, por favor... la herida...
— Mira, Nicole, no me hagas perder la paciencia. Aquí mando yo y no permito que se me desobedezca. ¡De ahora en adelante duermes conmigo todas las noches de tu

vida!
Habría seguido gritando enfurecido, sacudiéndola por los hombros entre frases, si el niño no se le hubiera acercado a tirarle del pantalón del pijama para llamarle la atención.
— Papá...
Eso lo dejó inmóvil. Aquella palabra lo hizo enmudecer. Era la primera vez en su vida que la escuchaba... Controlado, sereno ahora, con la mayor ternura, tomó al niño en un brazo y con el otro acercó a Nicole. Abrazados los tres, cayeron de espaldas en la cama, besándose, ella, ocultándoles las lágrimas a sus dos niños, el grande y el pequeño.
Esta vez, eran lágrimas de felicidad.